Arturo Ardao - Julio Castro

1875 - 1935

SESENTA AÑOS DE REVOLUCIÓN

(Vida de Basilio Muñoz)

●



NÚMERO 56 / DICIEMBRE 1971 / PRECIO $ 120.00

CUADERNOS DE MARCHA

Cuadernos de MARCHA es una publicación uruguaya
mensual, editada por MARCHA en Tall. Gráf. 33 S. A.
Director: Carlos Quijano
Administrador: Laureano Sebé
Bartolomé Mitre 1414 - Teléf.: 8 56 60, 91 33 25 y 98 51 94
Casilla de Correos Nº 1702
Montevideo - Uruguay

Cuadernos de MARCHA

NUMERO 56 DICIEMBRE 1971

SUMARIO

Los textos que hoy damos se editaron en forma de libro, por primera y única vez en 1937 (fecha de la portada, si bien el colofón hace constar que se terminó de imprimir el 10 de enero de 1938), con el título VIDA DE BASILIO MUÑOZ y subtítulo HOMBRE DE AYER, DE HOY Y DE MAÑANA.

Salvo la modificación del título y el subtítulo, el presente Cuaderno es reproducción textual del libro, sin agregados ni supresiones.

Prólogo

Para Basilio Muñoz, el tiempo no existe. Hombre de ayer y hombre de hoy, es hombre de mañana. Planea y construye, tan rebosante de experiencias como de esperanzas. A su lado, se tiene una sensación imprecisa de inmortalidad. Toda la historia del país está en su memoria, ora porque la recogió de labios de su padre, o de sus abuelos, combatientes y civilizadores ellos también, ora porque le tocó vivirla como actor principal o testigo presencial de superior categoría. Ha actuado personalmente así, en más de sesenta años de la vida turbulenta y a ratos heroica de la nacionalidad: la Tricolor, el Quebracho, el 97, el 903, el 904, el 910, los años de paz que van del 17 al 33, el golpe de estado que nos retrotrae con su horror y su vergüenza a más de cincuenta años, las jornadas, aún sin decisión, oscuras y amargas de hoy. Siempre en el primer puesto de combate, siempre esperanzado y humano, siempre apasionado y hombre de su tiempo en la derrota o en la victoria. Con más de setenta años ahora ha vuelto a conocer la prisión y el destierro. Con más de setenta años, ha vuelto a encabezar jornadas revolucionarias y ha sabido esperar paciente su hora, que otros comprometieron, en las fronteras del país, vueltos sus ojos, cargados de ansiedad y decisión, a la tierra natal tan injusta. Con más de setenta años, vencido una, dos veces por los hechos o los hombres, ha vuelto a internarse en el país, acompañado por la fidelidad de tres o cuatro familiares, sus hijos, en primer término, para dirigir la única protesta armada contra el régimen. Vencido, ha seguido siendo el vencedor de mañana —"L'homme passioné de justice qui ose, échoue et ne regrette pas l'échec"—, bandera, esperanza y jefe de todos los que aguardan justicia.

No conocemos en el país ejemplo igual, destino igual por su heroísmo y generosidad. Todo lo ha dado; todo lo ha perdido y no obstante, cercano a los 80 años, continúa llevando entre sus manos con fe avasallante todas las posibilidades.

La unidad inquebrantable de su vida no le ha impedido variar con los años. Basilio Muñoz, siempre el mismo, es siempre distinto. En política no hay sino esta alternativa: repetirse o contradecirse, recordaba alguien recientemente. Y bien, Muñoz ni suele repetirse ni se contradice. Su vida es un desarrollo armonioso, un devenir siempre cargado de promesas.

El soldado adolescente de la Tricolor, igual en el heroísmo al que carga en Arbolito, igual en el heroísmo al que dirige la resistencia de Paso de los Carros, igual en el heroísmo al que inicia, solo y sin recursos, la cruzada del 35, no batalla, sin duda, bajo los mismos signos en tan diversas épocas; pero sus rebeldías son, no obstante, una sola rebeldía, un combate sin pausa contra la injusticia y el privilegio. Las injusticias de hoy no son las de ayer. Haber contribuido a vencer a éstas no impide y sí obliga a batallar contra aquéllas, de igual suerte que desaparecidas las injusticias de hoy, habrá que bregar contra las de mañana. La derrota no da derecho al descanso; pero tampoco lo da la victoria, pasajera y relativa siempre.

La acción política es, así, una construcción ininterrumpida, sin más límites en el tiempo que los de la propia vida. De ahí que, más maravilloso aun —maravilloso al punto de lindar con lo increíble— que el heroísmo de Muñoz, sea su inmarcesible juventud para ver, comprender y sentir los problemas que pasan y las soluciones, que a veces haciendo tabla rasa de todo lo pasado, esos problemas exigen. Nadie con más lozanía juvenil que Basilio Muñoz, nadie con menos prejuicios, nadie con menos sistemas ideológicos o sentimentales, nadie más libre y con más afán para buscar la verdad. Otros, a su edad o con menos años que él, aun viviendo no son sino muertos. Muertos aferrados a sus sistemas, a sus preconceptos, a sus hábitos, a pesar de que el tiempo o los sucesos hayan pulverizado o desconocido a tales sistemas, preconceptos o hábitos. Él, no. Es un ejemplo candente de vida. Pasa sobre lo caduco para volver a encenderse con las nuevas verdades que tal vez mañana no sean tales; que habrán dejado de ser nuevas, y quizá no sean verdades.

No es así hombre de una generación, sino de varias. No es así hombre de una vida, sino de varias. Varias generaciones han pasado desde que él actúa y él ha marchado a tono con todas ellas y a todas las ha superado. Suele decir, refiriéndose a los más jóvenes, que ahora lo rodeamos, que dentro de unos años, cuando nos hayamos anquilosado en el conformismo y la rutina, él será, una vez más, contra nosotros, el indeclinable rebelde.

Majores pennas nido. Como en el verso clásico puede que las alas sean mayores que el nido. Superior a su tiempo y a su medio, Basilio Muñoz, tan cerca y tan lejos de nosotros, no tendrá la consagración que merece, no la ha tenido, en vida. Siempre ha trabajado para el porvenir. El porvenir es de él.

La idea de hacer un libro semejante a éste, hace años que nos obsedía. Allá por el año 18 ó 19 —va para veinte— formando parte de la redacción de un diario de la capital, se nos encargó le hiciéramos un reportaje a Muñoz en ocasión del aniversario de la carga de Arbolito. Nos dispusimos a cumplir nuestra misión, con cierto desgano. ¿Qué podía decirnos de nuevo e intere-

sante a nosotros —adolescentes entonces orgullosos e iconoclastas— el viejo que íbamos a visitar? La entrevista fue para nosotros una revelación. Basilio Muñoz es un narrador nato. Tiene una prodigiosa memoria, un gran don de síntesis, la facultad de recrear lo vivido, dándole relieve, poesía y frescura, la sobriedad patética que debe ser un don, sin duda, del dilatado contacto con el riesgo y la muerte. Sus relatos de guerra alcanzan a la perfección. Está todo y no está sino lo más importante: la tierra, los hombres, el destino.

Pensamos ya en aquella época, que no debería perderse tan rica tradición oral y que con los relatos de Muñoz cabía hacer una historia patria remozada y fecunda. Pasaron los años. Muchos después, en las largas jornadas esperanzadas del fracasado movimiento del 34, lejos del país, rodeando a Basilio Muñoz, oculto para escapar a la persecución de las fuerzas federales de Brasil, tuvimos ocasión de poder gustar la mayor parte de los relatos que forman este libro. El propósito esbozado el 18-19, adquirió firmeza. No somos nosotros quienes lo cumplimos, pero quienes lo cumplen con más condiciones y menos edad, lo han hecho sin duda mejor y por la vinculación íntima que a ellos nos liga, es como si nosotros mismos lo hubiéramos cumplido.

Ardao y Castro cuentan entre los más puros valores de su generación. Fineza y vuelo de la inteligencia, cultura, devoción por el bien público, lealtad sin vacilaciones. Este libro hará hablar de ellos. Sus obras futuras consolidarán su prestigio, ya muy grande en los medios juveniles y universitarios en donde hasta ahora, principalmente, actúan.

Este libro es un acto de fe o pretende serlo. Un acto de milicia. En horas de angustia nos hemos vuelto a Basilio Muñoz. En él hemos encontrado la lección austera de un pasado áspero; la esperanza resplandeciente —raíz de nuestra vida y nuestro empeño— de un porvenir mejor.

Todo pasa. Pero frente a la muerte y al servilismo —muerte también— ahí está Basilio Muñoz, vencedor de la muerte, combatiente sin tregua, espejo de hombres. A los jóvenes de nuestro país, no ganados por la barbarie, la sumisión o el escepticismo, damos estas páginas: para que aprendan a vivir sin miedo y sin tacha.

CARLOS QUIJANO

Prefacio

Basilio Muñoz es la personalidad política uruguaya de mayor sugestión en los momentos actuales. A los setenta y siete años, en una admirable juventud del cuerpo y el espíritu, se ha puesto a la cabeza de la lucha popular contra la reacción. Semejante actitud a su edad, bastaría para darle una atracción singular. Pero lo rodea además la aureola de un antiguo heroísmo revolucionario entroncado con el de toda una estirpe, que hace de la suya una figura mitad histórica, mitad legendaria.

Pertenece a una familia de guerreros estrechamente vinculada a la historia de la nacionalidad desde sus orígenes a nuestros días. Su abuelo, descendiente ya de hombres de guerra, combatió, niño casi, en las huestes de Artigas, para seguir interviniendo durante más de medio siglo en todas las contiendas armadas del país Su padre hizo las primeras armas en la Guerra Grande, empuñándolas más tarde durante sesenta años. Él mismo se lanzó a los catorce, en 1875, a una revolución popular, y participó luego en varias, algunas de las cuales encabezó, siendo la última, después de un largo período de paz, la de enero de 1935.

A través de estos representantes en línea directa de tres generaciones —secundados en la familia por numerosas figuras laterales también extraordinarias— se ha descrito la sola parábola de una magnífica estirpe guerrera. Un oculto designio parece ir uniendo sus vidas, de manera curiosa, en una misma continuidad y un mismo destino. Todos ellos del mismo nombre, Basilio, de una proverbial bravura, invulnerables hasta lo inverosímil, y coronados en su larga trayectoria bélica de conductores de masas, por las palmas del generalato. Constituyen así, la notable excepción en la historia del país de representar la única sangre de caudillos que ha mantenido su vocación —y lo que es bien sorprendente, sin perder jerarquía— desde la independencia hasta la época actual.

El mismo signo moral, por otra parte, ha presidido la acción de los tres. Jamás mancharon su espada en los actos de barbarie que salpicaron a menudo nuestras luchas históricas. Jamás, tampoco, la desenvainaron si no fue para ponerla al servicio de causas abrazadas con nobleza, en una entrega sin tasa de sus vidas y sus bienes. Ha habido siempre en ellos una clásica hidalguía de alcurnia española —unánimemente reconocida por amigos y enemigos— y una señalada carencia de ambición, que si les restó acaso la significación espectacular de otras figuras, dejó limpio el honor de sus nombres.

Depositario y continuador de tal herencia a través de célebres insurrecciones armadas, Basilio Muñoz es hoy, sin ningún género de dudas, el más caracterizado hombre de guerra del país. Pero, a diferencia de sus antepasados, ha agregado a su gloria otros títulos que los alcanzados por las armas.

Formado en el ambiente bravío de una estancia de caudillo del siglo pasado, llegó a emanciparse de él, haciéndose hombre de cultura y alcanzando un título universitario. No traicionó nunca, sin embargo, aunque dejase de sufrir las limitaciones que le son propias, las virtudes primordiales de su medio de origen. Pudo ser un caudillo más, de los de viejo cuño, obedecido y temido, pero su cultura no se lo permitió. Pudo ser también un adocenado dirigente político en los círculos conservadores de la capital, pero no se lo permitió el fondo ancestral de su espíritu. Superó así la atracción instintiva de la montonera, sin dejar de ser fiel al sentido democrático y antioligárquico de las masas del campo.

Esa conformación espiritual suya ha hecho que fuera durante toda su vida un verdadero soldado ciudadano. En varias ocasiones tomó las armas para defender con insuperado heroísmo sus ideales de libertad política. Asegurada ésta en el país, supo luego, con igual dignidad, entregar sus energías al esfuerzo civilista, siendo constituyente, diputado, senador, alto funcionario administrativo. Y cuando por su edad y sus sacrificios se había ganado el derecho a un retiro honorable, he aquí que viene a dar, en una ancianidad admirablemente combativa, la máxima medida de sí mismo. Sobrevenida en el país la crisis institucional, se ha lanzado sin vacilar en medio de la lucha áspera de nuestro tiempo para encabezar una insurrección popular y convertirse en el abanderado de un movimiento de vasta significación revolucionaria dentro y fuera de fronteras.

Por todo ello, por el pasado y por el presente de Basilio Muñoz, por su futuro, se justifica con exceso este modesto intento biográfico, que es, por encima de todo, un homenaje a la belleza de su heroísmo y a la magnífica lección moral de su ancianidad.

* * *

Es necesario que aclaremos, sin embargo, que no es éste un trabajo de orden histórico ni una tentativa de carácter literario.

Es la nuestra una intención militante.

La conciencia revolucionaria del continente —contra el imperialismo y el latifundio, subvertores de la democracia —insurge ya, como una fuerza, en la república. País sudamericano el nuestro, vale decir, país de economía semifeudal dependiente del capitalismo extranjero, los intérpretes decisivos de esa conciencia han de [illegible], por necesidad histórica, en el medio rural.

El esfuerzo popular de la ciudad —nos referimos a la metrópoli— será siempre una levadura y una contribución poderosa e indispensable. Pero el secreto de la emancipación lo guardan fundamentalmente las clases rurales oprimidas por la alianza del terrateniente y la empresa extranjera: las peonadas de las estancias, los medianeros, los arrendatarios, los propietarios empobrecidos, los agricultores, la casi totalidad de la población de los centros urbanos de campaña. Toda esa vasta masa heterogénea empieza a expresar la comprensión de su destino común, bajo el signo de una protesta política y social, no bien precisa todavía, que el tiempo se encargará de afirmar.

Encarnación máxima de esa protesta es Basilio Muñoz. Y a través de su persona —es preciso destacarlo— el movimiento antimperialista, de órbita continental, enraiza en el país con las más genuinas tradiciones revolucionarias de la nacionalidad.

De ahí la intención militante que anima a las páginas que van a leerse: hacer conocer toda la curva de su vida ejemplar, como un aporte efectivo al movimiento emancipador del pueblo uruguayo, al margen en absoluto —lo testimoniará su lectura— de preocupaciones partidistas. Trabajo de principiantes, éste, escrito con impaciencia juvenil en medio de la lucha, no aspira a otro mérito que ése.

* * *

Hemos creído que no estaría completa la biografía de Muñoz si no se hablase en ella, aunque fuese de un modo rápido, de su padre y su abuelo. Si alguna vez hay que ir a buscar en la sangre la clave de una personalidad, es ciertamente ésta. Por otra parte, ambas figuras, cargadas de un vivo interés —como tantas otras poderosas individualidades nuestras del siglo pasado que yacen, más que en el olvido, en la ignorancia de las generaciones presentes— son acreedoras por sí mismas a referencias especiales.

Tanto en la parte que de ellos trata, como en el resto del trabajo, se ha utilizado, aparte de las obras y documentos que se citan en el texto, un abundante material de narraciones del propio Basilio Muñoz y de personas a él allegadas. Los recuerdos del jefe revolucionario, especialmente, han constituido una fuente de primer orden. Unas veces apuntes manuscritos, puestos con generosidad a nuestra disposición; más comúnmente relatos orales, recogidos por los autores en distintas oportunidades y luego ordenados de acuerdo con un plan. Enriquecen así esta obra, gran parte de sus memorias personales.

Hombre de inagotables y valiosos recuerdos históricos, conservados por una privilegiada memoria, es además Basilio Muñoz un narrador nato. Representa de manera típica a los clásicos narradores criollos, ya escasos por desgracia, fieles depositarios de nuestras ricas tradiciones orales. Sus relatos de abuelo glorioso fluyen con una seguridad sin fallas, realzados por una fineza cordial, suave y ágil de todos los gestos, tras la cual resultaría imposible adivinar al hombre de guerra. Y a través de ellos el mundo del pasado se anima más allá de su vida, adquiriendo el colorido y la fuerza de las cosas presentes. Viejos episodios, desvanecidos a veces en la leyenda, recobran la nitidez de sus perfiles; antiguas figuras, agrandadas con los años hasta el mito, se hacen familiares, casi amigas.

Sólo una mínima parte de esas narraciones suyas, las directamente vinculadas al tema, figuran en el presente trabajo. Han sido expuestas, por lo demás, sin otra preocupación que la de abocetar en una rápida y descarnada sucesión de bajorrelieves, el friso de la existencia de un hombre y una estirpe por el que desfilan, a lo largo de siglo y medio, los elementos más auténticos de la nacionalidad. Pero en ella radica todo el interés que él pueda ofrecer. Quienes lo firman, pues, son simplemente sus recopiladores.

A. A. - J. C.

CAPITULO I

El abuelo [1]

En el siglo XVIII, bajo el reinado de Carlos IV, vino al Plata Fernando de Muñoz, militar español que alcanzó el grado de coronel y cumplió una señalada gestión en la milicia y en la administración del Virreinato.

Cuando se disponía a partir para Chile a desempeñar en Santiago el cargo de intendente militar, murió en la provincia de Corrientes, donde estaba en servicio. La familia se trasladó entonces a Buenos Aires y luego a la Banda Oriental, radicándose en el distrito de Las Piedras, en el hoy departamento de Canelones.

José Mariano Muñoz se había casado en Melo con María Atanasia Palacios, oriunda como él de la Argentina, de cuyo matrimonio nacieron sus hijos Marcos, Agustín, Basilio, José y Plácido. Todos ellos prestaron servicios militares en las luchas de la independencia nacional, alcanzando más tarde Agustín y Basilio la alta jerarquía de generales.

El último estaba llamado a fundar una vigorosa estirpe de conductores, puesta al servicio de la república desde los días de su gestación hasta la hora presente.

* * *

En 1795 uno de los hijos, José Mariano, siguiendo la vocación paterna, sentó plaza de voluntario en el Regimiento de Dragones que al mando del capitán Agustín de la Rosa fuera destacado en Cerro Largo por el virrey Pedro de Melo.

Fue así uno de los fundadores de la Villa de Melo —hoy ciudad del mismo nombre—, cuyos cimientos fueron echados el 27 de junio de ese mismo año por de la Rosa en la llamada Guardia de Melo del Cerro Largo. A ese título le correspondió la segunda casa levantada en la plaza principal de la villa, una suerte de chacra sobre el arroyo del Chuy, y una suerte de estancia sobre el arroyo Yaguarón.

Cuando se produjeron los primeros estremecimientos de la revolución, José Mariano Muñoz fue de los elementos sindicados como levantiscos, siendo objeto, junto con otros muchos criollos, de la persecución enconada del comandante militar Manuel Paz, personaje lusitano al servicio de España. Se vio así obligado a emigrar al sur, yendo de nuevo al distrito de Las Piedras, para enrolarse allí en las filas revolucionarias cuando Artigas proclamó la insurrección en la Banda Oriental.

Se batió en Las Piedras formando parte en calidad de alférez de la División de la Izquierda —Canelones— que obedecía las órdenes inmediatas de los capitanes Juan León y Ramón Márquez y acompañó luego a Artigas desde la división del coronel Blas Basualdo, actuando en el combate de Batel, después de Guayabos.

Su nombre —como el de su hermano Fernando— figura además en la lista de donativos entregados por el vecindario de Canelones al sacerdote Valentín Gómez, capellán del ejército artiguista, pocos días después de la batalla de Las Piedras. [2]

Triunfante Artigas, se retiró a la villa de Melo con el grado de capitán, no volviendo ya a empuñar las armas.

* * *

Basilio Muñoz nació en Melo en 1803.

Era, pues, un niño todavía cuando invadieron el país las tropas portuguesas. Se incorporó sin embargo en 1817 —como lo habían hecho sus hermanos mayores— en calidad de soldado voluntario, a la división oriental mandada por Fructuoso Rivera, quien obedecía a su vez órdenes de Fernando Otorgués.

En esa división tomó parte activa en la lucha por la emancipación, destacándose muy pronto, al punto de ser ascendido en el combate de Paso de Cuello de Santa Lucía a la clase de sargento. El puesto al cual fue llamado había quedado vacante en virtud del ascenso al grado de alférez decretado en la misma acción en favor del más tarde célebre caudillo Servando Gómez.

En 1820, a raíz de la derrota de Tres Árboles, debió Rivera replegarse al sur, quedando así cortado de Artigas que guerreaba en el norte, y obligado finalmente a someterse al invasor. El joven Muñoz siguió la suerte de la división mandada por aquél, siendo destinado, al igual que sus hermanos, al regimiento del coronel Caballero, que hacía servicios de guarnición en la frontera de Cerro Largo.

* * *

La cruzada libertadora de los Treinta y Tres encontró a Basilio actuando a las órdenes del coronel Bento Gonçalves da Silva. Una estrecha relación lo unía al jefe brasileño, en cuya escolta servía, acompañándolo durante el principio de la campaña hasta la batalla de Sarandí. Fue después de esta acción cuando se pasó a las filas orientales, despidiéndose amistosamente de Bento Gonçalves, quien le debía la vida por su intervención personal en una incidencia del encuentro.

La relata así Joaquín Muñoz Miranda: "En esta olímpica carga... hubo de ser muerto, herido o tomado prisionero, nada menos que el intrépido Gonçalves da

Silva por el audaz teniente oriental Juan Galván, que le gritaba denodadamente que no huyese, a la vez que le amenazaba con derribarlo de una lanzada. Sin embargo, de pronto apareció allí el sargento Basilio Muñoz, oriental al servicio del imperio hasta después de esa batalla y de la íntima amistad del jefe brasileño de tan vistoso uniforme, y sujetando el corcel se interpuso entre Gonçalves da Silva y el jinete patriota. Galván sólo obedeció al grito imperioso de Muñoz cuando se vio en el suelo gravemente herido de un trabucazo por el recién llegado." [3]

Años más tarde, valga la coincidencia, Muñoz se casó en Melo con una hermana del teniente Galván.

* * *

Incorporado al ejército oriental, sirvió primero, con el grado de subteniente, en las milicias de Cerro Largo, a órdenes de Basilio Verdún —hijo del teniente de Artigas José Antonio Verdún—, que actuaba como subalterno inmediato de Ignacio Oribe.

A cierta altura de la campaña, estando la vanguardia del ejército libertador en Pablo Páez, Verdún fue despachado con doscientos hombres aproximadamente, en servicio de exploración hacia la ciudad de Melo. Partió al oscurecer y marchó sin descanso toda la noche. Cuando amaneció el día siguiente se encontró de improviso con numerosas fuerzas enemigas en las inmediaciones del Quebracho, sufriendo en seguida muchas bajas y debiendo emprender una retirada desastrosa. La persecución se prolongó durante todo el día, cayendo uno a uno los jefes y oficiales y la casi totalidad de los hombres que acompañaban a Verdún. En las últimas horas de la tarde sólo combatían de la columna patriota catorce hombres mandados por el subteniente Muñoz, a quien llamaban entonces "El Brasilero" por haber estado en los cuerpos portugueses.

Hubieran caído también, seguramente, de no haber tenido allí Basilio un gesto de inverosímil audacia, que anunció ya al temible guerrillero que sería más tarde. Es a esa hazaña —según el nieto— que se refería un soldado suyo, Feliciano "El Callao", en un relato recogido por el escritor Justino Zavala Muniz al hacer una semblanza de este último:

"Él mismo, sin ver el elogio que se tributaba elogiando a su jefe, contábale al vecino don Ramón Mundo este episodio: «Era en una de las tantas guerras que asolaron a nuestro país. El entonces teniente Basilio Muñoz, abuelo del célebre guerrillero del mismo nombre, huía seguido de cerca por una partida adversaria. Ya se aburría el modesto jefe de tanto escapar del enemigo, más numeroso, cuando una tarde en que los contrarios empezaban a surgir por detrás de una cuchilla, mandó sacar el freno a los caballos, y echar pie a tierra. Sorprendidos los otros por tanta audacia, se detuvieron a su vez, sin animarse a atacar. En vano esperaron los perseguidos la acometida adversaria; aquéllos cambiaron de rumbo, dejando tranquilos a los que por su valor y la inaudita audacia de su jefe, se habían librado de un desastre seguro.»

"Feliciano «El Callao» terminaba su narración con estas palabras que muestran elocuentemente su modestia y la admiración por su héroe: «Por Dios, Mundo; habrá hombres guapos... pero como el teniente Basilio...»

"Y aquí truncaba su comentario, seguro de que no necesitaba agregar palabras para dar idea del coraje del teniente Basilio." [4]

* * *

Muerto Verdún, ingresó Muñoz en 1826, en calidad de alférez —según consta en foja de servicios del Archivo Militar— al Regimiento de Dragones Libertadores de la Patria, mandado por Ignacio Oribe. Desempeñando ese cargo intervino en la batalla decisiva de Ituzaingó, y actuó hasta el final de la campaña libertadora.

Habiéndose hecho baqueano sagaz en el sur de Río Grande, fue destacado al frente de una de las partidas de exploración que se desprendían del ejército republicano después de Ituzaingó, con el objeto de vigilar de cerca los movimientos de las tropas imperiales que se retiraban al interior del Brasil. Fue en esas circunstancias como cumplió otra de sus grandes hazañas personales, batiendo completamente en un encarnizado combate cuerpo a cuerpo al terrible caudillo Juca Teodoro, considerado hasta entonces invencible en sus madrigueras de las sierras riograndenses. La proeza de Muñoz fue recogida por el boletín del ejército republicano, que hizo mención especial del episodio, exaltando la figura de su principal protagonista.

* * *

En setiembre de 1830 fue nombrado capitán de caballería, yendo a Cerro Largo al frente de un destacamento.

En 1836 se encontró en la batalla de Carpintería defendiendo al gobierno de Oribe contra la insurrección de Rivera, al mando de los escuadrones de la División Cerro Largo, y a las órdenes inmediatas de los brigadieres generales Ignacio Oribe y Juan A. Lavalleja.

Durante los años 1837 y 1838, desempeñando la jefatura de la compañía "Guías del Departamento de Durazno", se encontró en la batalla de Yucutujá, en el combate del Yi y en la batalla del Palmar, a las órdenes del presidente de la república, Manuel Oribe.

Emigrado éste a la Confederación Argentina luego del triunfo revolucionario, el ya comandante Basilio Muñoz, como Timoteo Aparicio y otros jefes oribistas, quedó en el país pero no se sometió. Durante cinco años vivió fuera de la ley, matrereando en los montes del centro de la república, en una actitud de permanente hostilidad contra el gobierno de Rivera, a la espera de Oribe que guerreaba entretanto en las provincias argentinas.

Cuando en 1843 el caudillo invadió el país, fue uno de los primeros en incorporársele, al frente de la División Durazno.

Acompañó un tiempo al grueso del ejército hasta el establecimiento del sitio de Montevideo, siendo luego encargado de las operaciones contra las fuerzas de Rivera al sur del río Negro, en combinación con Dionisio Coronel, destacado en Cerro Largo. Fijó su campamento general sobre El Cordobés, en el llamado desde entonces Paso del Campamento. En aquel vivac donde permaneció largo tiempo, organizó una verdadera población formada por las familias de los combatientes, llegando a dotarla de una escuela de primeras letras.

* * *

Al final de la guerra, cuando vino Urquiza al Uruguay por segunda vez, ahora sublevado contra Rosas y aliado a Montevideo, atrajo a su causa, como es sabido, a la mayoría de los jefes de Oribe.

Basilio Muñoz y Dionisio Coronel, que recibieron también cartas de Urquiza invitándolos a defeccionar, fueron los únicos que permanecieron fieles al caudillo del Cerrito, a cuyo lado volvieron inmediatamente.

Hecha la paz, Urquiza, que era muy amigo de Muñoz desde su primera campaña —durante la cual éste estuvo siempre a sus órdenes, con fuerte comando,

Gómez, salió con su escolta al encuentro de Muñoz a una distancia de varias leguas, manteniendo entonces con él un diálogo que era una trágica profecía de lo que iba a ocurrir poco después.

—Esté tranquilo que llegaremos siempre a tiempo, como hasta ahora, para salvar a Paysandú —le dijo Muñoz.

—Así lo espero —respondió Leandro Gómez—; pero si sucediera lo contrario, tenga la seguridad de que oirá decir que Paysandú no cayó sino después de ser reducida a escombros y muertos los jefes que la defienden.

Ya se sabe cómo cumplió su palabra, en uno de los dramas más intensos de la historia nacional, aquella figura de epopeya.

* * *

Cuando Flores volvió a sitiar la ciudad de Paysandú, apoyado por la escuadra y los ejércitos de Pedro II, se envió en protección de los sitiados al general Juan Sáa —*Lanza Seca*— que mandaba el ejército de reserva, siendo atajado en Yapeyú por el coronel Máximo Pérez.

Muñoz marchaba entretanto al [illegible] obedeciendo instrucciones personales del presidente Aguirre.

Éste había concebido entonces un audaz plan, consistente en destacar una columna que hostilizase en su propia tierra a los aliados de Flores, diese el grito de la emancipación al pueblo brasileño, y tentase, atravesando una enorme extensión del [illegible] del imperio, la unión con las fuerzas paraguayas del mariscal López, aliado natural del Uruguay en la lucha contra la alianza de la Argentina y el Brasil. Con ese objeto Aguirre fue en persona al campamento del ejército gubernista, sobre el arroyo Maciel, departamento de Florida, exponiendo el plan ante los jefes y preguntando cuál de ellos se consideraba capaz de la empresa. Basilio Muñoz se ofreció primero que nadie. Le fue encomendada entonces la difícil misión, ascendiéndosele a general de brigada. 6

Invadió enseguida el Brasil, atravesando el río Yaguarón por el paso de Almada, al frente de una columna ligera de 1.800 hombres. Componían a ésta las milicias de Durazno que mandaba el propio Muñoz, las de Porongos a órdenes del coronel Pedro Ferrer, las de Florida al mando de Timoteo Aparicio, y un cuerpo de dragones que mandaba el mayor Ramón Nievas, guerrero de la Independencia. Desempeñaban las jefaturas del estado mayor y del Detall, el coronel Santiago Botana y el sargento mayor Nicolás Marfetán, respectivamente.

Sobre el arroyo El Tejo, la vanguardia a cargo de Ferrer y Aparicio, puso en fuga una columna imperial sableándola hasta la plaza de Yaguarón. Pero poco después, decidida la guerra en favor de Flores con la caída de Paysandú, y desarticulada la política internacional entre los blancos y el mariscal López, dispuso el general Muñoz el regreso al Uruguay.

Durante un tiempo fue el único jefe de importancia que siguió actuando en campaña, hasta que hecha la entrega de Montevideo [illegible] el presidente Villalba, ordenó a sus fuerzas que depusieran las armas ante las respectivas autoridades departamentales.

* * *

La invasión de Río Grande, en la cual había obtenido un aplastante triunfo parcial, le había creado, sin embargo, una situación muy comprometida. Después de la paz, el gobierno del Brasil pidió con insistencia su cabeza, para dar satisfacción al encono de los riograndenses. Era tal el odio que éstos profesaban a Muñoz, que durante muchos años, en el aniversario del ataque a Yaguarón, execraban su memoria quemándolo en efigie...

En virtud del pedido del Brasil, se despacharon dos comisiones de gente de armas para darle cumplimiento; una de 80 hombres a órdenes del coronel Ceterino Alberto, brasileño, y otra de 100, mandada por el mayor Camilo Rojo. Ceterino Alberto fue recibido por el general Muñoz en su estancia, pero optó por retirarse como había venido, luego de despedirse cortésmente, en vista de que éste aún conservaba parte de su escolta... Y en cuanto a Rojo cuando llegó a la estancia, ya no encontró a Muñoz.

Su compadre Diego Novoa, a quien ya hemos citado, empeñado en salvarlo, intercedió ante Flores. El caudillo victorioso, que era gran amigo suyo y le debía por otra parte, señalados servicios personales, accedió al pedido, ofreciendo a Muñoz amplias seguridades para escapar a la Argentina. Sirvieron de chasque dos de los hombres de éste, Pedro Muñoz y Luis [illegible]undo, hijo y yerno suyos, respectivamente, quienes partieron de Montevideo para la estancia con el mensaje de Flores. Éste le decía que eligiese entre emigrar por el litoral argentino para lo cual ponía a su disposición su escolta a órdenes del comandante Luciano Vera, amigo de Muñoz, o descender de incógnito a Montevideo, a fin de embarcarse para la Argentina. Optó por la segunda vía, pasando así a Entre Ríos en 1865.

Flores epilogó su hidalga actitud, ofreciendo todavía a la esposa de Muñoz, doña Dorotea Galván, la protección de uno de sus principales jefes, el general Francisco Caraballo, el mismo que tres años más tarde se levantaría en armas contra Lorenzo Batlle. 7

* * *

Muñoz fue a refugiarse en Gualeguaychú, Entre Ríos, bajo la protección incondicional de su antiguo amigo el general Urquiza.

A raíz de los trabajos que llevaba a cabo para invadir el Uruguay, el presidente Mitre quiso exigir su entrega. Urquiza entonces lo envió a Paraná, recomendado al gobernador coronel Navarrito, a quien le decía que si fuese necesario empeñase el propio ejército para defenderle. Desaparecido el peligro volvió a Gualeguaychú, donde continuó preparando la invasión cuya jefatura le estaba señalada. Pero murió en junio de 1869 —se ha dicho que envenenado— y le tocaría a uno de sus oficiales, Timoteo Aparicio, acaudillar la llamada revolución del 70.

Comentando este instante de la historia nacional, ha escrito el historiador Eduardo Acevedo: "A los movimientos anárquicos de las propias fuerzas gubernistas, se agregaban los trabajos de algunos de los caudillos del Partido Blanco realizados desde la provincia de Entre Ríos, llegándose a denunciar como organizadores de invasiones compuestas de orientales y entrerrianos, unas veces al general Basilio Muñoz, y otras al general Anacleto Medina, este último al servicio del gobierno de Urquiza. El general Basilio Muñoz, que falleció en ese mismo período de intranquilidad, rectificó varias veces, sin embargo, la especie de [illegible] se pondría a la cabeza de un ejército compuesto de elementos de una y otra banda. "Jamás invadiría mi país, son las palabras que le atribuía la prensa de Gualeguaychú, sino al frente de un ejército regularizado de orientales y contra un poder extranjero o para salvar las instituciones [illegible] el honor de mi patria... Yo he servido siempre a mi patria bajo las órdenes de los gobiernos legales... Nunca me pondría a la cabeza de unos cuantos bandol[illegible] ir a acabar de arruinar la patria." 8

Las palabras atribuidas por la prensa de Guale-

guaychú al general Muñoz, están ratificadas en cartas a su hijo Basilio.

❁ ❁ ❁

Fue la suya una figura singular. Le tocó actuar en las épocas más difíciles y cruentas de nuestra historia. Aprendió a hacerse ho: bre de e las campañas de la independencia, en la dura escuela del c.mpamento, y pasó la mayor parte de su vid. viril entre el humo de los combates. Pero supo legar a sus descendientes —para ser perpetuados— junto con un nombre glorioso. el valor proverbial y la dignidad sin mácula de su espada.

En 1875 fueron repatriados sus restos por una comisión del gobierno presidida por el coronel Manuel Aguiar.

NOTAS

1. Valiosos elementos utilizados en la preparación de este capítulo nos han sido suministrados por el historiador Joaquín Muñoz Miranda. con una deferencia que obliga nuestro reconocimiento.

2. Justo Maeso. "Los primeros patriotas orientales de 1811". pág. 245 y siguientes.

3. J. Muñoz Miranda, "Sarandí". Revista Histórica, T. III, pág. 561.

4. "Crónica de Muniz", pág. 45. Eulogio Salazar, hijo del mayor Manuel Salazar, muerto al lado de Verdún relataba en igual forma el episodio a Basilio Muñoz, nieto

5. A esta época pertenece la anécdota suya que transcribimos a continuación, publicada en 1902 por José A. Fontela, chispeante narrador de tradiciones nacionales.

"El coronel era bueno como una pasta, valiente como las armas y grueso como un botijo.

Con todo, para no desdecir de su grado. vestía invariablemente levita negra y sombrero de copa, tanto en el Departamento, cuando era Jefe Político, como en su establecimiento de campo; lo mismo andando a pie, que cabalgando en su petizo gateado para ir a refrescar el gordo cuerpo en las aguas del Yi, o en brioso pingo cuando recorría las veinte y tantas leguas que separaban su establecimiento de campo de la cabeza del Departamento. En los campamentos y en los campos de batalla, no sé a punto fijo si cambiaba la galera por algún pajilla de anchas alas. ¡Ahora caigo! ¿Cómo dejaría él esa pieza, si alargaba su estatura cuando menos en un quinto?

Por aquellos tiempos usábase mucho la bolsita de seda con anillos, para colocar el oro; los paisanos finos usaban también la chuspa de pescuezo de avestruz, perfectamente sobada: pero como el coronel solía llevarla repleta, y el oro es muy pesado. prefería la de seda.

Allá por el cincuenta y tantos. mucho antes que la amarilla nos visitase, bajó el coronel a la ciudad, llamado por el gobierno para encargarle la comisión de recorrer con cierta fuerza una parte de la república.

En aquel tiempo la hermosa plaza de la Independencia estaba ocupada en su mitad oeste por el Mercado Viejo, antigua ciudadela. y en él había cafés. fondas y hoteles, con nombres pomposos: pero no se parecían al Central ni a las Pirámides; tenían de hoteles y fondas sólo el nombre: todo lo demás era de bodegón de regular pa bajo

Nuestro coronel en sus andanzas comía en cualquiera de éstos; y como en la variedad está el buen gusto, variaba sin cesar. Una noche, después de haber satisfecho perfectamente su apetito, sacó la repleta bolsa, entre cuyas mallas brillaba el oro que aprisionaba, a la luz del quinqué de tres mecheros, alimentados en aceite de patas, corrió suavemente los anillos de un lado, miró el contenido: eran onzas Cerró de nuevo y abrió el lado opuesto: eran brillantes monedas de once patacones; sacó una y la arrojó con indiferencia sobre la redonda mesa. Vino una Maritornes, la recogió y trajo luego el vuelto que el coronel distribuyó cuidadosamente: las pequeñas monedas de oro en el bolsillo izquierdo del chaleco; en el derecho, la plata, y la pesada metralla de aquel tiempo, en el bolsillo derecho del pantalón.

Así repartido el peso, atusóse el rígido y espeso bigote y tomó el portante.

Salió por el este, giró hacia el norte por entre los puestos de pan y naranjas, siguió luego por entre los de zapateros remendones y tambos de chivas, para bajar por la calle Florida.

Al llegar cerca del farol, se le cuadró delante, cortándole el paso, un mocetón, el cual, presentándole la punta de un afilado puñal, le dijo con voz sorda: ¡Dame la bursa!

Tengo para mí, que al coronel no le turbó la digestión este encuentro, pues miró a la cara del gigante, y empinándose cuanto pudo en las puntas de los pies, le contestó, llevándose las dos manos a los bolsillos del pantalón:

—¡Amigo! ¿En qué país estamos? Aquí no se mata ningún hombre por plata. ¿Quiere plata? ¡Tome!

Y diciendo esto descargaba sus dos cachorras en el pecho del postulante, que cayó tendido mitad en la vereda y el resto en el arroyo."

6. En el momento de iniciar la campaña, el presidente Aguirre le envió la carta que transcribimos a continuación, tomada de una correspondencia del general Muñoz dada a luz en "La Alborada", 1896, por J. Muñoz Miranda.

"Sr. general don Basilio Muñoz.

Montevideo, enero 25 de 1865.

He recibido su apreciable del 17 y de su contenido quedo impuesto con mucha satisfacción.

Tengo confianza en que los resultados que ha de obtener V. con las fuerzas a sus órdenes, nos han de dar días de gloria a la patria, y por tanto a la causa de las instituciones que sostenemos.

Con mucho gusto me he ocupado de hacer facilitar casa a la familia de V. y los muebles necesarios. Descuide V que todo lo que ella precisa le será proporcionado; así se lo he dicho personalmente a la señora, a quien tuve el gusto de ver hace dos días. No tenga, pues, cuidado por la familia.

Impóngase del papelito que le incluyo y proceda de acuerdo, si no hubiese motivos graves que se lo impidan.

Por falta de tiempo no le mando en esta diligencia dos mil pesos. Si usted los cree indispensables, tómelos en Cerro Largo, y gírelos contra mí que serán inmediatamente pagos. Si no los cree indispensables se los daré a la señora.

Le desea completa felicidad.

Su affmo. amigo y S. S.

A. C. Aguirre."

7. Con tal motivo, Caraballo envió a aquélla una carta cuyo original conserva su nieto Basilio. He aquí el texto de la misma:

"Montevideo. octubre 17 de 1865.

Señora doña Dorotea G. de Muñoz.

Presente.

Estimada señora: Después de saludar a V. con todo el respeto que V. se merece, me es grato a la vez poner en conocimiento de V. que el señor general Muñoz me ha recomendado sus establecimientos en campaña.

En esta virtud ago presente a V. que cualquier cosa que V. precise o que le suceda tanto en sus intereses como individuos vajo su dependencia, se sirva V. comunicármelo, que en el acto le será puesto remedio en todo.

Biva V. tranquila en lo sullo y cuente con el aprecio y amistad de quien tiene el gusto de ofrecerse. Su affmo. servidor Q.B.S.M.

Francisco Caraballo."

Esta carta es un valioso testimonio del espíritu caballeresco que nunca estuvo ausente en las bárbaras contiendas civiles de nuestro pasado histórico. Habrá ocasión en el transcurso de este libro, de observarlo en nuevos episodios.

8. Eduardo Acevedo, "Anales Históricos del Uruguay", T. III, pág. 513.

CAPITULO II

El padre

El general Basilio Muñoz tuvo varios hijos. El mayor, de su mismo nombre, estaba llamado a sucederle en la jefatura de la División Durazno, y proseguir en el tiempo la tradición guerrera de la familia

° ° °

El segundo Basilio Muñoz nació el día de la Jura de la Constitución, 18 de Julio de 1830. Hizo sus primeras armas en la Guerra Grande, a la edad de catorce años, actuando primero con Dionisio Coronel en la famosa defensa de la plaza de Melo sitiada por Rivera, y luego con su padre en el Paso del Campamento del Cordobés y en el mismo Sitio de Montevideo.

Después de la Paz de Octubre acompañó a su padre en todas sus movilizaciones hasta el triunfo de Flores en 1865, en que el general Muñoz debió emigrar a la Argentina. En el curso de esta última campaña obtuvo el grado de teniente coronel.

° ° °

Cuando en 1870 Timoteo Aparicio invadió el país en lucha con el gobierno de Lorenzo Batlle, Basilio Muñoz, acompañado de los coroneles Fernando Rojas y Anacleto Garrido, dos guerreros de la independencia, se levantó en Las Palmas con 300 hombres armados a lanza. Al día siguiente de su pronunciamiento derrotaba en San Ramón de Las Cañas a la columna gubernista, fuerte de 500 hombres, que mandaba el coronel Gabriel Ríos, y después de doblar sus contingentes con nuevas incorporaciones, fue a unirse a Timoteo al frente de la División Durazno.

Intervino así en las batallas iniciales de Severino y Corralito, tocándole, después de la última de estas acciones, integrar con Benítez, Ferrer y Méndez, la comisión de jefes que junto con el general Aparicio representó a la revolución en la conferencia de paz que tuvo lugar entonces.

Fracasadas las gestiones pacifistas y dominando los insurrectos al sur del Río Negro, establecieron el sitio de la capital. De algunos aspectos de la participación que le cupo en el mismo al coronel Muñoz, habrá ocasión de hablar en el capítulo próximo

° ° °

Al sitio de Montevideo siguió la terrible batalla del Sauce, una de las más típicas de nuestras guerras civiles, en la cual el jefe de la División Durazno fue protagonista de episodios de romance.

El encuentro hubo de librarse en condiciones muy desfavorables para el ejército de Aparicio. Se encontraba éste envuelto por las fuerzas de Goyo Suárez, que venía del interior del país, y por las que habían salido de la capital en su persecución, muy superiores en número y elementos bélicos. Tomado entre dos fuegos debió presentar pelea en las proximidades del Sauce, sobre tierra arada que dificultaba la acción de su célebre caballería de lanceros.

Poco antes de empeñarse la batalla, tres jefes de la División Durazno, los comandantes Cirilo Mateo, Juan Villa y Ciriaco Ledesma, viendo que aquel día las filas rebeldes iban a ser arrasadas por la metralla enemiga, tomaron una resolución heroica. Dejando sus escuadrones al mando de los segundos jefes, vinieron a ponerse como simples soldados al lado de Muñoz, diciéndole con espartana sencillez:

—Ya que vamos a morir, queremos hacerlo a su lado.

La caballería de Aparicio cargó impetuosamente a lanza contra los cuadros de la infantería enemiga apoyados por el intenso fuego de la artillería. Ángel Muniz iba a la izquierda, Muñoz al centro y a la derecha Pampillón. Fue tan violenta la carga que a pesar del mortífero fuego adversario que abría grandes claros, rompió y cruzó totalmente el cuadro central dejándolo diezmado en el mayor desconcierto. Los lanceros llegaron hasta el mismo parque gubernista, en la retaguardia, y Ángel Muniz, que creyó que aquel desastre de la infantería decidía el encuentro, continuó lanceando enemigos hasta cerca de Toledo.

Pero después de la carga la caballería revolucionaria quedó sin protección en medio del ejército de línea, y éste logró rehacerse merced a los esfuerzos del jefe gubernista Simón Moyano. En el centro del cuadro Muñoz perdió su caballo y quedó a pie, viendo cómo caían a su lado casi todos los ayudantes de su escolta y los mejores jefes de la División Durazno.

Su situación era angustiosa cuando apareció viboreando entre los infantes enemigos uno de sus capitanes, Miguel Duarte, quien se apeó de su caballo y se lo ofreció con estas palabras:

—¡Sálvese coronel, que usted hace falta y yo no valgo nada!

—¡No! ¡Vamos a salvarnos los dos! ¡Monte nomás y deme el estribo! —le respondió Muñoz, logrando en esa forma escapar ambos milagrosamente.

Obtuvo el coronel Muñoz otro caballo, y alcanzó todavía a salvar él mismo, casi enseguida, la vida de un muchacho enemigo que a punto de ser lanceado por un soldado revolucionario, se le acercó en demanda de auxilio. Después de ordenar a su perseguidor que se contuviera, lo hizo subir a las grupas de su cabalgadura.

Aquel adolescente se llamaba Fructuoso Rodríguez, y tuvo más tarde una brillante carrera militar alcanzando el grado de coronel y la jefatura del 2º de Cazadores. El afecto que durante toda su vida profesó a su salvador, en cuya familia fue considerado como un miembro más, es una tradición íntima que siempre evocan los Muñoz con emoción.

* * *

Después del desastre del Sauce el ejército de Aparicio se retiró lentamente, haciendo Basilio Muñoz el servicio de retaguardia.

Al norte del río Negro, la persecución enemiga, que no había cesado un instante, se hizo más tenaz y activa, tiroteándose frecuentemente las fuerzas de Muñoz con las del coronel Hipólito Coronado, a cargo de la vanguardia gubernista.

Tan cerca marchaban uno de otro, y tantos días duró el contacto, que ambos jefes acabaron por trabar relaciones. Una mañana que se enfrentaron en la línea al relevar el servicio, se saludaron y entraron en conversación, suspendiéndose momentáneamente el fuego. Luego fue ésa una práctica cotidiana entre los jefes adversarios, que se trataban espiritualmente de "vecinos"...

Como consecuencia de esa relación, uno y otro se devolvían los prisioneros que se hacían diariamente entre la gente cortada de las columnas. Entre los devueltos por Coronado, figuró Chiquito Saravia, que a la edad de dieciséis años servía entonces a órdenes de Muñoz.

* * *

Después de la derrota de Manantiales, la División Durazno fue la base sobre la cual el general Aparicio reorganizó el ejército revolucionario, pudiendo así pactar en condiciones honorables un armisticio, y más tarde firmar en la Florida la paz que puso término a la sangrienta guerra del 70.

* * *

Cuando se produjo en el año 75 la revolución Tricolor, acaudillada por Ángel Muniz contra el gobierno de Pedro Varela traído por el motín de enero, el coronel Muñoz no se levantó. A raíz de los sucesos de entonces el Partido Blanco sufrió una escisión: Timoteo Aparicio apoyó a Varela después que Ellauri rechazó su ofrecimiento para ayudarle a restaurar la legalidad, mientras numerosos jefes, unidos a una gran parte del Partido Colorado, se alzaban en armas contra el gobierno del cuartelazo.

Dividido el partido, Muñoz decidió mantener una actitud prescindente. Era muy amigo de Aparicio, del presidente Varela [1] y del mismo Latorre, aprovechando esas relaciones para proteger, una vez fracasada la revolución, a los compañeros vencidos. Derrotado Muniz en el Valle de Aiguá, las distintas divisiones rebeldes se retiraron a sus respectivos departamentos. Al hacerlo, muchos insurrectos llegaban hasta la estancia de Muñoz a recibir el indulto que éste concedía por autorización especial del gobierno.

El coronel Muñoz siguió viviendo en su estancia hasta 1885. En esa época, de plena hegemonía santista, conspiraba activamente contra la dictadura. El jefe político de Durazno, Juan José Martínez, emprendió entonces contra él una persecución implacable. Llegó a matarle dos hombres de su estancia, siendo uno de ellos Nemesio Camacho, un valiente morenito que había servido de chasque para Timoteo Aparicio en los trabajos de conspiración, y que hecho prisionero fue torturado hasta la muerte sin que se le pudiera hacer confesar.

Muñoz vivía casi en estado de guerra. En su estancia se cenaba con sol, y durante toda la noche se montaba guardia en la azotea. Resultándole ya insostenible la situación, resolvió emigrar al Brasil a fines de 1885, yendo a la estancia que un amigo de Durazno, Candinho dos Santos, poseía en Río Grande del Sur. Allí se le unieron poco después sus hijos y algunos compañeros, entre los cuales Carlos Acevedo Díaz, hermano de Eduardo.

Santos hizo todo lo posible, sin embargo, por propia conveniencia política, para que volviese al Uruguay, haciendo mediar con ese objeto a Justino Muniz e Higinio Vázquez, comandante militar y jefe político de Cerro Largo, respectivamente, correligionarios y amigos del jefe emigrado. La gestión tuvo éxito, y éste regresó al país casi enseguida acompañado por el coronel Juan Aguiar, radicándose en Melo, donde lo encontró la revolución del Quebracho.

En ella hubo de desempeñar un papel principal, como se ve por este párrafo de una carta que le dirigiera desde la Argentina el coronel Arredondo, jefe del movimiento: "El 15 de febrero debe producirse el levantamiento general del país. En cada departamento se reunirán las fuerzas en un punto dado y desde allí marcharán .. Usted será comandante en jefe del segundo cuerpo de ejército al sur del Río Negro y tratará de que el levantamiento no se precipite y coincida en lo posible con la invasión de la columna principal."

Pero la rápida derrota de la revolución le impidió pronunciarse. En unos apuntes inéditos, Basilio Muñoz refiere así la participación de su padre —a quien acompañaba— en los sucesos de 1886:

"La División Cerro Largo estaba compuesta de 300 hombres a órdenes del coronel Justino Muniz, a quien secundaban los coroneles Basilio Muñoz, Higinio Vázquez, Fortunato Jara y Pablo Estomba. La mayoría de los jefes y la totalidad de los oficiales, eran revolucionarios.

"Marchó al oeste para pronunciarse al entrar al departamento de Durazno. Cuando llegó al Paso del Villar del Cordobés se mandaron los escuadrones de los comandantes Cesáreo Gordillo, Eusebio Carrasco y otros, en descubierta de las fuerzas del gobierno que mandaba el coronel Ricardo Esteban, y sacar caballadas. Dos horas después de haber salido del campamento dichos comandos, se recibieron los chasques Tiburcio Jauregui e Isidoro Colmán, con comunicaciones dando la derrota del ejército revolucionario en las puntas de Soto y que la mayoría de los jefes habían caído prisioneros. Se reunieron en casa de León Daguerre los coroneles Muniz, Muñoz, Jara, Vázquez y Estomba, y después de larga deliberación resolvieron recoger las fuerzas que ya se habían pronunciado a la revolución y marchar sobre Melo donde había llegado la columna revolucionaria del coronel Galeano. Creo que se hizo chasque comunicándole la derrota del ejército revolucionario y las condiciones en que se marchaba sobre Melo y que se apresurara y disolviera las fuerzas.

"A pesar de la derrota de la revolución llamada del Quebracho, ella quedó en pie y se preparaba para los primeros meses de la primavera la invasión de los coroneles Pampillón y Saura por Cerro Largo y un nuevo pronunciamiento en el país."

Muñoz había regresado a su estancia de Durazno, por haber sustituido Ricardo Esteban a Juan José Martínez en la jefatura política y desde allí conspiraba en connivencia con Pampillón y Saura, que estaban emigrados en Yaguarón.

Un mes apenas después del Quebracho les envió un chasque por intermedio de Saturnino Velázquez. Al pasar por Melo se detuvo éste a almorzar en el famoso

hotel de Isasa, desensillando el caballo en el galpón y dejando allí la montura, en cuyo interior había ocultado el chasque. Cuando volvió se encontró con que le habían sustraído, no se sabe cómo, el mensaje secreto de Muñoz. Éste fue enseguida aprehendido por las autoridades del santismo; pero a los pocos días se constituyó el Ministerio de Conciliación que puso fin virtualmente a la dictadura de Santos, y fue puesto en libertad

* * *

El coronel Muñoz no intervino en los movimientos saravistas del 96 y el 97, de los que fuera, sin embargo, figura tan destacada su hijo Basilio.

Volvió a actuar en la revolución de 1904, ya con el grado de general, a la edad de setenta y cuatro años. La jefatura de la División Durazno, que no combatía desde el 70, pasó a su hijo, y a él se le iba a confiar el comando general de tres divisiones, las de Durazno, Cerro Largo y Treinta y Tres.

Pero poco tiempo anduvo en campaña. Al principio de la guerra, cortado del ejército, fue forzado por Galarza a cruzar la línea fronteriza del Brasil, e internado en Bagé por las autoridades brasileñas, no le fue posible regresar al Uruguay hasta que se hizo la paz.

Falleció en su estancia, después de haber enriquecido la gloria familiar con una admirable ejecutoria política y guerrera de sesenta años, el 3 de noviembre de 1910, el mismo día en que su hijo dirigía la toma de Nico Pérez en el movimiento revolucionario de aquel año.

Este último tuvo accidentalmente noticia inmediata de su muerte por un chasque enemigo hecho prisionero al día siguiente, que había pernoctado la víspera en la estancia de Las Palmas

NOTAS

1. He aquí la carta que le envió Varela al tomar el poder, cuyo original es conservado por Basilio Muñoz:
"Sr. coronel D. Basilio Muñoz.

Montevideo, febrero 3 de 1875.

Estimado amigo:

Llamado por la libre y espontánea voluntad del pueblo y del ejército a ejercer las funciones de primer magistrado de la República, me es grato participar a mis buenos amigos, en cuyo número cuento a V., que la Asamblea General, haciéndose fiel intérprete de la voluntad nacional unánimemente me ha investido con el nombramiento de presidente constitucional por el tiempo que faltaba al Sor. Dor. D. José E. Ellauri.

Para que pueda llenar cumplidamente la difícil tarea con que mis conciudadanos me han favorecido, cuento con que no me faltará el concurso decidido de todos los buenos orientales que agrupados bajo la bandera Nacional, olvidando los rencores de partido han contribuido ya poderosamente al mantenimiento de la paz, única base de prosperidad para nuestra querida patria.

Animado como siempre de la inquebrantable voluntad de hacer efectivas todas las garantías y derechos que la ley acuerda a todos los habitantes de la república, espero mi amigo, que, V haciéndose intérprete de mis buenos deseos para con mis compatriotas, manifieste a sus amigos en ésa, que siempre encontrarán en mí la más decidida cooperación en todo lo que, en armonía con la ley, esté dentro de las atribuciones inherentes al carácter de que estoy revestido.

V. sabe que ésta ha sido la prédica de toda mi vida y ya que hoy la suerte ha querido que pueda hacer efectivas tan bellas teorías, espero que llegado el momento no me faltará su concurso y el de sus amigos, para radicar en el país, de un modo inconmovible, los verdaderos principios de equidad y justicia que son los que deben servir de norma a todo buen gobierno.

Dejando así satisfecho el deseo que tenía de hacer conocer a V las ideas que me animan en el desempeño de mis funciones, sólo me resta asegurarle que tanto en la posición que actualmente ocupo, como en la de humilde ciudadano soy siempre.

Su affmo. amigo y S. S.

P. Varela."

2. Eduardo Acevedo, "Anales Hist. del Uruguay", T. IV, pág. 256.

CAPITULO III

De la montonera al colegio

Es costumbre tradicional de la familia Muñoz que los hijos, después de casados, continúen conviviendo con sus progenitores. Inviolable norma que todas las generaciones cumplen.

Basilio Muñoz, padre, fue fiel a ella. Cuando en las postrimerías del gobierno de Pereira casó con Ramona Romero Bustamante, abandonó la casa propia que había levantado en la margen derecha de Las Palmas, y fue a ensanchar, al otro lado del arroyo, la rueda hogareña de sus padres.

Allí, en la vieja estancia solariega —que perteneciera a la esposa del general Oribe— nació su hijo mayor, Basilio, el 13 de setiembre de 1860.

Corrían entonces años de paz —de los pocos que pudo disfrutar el país a todo lo largo del siglo pasado— y una contagiosa esperanza de alcanzar al fin la era de la concordia cívica, ganaba los espíritus. Estaba escrito, sin embargo, que el nuevo vástago, por fatalismo inexorable de nuestra democracia aún embrionaria, tendría que continuar la vocación guerrera de sus mayores.

° ° °

Ya a los tres años de edad, el fantasma de la guerra se cruzó en la vida de Basilio Muñoz. En 1863 se produjo la invasión de Venancio Flores y la estancia de Las Palmas quedó enseguida desierta.

El abuelo, veterano y cargado de gloria, marchó a combatir al invasor con todos sus hijos y los hombres de servicio de la estancia. La familia buscó entonces seguridad en la capital, yendo a instalarse en la casa de propiedad de la abuela en la villa de La Unión, para esperar allí el desenlace de los acontecimientos.

Triunfante la revolución y exiliado el abuelo, la familia regresó a Durazno bajo la protección personal del mismo Flores, y Basilio Muñoz padre, decidió instalarse en la estancia propia construida desde sus tiempos de soltero.

Poco demoró la guerra en cruzarse de nuevo en la infancia de Basilio. En 1870 volvió su casa a quedar vacía. El 5 de marzo invadió el país Timoteo Aparicio, y a luchar junto a él marchó el coronel Muñoz al frente de la División Durazno.

Cuando la revolución, victoriosa en los campos de Corralito y Severino, puso sitio a Montevideo, y pareció segura la caída de la plaza, Muñoz hizo ir a su familia como años atrás, a la casa materna en La Unión, dominada entonces por los sitiadores.

Allí, al día siguiente de la llegada, le tocó a Basilio presenciar por primera vez el bárbaro fragor del entrevero.

° ° °

El 28 de noviembre los gauchos de Aparicio tomaron por asalto, a arma blanca, la fortaleza del Cerro.

El 29, el comando del ejército gubernista, suponiendo que los sitiadores estarían entregados a festejar el reciente triunfo, resolvió caer de improviso con todos sus efectivos sobre las posiciones enemigas.

La esposa del coronel Chalar, jefe revolucionario, consiguió burlar la vigilancia de las guardias, cruzó la línea, y llegó hasta el coronel Muñoz, jefe de las avanzadas, comunicándole que todas las tropas gubernistas marchaban contra La Unión.

Este trasmitió enseguida la novedad a Aparicio, pero el caudillo no le dio importancia:

—Alarmas de mujeres...

El golpe anunciado por la señora de Chalar no se hizo esperar. Las fuerzas del gobierno, aprovechando las ventajas de la sorpresa, llevaron una enérgica ofensiva arrollando a los sitiadores hasta el edificio del colegio, fundado por Oribe —hoy Hospital Pasteur— donde se asistían en aquellos momentos centenares de heridos.

Allí el ataque fue contenido por la resistencia heroica de los revolucionarios, que pasaron inmediatamente a la ofensiva obligando al enemigo a retirarse precipitadamente, persiguiéndolo hasta las Tres Cruces, a la altura de la actual avenida Garibaldi.

Los atacantes dejaron sobre el terreno numerosos heridos y pertrechos de guerra; entre éstos un cañón que fue enlazado por los gauchos de la División Durazno, Nemesio Machado y Miguel Aldama.

La violencia del encuentro y la intensidad del fuego, abrieron grandes claros en las filas de ambos combatientes. Entre los muertos de la revolución figuraron el doctor A. Basáñez y el coronel Chalar, y entre los heridos el general Bastarrica, jefe del batallón llamado de catalanes, que tuvo ese día una participación decisiva. Alcanzado por una bala continuó no obstante el avance al frente de su batallón, conteniendo la sangre con el pañuelo y respondiendo sin detenerse, a Muñoz, que lo interpelaba acerca de la herida:

—¡Bala ligera! ¡Bala ligera nomás!...

El coronel Muñoz se salvó providencialmente. Una bala de cañón le mató el caballo que montaba, en la esquina de las calles 18 de Julio —hoy 8 de Octubre— y Porvenir, frente a la casa de su familia...

° ° °

Las escenas de aquel día trágico no fueron sino la iniciación de una serie de episodios que habrían de impresionar fuertemente, templándolo, el espíritu de Basilio.

Pocos días después tuvo conocimiento Aparicio de que Gregorio Suárez se dirigía apresuradamente sobre Montevideo. Para evitar las consecuencias de una acción combinada del ejército de éste con las fuerzas de la capital, levantó el sitio y salió a su encuentro.

La familia de Muñoz, por voluntad del padre, partió también junto con el ejército. En los últimos momentos, mientras desfilaban frente a la casa las fuerzas revolucionarias puestas ya en marcha, tuvo lugar todavía, en medio de escenas de vivo colorido, el bautismo de una hermana de Basilio. Fue padrino el general Inocencio Benítez —uno de los tres jefes del movimiento—, asistiendo los generales Ocampo y Bastarrica, este último con sus ayudantes y la banda de música de su batallón.[1]

La marcha de esa noche fue terriblemente penosa. Por un solo camino marchaban lentamente todas las divisiones —aproximadamente diez mil hombres con su parque y artillería— las familias de los combatientes y el largo convoy de los heridos. Era un espectáculo impresionante el que ofrecía en la noche el desfile revolucionario, realizado apresuradamente, con la confusión propia de las retiradas, y entre los gritos de los heridos que clamaban por agua y se quejaban de dolor.

Al día siguiente la familia se adelantó al ejército y llegó hasta El Tala, hospedándose en casa de un antiguo amigo, el señor De León, donde permaneció hasta el 25 de diciembre, día en que se libró la sangrienta batalla del Sauce.

A las diez de la mañana ya empezó a oírse en El Tala el tronar de los cañones, y en las primeras horas de la tarde comenzaron a pasar grupos de fugitivos de uno y otro bando, anunciando, junto con la derrota del ejército de Aparicio, la muerte de Basilio Muñoz y de Ángel Muniz.

Sin embargo se supo que esto último era falso cuando al oscurecer llegó a El Tala el capitán Juan Farías y el teniente Miraso con quince hombres, una diligencia y caballadas, a levantar la familia de Muñoz por orden de éste. A las once de la noche emprendieron marcha hacia el norte alcanzando al ejército en Arias, departamento de Florida.

Era extraordinaria la magnitud del desastre. Marchaban los revolucionarios con los trajes en andrajos, las lanzas quebradas, rendidos de cansancio y de hambre, y arrastrando siempre a la zaga el convoy —ahora duplicado— de los heridos.

En Florida, el general Ventura Enciso, jefe adversario pero amigo caballeresco, esperaba con su familia a la familia de Muñoz, dándole hospedaje en su casa y reteniéndola al otro día hasta el momento en que la proximidad de los perseguidores hizo necesario continuar la marcha. A la noche siguiente llegaron, junto con los heridos del ejército revolucionario, a la ciudad de Durazno, hospedándose en casa de su parienta Raimunda Vargas.

En la misma casa, lo mismo que en otras de la ciudad, se improvisó un hospital de sangre. El pequeño Basilio se levantaba a primera hora todas las mañanas corriendo enseguida al patio para contar, a la luz indecisa del amanecer, el número de catres totalmente cubiertos de lona que estaban ya afuera con los muertos de la noche.

Con la impresión obsesionante y terrible de las escenas del sitio, de las marchas interminables bajo el asedio del enemigo, de los heridos que se lamentaban y de los muertos que iban quedando a lo largo del viaje, se produjo el regreso a la estancia.

El padre continuaba todavía guerreando junto a Aparicio.

* * *

La guerra, que había vivido demasiado de cerca para su edad, era ya una experiencia decisiva en la vida de Basilio. El ambiente bélico y bravío de la estancia, cargado de tradición y de riesgo, iba a ejercer enseguida sobre él una influencia avasallante, contribuyendo poderosamente a formar la personalidad del futuro guerrillero.

La estancia de Muñoz tenía entonces más del campamento que del establecimiento ganadero. Estancia de caudillo, típica de la "paz armada" de nuestra época de hierro, convivía en ella toda una población heterogénea unida por un modo común de existencia semi feudal. Quince o veinte potros, atados a otros tantos "postes potreadores", eran los caballos que se empleaban en la lucha con la hacienda salvaje, mezclándose así diariamente la doma con la faena, entonces llena de peligros, del rodeo. Hacían esa vida, dándole las características del vivac, hombres cuyo principal oficio era el de la guerra y que mantenían en plena paz los hábitos y la disciplina militares. Se conservaba en el trato cotidiano el reconocimiento de los grados guerreros —que en gran parte eran cimentados, precisamente, por el coraje y la pericia puestos de manifiesto en la lidia de la estancia— y dominaba el cuadro, ejerciendo sobre todos la indiscutida autoridad que espontáneamente se le reconocía, la figura cimera del caudillo, mezcla de jefe y de patriarca.

Por si eso no fuera suficiente para hacer de la guerra una presencia obstinada y polarizante, estaban todavía allí, ordenadas en los galpones, las lanzas de la última "patriada". Después de la paz de abril, Basilio Muñoz fue a desarmarse en su propia casa quedando en posesión, porque nadie hubiera sido capaz de ir a sacárselas, de las armas de la División Durazno, de la cual era jefe desde que el abuelo emigró a la Argentina. Eran unas hermosas lanzas, hechas expresamente para la revolución del 70 en la misma estancia de Muñoz. Los carpinteros Ignacio y Francisco Aramendi fabricaron las astas con madera que aquél tenía destinada a la edificación de nuevas poblaciones, y el herrero Aranaga, cuyos descendientes conservan todavía herrería en la campaña de Durazno, forjó las hojas —"palometa" o "viborita" simples, para los soldados, "media luna" para los oficiales— de hierro bien templado y prolijamente pulidas a lima. Ahora aquellas "chuzas", después de haber andado durante dos años de entrevero en entrevero, reposaban en los improvisados arsenales cuidadas con cariño por los veteranos, mientras ante ellas se desataba la imaginación aventurera de los muchachos que todavía no habían "servido".

Detalle curioso y bien expresivo de las características feudales de la época, es el de que a menudo, cuando la policía debía sostener un encuentro de consideración con partidas de maleantes, iba hasta lo de Muñoz a pedir lanzas prestadas. Éstas cumplían su misión de defensa y afirmación de la autoridad —incapaz de hacerlo por sus solos medios— y regresaban luego a su sitio, puntualmente devueltas por los representantes del estado. . .

* * *

Los hombres que vivían en la estancia eran casi todos gauchos guerreros, servidores tradicionales de los Muñoz, en la guerra y en la paz —algunos desde las jornadas de la Independencia— que de padres a hijos iban trasmitiendo su fidelidad a aquella familia de conductores. Pero vivían también allí otros tipos, gente de aventura, a menudo con fechorías cometidas en otros departamentos, que llegaban fugitivos como a un asilo a la estancia del caudillo, incorporándose tácitamente a sus huestes según las costumbres de entonces.

Entre estos últimos figuraba uno de los matadores —que han permanecido siempre ignorados— del general Flores, Quintín Quintana. Era Quintana un hijo de La Unión, donde trabajaba en unos hornos de ladrillo, mestizo de mazorca y malevaje, producto bien característico de los suburbios montevideanos del siglo pasado. Después de los trágicos sucesos del 19 de febrero de 1868, en que llevó a cabo, junto con otros compañeros, el asesinato de Flores, anduvo un tiempo oculto disfrazado de vasco, hasta que vino la revolución del 70. Terminada ésta, fue a refugiarse en estancia de Muñoz, donde se convirtió muy pronto, merced a la aureola de que llegaba rodeado, en una figura central, admirada temido por todos los de su mismo condición.

Aprovechando el oficio de Quintín, y no sabiendo qué hacer con tanta gente, el dueño de casa les dijo un día:

—Ahí hay mucha yeguada y mucha leña. Hagan ladrillo.

Ésa fue en los días de trabajo la ocupación de Quintana y sus compañeros. Los domingos de tarde concurrían a una pulpería vecina, más que a otra cosa a armar pendencia y a provocar a la policía. Ésta, que les temía, escurría el bulto.

Un domingo en que, como de costumbre, había concurrido el matador de Flores a la pulpería, regresó muy temprano a la estancia, se puso la ropa diaria, encendió fuego y preparó el mate para cuando Muñoz se levantara de la siesta. Sorprendióse éste al encontrarlo de vuelta:

—¿Cómo estás aquí tan temprano?

—Me vine porque tuve una lobita... Eran unos cuantos. Les hice unos tiros y creo que lastimé a alguno...

Hizo aquél averiguar en seguida lo sucedido: Quintana, que seguía tomando mate tranquilamente, había dejado en la "lobita" a dos muertos y a un tercero agonizando...

La policía no tomó medidas. Poco tiempo después, a raíz de un episodio similar, el mestizo huyó al Brasil, no sabiéndose más de él.

° ° °

En ese entonces le tocó a Basilio conocer al célebre caudillo Timoteo Aparicio, jefe de la reciente revolución, establecido cerca de la estancia de Muñoz, adonde concurría con gran frecuencia.

Terminada la guerra, había abandonado Florida, su departamento de origen y de arraigo, para ir a vivir en Durazno, sobre las puntas del arroyo Malvajar. Cubierto de gloria, se dedicaba allí, para poder vivir, con la austera sencillez de toda su vida, al trabajo de la tierra. El noble gaucho, una de las figuras más simpáticas de nuestra historia, a pesar del error que empañó sus últimos años, se encontraba, después de la paz de abril, en una situación de extrema pobreza. Todos sus bienes habían sido sacrificados a la causa que sirviera en cien combates con su lanza legendaria.

A veces el producido de la chacra era insuficiente para subvenir a sus necesidades más apremiantes, y tenía que recurrir a la ayuda de su vecino y amigo, el coronel Muñoz. Éste le enviaba entonces dinero por intermedio de su hijo Basilio, niño todavía.

° ° °

Basilio se identificó plenamente con la forma de vida en que se desarrollaron sus primeros años. La tradición guerrera, oral y ambiente, la destreza en jinetear un potro o manejar un lazo como el mejor, el temple de ánimo que forja la sociedad con hombres en quienes las pasiones y las dagas están prontas a saltar, todo eso llegó a ser parte esencial de su vida y su carácter.

De ahí que cuando, teniendo sólo catorce años de edad, se produjo contra la dictadura de Varela la revolución llamada Tricolor, no vacilase un instante en ser de la partida. El padre, en virtud del cisma nacionalista, adoptó entonces una actitud prescindente, como queda dicho en el capítulo anterior. Pero Basilio aprovechó uno de sus viajes a Montevideo para escaparse de la estancia y unirse a una pequeña fuerza rebelde mandada por el coronel Daniel Carrasco.

No le tocó pelear en esta ocasión, porque la revolución fue derrotada casi en seguida. Pero le tocó en cambio recibir, como espaldarazo de guerra, repetidos sermones por haberse alzado sin la autorización paterna.

Marchando con Carrasco, que buscaba plegarse al coronel Puentes, jefe de la División Tacuarembó, Basilio se separó en cierto momento de sus compañeros y llegó hasta una casa a tomar leche. Al mismo tiempo que él, llegaban por el lado opuesto varios militares del regimiento de Tacuarembó, quienes —en una época en que no eran *rara avis* los militares que sabían cumplir con su deber— se habían incorporado en su totalidad a la columna revolucionaria de Puentes: Lino Arroyo, Máximo Artigas, Domingo Simois, Leonardo Salarí.

En aquel movimiento popular, que por ser de todos los partidos había adoptado los colores de los Treinta y Tres —como ocurriría sesenta años más tarde bajo la dictadura de Terra—, los soldados blancos usaban en la parte de arriba de la divisa tricolor la franja blanca, y los colorados la franja roja. Basilio vio sólo en la divisa de los oficiales el color encarnado dominante, y creyéndolos adversarios se dispuso a huir. Pero éstos le gritaron que eran amigos, y, tranquilizado el joven recluta, trabaron en seguida relación. Allí nomás debió Basilio soportar una primera reprimenda de parte de los oficiales al enterarse éstos de quién era y de las condiciones en que se hallaba en el ejército revolucionario.

Pero la que él temía más era la del propio Puentes —el famoso caudillo temerario y galante—, viejo amigo de la familia desde la época del abuelo, de quien había sido secretario, acompañándole en su emigración a la Argentina. Por eso cuando se unieron a Puentes anduvo los primeros días matrereando en la columna, por temor de que aquél, descubriéndolo, lo volviese a su casa. Pero estaba visto que la suerte no lo acompañaba. Ocultándose de Puentes se encontró con un guerrero de la estancia de su padre, el coronel Anacleto Garrido, magnífico veterano octogenario, soldado de la Independencia. Garrido era hombre de pocas palabras:

—¡Te has escapao! ¡Qué dirá misia Ramona! ¡Vas a ver el pan que amasó el diablo con las patas!

No podía, sin embargo, tirar la primera piedra, porque él también había aprovechado la ausencia de Muñoz para alzarse. Como su jefe no participaba en el movimiento, el buen viejo, obediente a un llamado que era para él más imperioso que toda disciplina, se había escapado, como una criatura, de la estancia.

Al fin un ayudante de Puentes denunció a Basilio. Y éste debió soportar un nuevo reto. Puentes lo amenazó con mandarlo de vuelta a su casa. Pero el aspirante a soldado quería serlo a toda costa, para demostrarles a todos aquellos que lo trataban como a un niño, que él ya era un hombre:

—¡Pues si no me quiere con usted, ya encontraré yo otra división que me admita en sus filas!

° ° °

Después de la Tricolor la existencia de Basilio to-

mó un curso distinto. Iba a tener comienzo entonces el período de su formación cultural, que terminaría al cabo de una serie de alternativas, en un título universitario, y que habría de liberarlo definitivamente de las limitaciones propias del medio en que tomara su primer contacto con la vida.

De regreso a la estancia, sus padres lo enviaron a cursar la enseñanza primaria en la escuela que un vecino amigo, don Pedro Wilkins, había instalado en su casa para dar instrucción a sus hijos. Como la estancia de Wilkins quedaba un poco retirada, sobre el arroyo Las Cañas, fue preciso que Basilio fuese a vivir allí. Estaba al frente de la escuela un maestro vasco, muy tozudo y apegado a la vieja pedagogía de cartilla y palmeta, que enseñaba con una letra grande y redonda de pluma de ave sus escasísimos conocimientos; tan escasos que a duras penas llegaban en aritmética a las cuatro operaciones.

El ambiente en lo de Wilkins, por virtud del temperamento de don Pedro —un alemán concentrado y adusto— era severo, casi hostil. Sin embargo, el dueño de casa distinguía a Basilio con un tratamiento excepcional. Le llamaba familiarmente "Bugre", voz regional que quiere decir indio, y con su sola compañía tomaba todas las mañanas su invariable desayuno de café caliente y leche cruda.

Después de estar allí más de un año, y agotadas con exceso las posibilidades educacionales del preceptor eúskaro, pasó Basilio a la ciudad de Durazno. Al par que completaba su instrucción con los sacerdotes de la parroquia, entró a trabajar con don Jaime Buela, un escribano y jefe revolucionario amigo de su padre, en cuya misma casa vivía, considerado como un hijo.

Si era severo don Pedro, don Jaime no le iba en zaga. Ejemplar típico del notario antiguo, representaba, acaso como nadie en el pueblo, a la honorable burguesía provinciana de la época. Austero, cumplidor estricto de las reglas y convenciones sociales, puntilloso y atildado, iba a ejercer una protectora tiranía sobre su joven ayudante. Todas las noches, después de la cena, jugaba con él una partida de ajedrez. Pero no le concedía otra familiaridad que ésa. Basilio tenía que cumplir puntualmente con todas las exigencias de la oficina y, todavía, los domingos, leer desde el púlpito parroquial los edictos de matrimonio, pues estaba a cargo de don Jaime la Escribanía Eclesiástica. Las únicas diversiones que se le permitían al ex-revolucionario convertido en amanuense, eran los bailes y reuniones de las familias del pueblo, muy del caso para formar al hombre que quería hacer don Jaime del hijo de su jefe y amigo.

Pero en el correr de 1878, una aventura de juventud lo alejó de Durazno, yendo de allí, después de un breve pasaje por la estancia de su padre, a Buenos Aires.

NOTA

1. De unos apuntes manuscritos de Basilio Muñoz.

CAPITULO IV

La forja de un hombre

Basilio se había emancipado de su condición de colegial bajo tutela. Dueño ya de sus actos, al regreso de su viaje a la capital argentina instaló en Sarandí del Yi, junto con su amigo de Durazno, Felipe Burgueño. un escritorio de procuraciones judiciales.

Allí lo encontramos muy pronto integrando una alegre rueda juvenil con su socio y un núcleo de amigos, conviviendo todos en la misma casa y haciendo una vida de permanente y estrecha camaradería. Eran los otros miembros del grupo, Carlos Acevedo Díaz, el médico García Leguizamo, Justo Lema, Valentín Zamit y el coronel Andrés Klinger.

Basilio era amigo de la infancia de Carlos Acevedo Díaz, lo mismo que de todos sus hermanos. Los unía una antigua relación de familia que se había cimentado en las frecuentes temporadas que los Acevedo pasaban en la estancia de Muñoz. Allí iban durante sus estadas en Durazno, Norberto, Eduardo —el futuro gran literato, periodista y tribuno—, Antonio, Luis y también las hermanas Fátima, Elvira y Manuela. Caracterizaba a todos los hermanos una ática agilidad espiritual que los rodeaba de una simpatía irresistible, al mismo tiempo que una natural inclinación por el culto de las letras. Las mismas mujeres obedecieron a esa ley. Fátima fue la compañera de Wáshington Bermúdez, teniendo participación principalísima en la redacción de "El Negro Timoteo", y Manuela y Elvira redactaron en Durazno el periódico "Argos" de propiedad de su tío Eduardo Gordon.

Carlos Acevedo Díaz, periodista también, era como toda la familia, un espíritu desaprensivo y bohemio. Sin mucho esfuerzo, por cierto, imprimió muy pronto esas características al grupo de jóvenes amigos de Sarandí del Yi, que llegaron a soliviantar con sus correrías, mezcla de bohemia estudiantil y de picardía criolla, el ambiente aldeano de la villa.

Esto les acarreó la hostilidad declarada de los graves señores del club y de las damas beatas de la parroquia; y se hubiera tramado contra ellos alguna conjuración de sacristía, de no haber tenido las cosas un desenlace inesperado.

La pandilla había arrastrado al coronel Klinger, subdelegado de policía, quien bajo tal influencia nombró segundo comisario a Carlos. La única actividad desarrollada por éste en el desempeño de su puesto fue, como era de imaginarse, decretar la libertad de cuanto detenido por una u otra causa caía a la comisaría; pesada tarea que cumplían indistintamente, por otra parte, cualquiera de los otros miembros del clan. Enterados en Montevideo de aquella situación, destituyeron a Klinger, lo que trajo por consecuencia el desbande inmediato de sus compañeros antes de que llegara el sustituto. La fuga se realizó en los propios caballos de la policía, yendo Basilio con Acevedo Díaz a refugiarse en la estancia de su padre.

Se disolvió así, repentinamente, el turbulento grupo y la paz pueblerina quedó restablecida.

* * *

En la estancia permaneció Basilio hasta 1882, año en que la revolución encabezada por el coronel Máximo Pérez contra la dictadura de Santos —última y fatal aventura del inquieto caudillo— hizo que por segunda vez en su vida empuñase las armas.

Cuando estalló el movimiento, asistía a un baile muy concurrido en casa de su tío Faustino Salazar. El comisario de la sección, conocido por el nombre pintoresco de Pancho Bagual, presente también, recibió allí mismo la orden de reunir gente para afrontar los acontecimientos. El tío, entonces, enterado, llamó aparte a Basilio y le aconsejó que ofreciera sus servicios personales al jefe político del departamento. En esa forma, le decía, en lugar de marchar bajo las órdenes de Pancho Bagual, podría agrupar bajo las suyas a los hombres del lugar, que en su gran mayoría eran desafectos a Santos, y se encontraría en condiciones de plegarse a la revolución en el momento que creyera oportuno.

Basilio encontró muy razonable el consejo y obró de acuerdo con él. Ya con un prestigio naciente, fomentado por su tradición familiar, el ofrecimiento fue aceptado de inmediato, y con unos cien hombres marchó hacia Sarandí del Yi a incorporarse al coronel Méndez. Cuando éste se puso en seguimiento de Pérez, que huía al Brasil en malísimas condiciones, se apartó de él para no realizar una persecución efectiva, y marchó separado del ejército gubernista sin plegarse tampoco a los revolucionarios porque el movimiento estaba totalmente fracasado.

Su segunda aventura guerrera terminó, pues, como la primera, antes de que hubiese tenido oportunidad de combatir.

* * *

La acción que le tocó desarrollar con motivo de la intentona de Pérez, removió, acaso, el fondo de su vocación fundamental. Poco después, en efecto, se dirigió a Buenos Aires con miras de seguir la carrera militar.

Presidía entonces la República Argentina don Julio Roca amigo de la familia Muñoz. Basilio llegó a la capital porteña con recomendaciones especiales de un primo de éste, Segundo Roca, vecino de sus padres en Durazno donde se había radicado [illegible]

Se le franqueaban, pues, las mejores puertas de Buenos Aires y se disponía a ingresar en el Colegio Militar, cuando un ayudante de don Julio Roca, el comandante Bustamante, le aconsejó que no lo hiciera. En esa época el general uruguayo Conrado Villegas luchaba contra los indios en la Pampa al frente del Ejército de Operaciones, en el que figuraban muchos compatriotas. Bustamante aconsejó a Basilio que fuese a presentarse al general Villegas. Era seguro, opinaba, que en las fuerzas de éste se le conferiría desde el primer momento, por lo menos, el grado de teniente, con el cual podría ingresar al poco tiempo en el Colegio Militar, acortando así considerablemente la carrera.

Seducido por una perspectiva tan halagüeña, aprestose el joven aspirante a partir para la Pampa. Pero se enteró del proyecto un hermano del presidente, Ataliva Roca, y por su intermedio el propio don Julio y el coronel Lorenzo Latorre, el ex-dictador uruguayo desterrado a la sazón en Buenos Aires, que era amigo de su padre.

* * *

El padre de Basilio conocía a Latorre desde la época del sitio de Montevideo, cuando el último era todavía un niño de corta edad.

Muñoz, soldado primerizo, servía con su padre en el ejército sitiador. En los últimos años de la contienda, Latorre concurría puntualmente todas las mañanas a primera hora a la carpa de Oribe, para entrar a la cual tenía carta blanca, a llevarle pasteles, bizcochos y otras provisiones de origen casero. Allí permanecía durante todo el día, retirándose al caer la tarde. Semejante visita motivaba hablillas insistentes entre los allegados al jefe del Cerrito, corriendo el rumor de que el niño Latorre era hijo del propio Oribe. Una "gauchada" —se decía— del brigadier. Cuenta la tradición, además, que personas que conocieron a Oribe encontraban luego en Latorre, convertido ya éste en personaje político dominante, muchos de los rasgos de su carácter.

Latorre tenía motivos para estar obligado con Basilio Muñoz padre. Cuando después de abandonar el poder en 1880 se vio en la necesidad de huir hacia el interior del país en la diligencia de Juan Nievas, le envió desde Cerro Chato un chasque rogándole que fuera a verlo. Quería que Muñoz le facilitara la salida al Brasil, recibiendo entonces una carta de recomendación para Alejandro Borches, caudillo de Cerro Largo, quien acompañó al fugitivo hasta Yaguarón.

*

En conocimiento Latorre de los planes del hijo de su amigo, a quien ya conocía personalmente desde Montevideo, lo llamó a su casa.

Todavía en pleno apogeo físico, alto y vigoroso, con una barba renegrida y unos ojos desafiantes, igualmente oscuros, lo interpeló secamente. Invocando la amistad que lo unía a su familia, le señaló la inconveniencia del paso que iba a dar, sólo aconsejable para gente aventurera y sin porvenir.

Muñoz se retiró agradecido en el fondo, comprendiendo que la razón asistía a su admonitor, pero renunció ya, no sólo a su ida a la Pampa, sino también a su ingreso en el Colegio Militar.

Estuvo un tiempo más en Buenos Aires, y dirigió luego sus pasos a Entre Ríos, a la estancia de su tío Doroteo Muñoz, establecida en Calá, partido de Gualeguaychú. Doroteo había seguido a su padre cuando emigró después del triunfo de Flores, y habiéndose casado con una entrerriana, fijó en aquel lugar, en campos que fueron de Urquiza, su residencia definitiva. En casa de su tío, hizo Basilio vida montaraz de gaucho y de cazador, en compañía de sus primos y de varios estudiantes de Gualeguaychú y Buenos Aires que pasaban allí sus vacaciones. Entre estos últimos se encontraban el poeta Olegario Andrade y su hermano Wenceslao.

* * *

En 1885 está de vuelta en la estancia de Las Palmas, y poco después en el Brasil siguiendo a su padre en su exilio voluntario a raíz de las persecuciones del santismo. Los exiliados, que pasaban de veinte, fueron a instalarse en la estancia de un amigo, Candinho Dos Santos, quince leguas al norte de Yaguarón, donde permanecieron hasta su regreso a Cerro Largo, en las vísperas del Quebracho.

Vimos ya que Muñoz no alcanzó a pronunciarse debido a la rápida derrota de la revolución en Palmares de Soto. Su hijo lo acompañó en la movilización de las fuerzas de Cerro Largo, prontas a sublevarse, siendo ésta la tercera vez que salió a campaña para regresar sin haber disparado un solo tiro.

* * *

Al cabo de un par de años, el temperamento siempre inquieto de Basilio, que no se avenía con el horizonte limitado de la vida rural, a pesar de gustarla y vivirla intensamente, lo encaminó a Montevideo con el propósito de proseguir estudios formales en la universidad. Existía siempre en él, junto a una natural vocación militar postergada en virtud de las circunstancias, la persistente preocupación de superarse por el cultivo de la inteligencia. De ahí sus repetidas ausencias de la estancia para acercarse a medios más cultos, y que uno de los principales entretenimientos de su juventud haya sido la lectura; lectura múltiple y ávida de autodidacto.

Ahora, transcurrido el período agitado de la primera juventud, va a emprender definitivamente una carrera universitaria. Reviviendo los ya lejanos tiempos de Durazno, donde don Jaime Buela lo iniciara en el ajetreo curialesco de los infolios, se resolvió por los estudios notariales. Trabajaba de día en la escribanía de don Manuel Alonso, y de noche estudiaba.

En una pieza de la calle Mercedes atiborrada de libros, con los estudiantes de abogacía Juan Aguirre y González, Tomás Perdomo y Cerdeiras, preparaba las lecciones en un ambiente de apasionada dialéctica. Cuando los Mourlon, los Marcadé, los Laurent, no llegaban a armonizar las discrepancias del grupo, éste abordaba al día siguiente al profesor respectivo unas cuantas cuadras antes de llegar a la universidad, ubicada entonces en la calle Uruguay. Mientras andaban, unas veces Pablo de María, otras Brito del Pino o Vásquez Acevedo, satisfacían así, a la manera de Aristóteles, las dudas de aquellos estudiantes de la patriarcal Facultad de Derecho de 1890.

* * *

Hasta en la universidad es perseguido Muñoz por su destino bélico.

Los estudiantes estaban en esa época organizados en un batallón, recibiendo instrucción militar en el mismo recinto universitario. Un día riñeron dos estudiantes, y un sargento de policía persiguió a uno de ellos, pretendiendo penetrar en la universidad —donde aquél se había refugiado— para aprehenderlo. Un grupo de estudiantes zamarreó al sargento y lo puso de patitas en la calle...

En defensa de la autoridad ultrajada vino entonces

un cuerpo de línea, dispuesto a tomar la universidad por la fuerza. Pero los estudiantes, entre los cuales se encontraba Muñoz tomando parte activa en los acontecimientos, ni cortos ni perezosos, formaron de inmediato su batallón, aprestándose a hacer respetar la inviolabilidad de la casa de estudios.

Intervino al fin el jefe político, quien apaciguó los ánimos y evitó el choque, que ya era inminente. De más está decir que ningún estudiante visitó en aquella ocasión las comisarías de Julio Herrera y Obes.

Valga el recuerdo de este episodio, al cabo de medio siglo, en momentos en que arbitrariedades policiales del mismo corte amenazan con frecuencia a la universidad.

° ° °

En ese período de estudiante quiso la casualidad que Muñoz, tan ligado desde su infancia a importantes acontecimientos militares de la historia de su país, asistiese de cerca al fracasado motín de la Unión del 11 de octubre de 1891.

La noche de los sucesos visitaba a su novia, que vivía frente al cuartel de artillería —actualmente de la Guardia Republicana—, donde se encontraba por accidente el 4º de Cazadores al mando de Roberto Usher. A una cuadra reuníanse en esos momentos, en el local de la Sociedad Mutualista del Partido Nacional, un grupo de ciudadanos, entre los cuales estaban los complotados para sublevarse esa noche con fuerzas de la guarnición. A la hora en que la reunión era más concurrida, salieron silenciosamente las tropas del cuartel, de alpargatas los soldados y envueltas en pasto y arpillera las ruedas de los cañones. Empezaba así a hacerse efectiva la tan conocida traición de los jefes militares en el vergonzoso episodio del 11 de octubre.

Basilio, que era ajeno a los acontecimientos, sorprendido por aquella sospechosa marcha, se lanzó al último tren de caballitos que pasaba en ese momento para el centro. Escapó así a la alevosa matanza en que cayeron varios de sus amigos, con quienes hacía poco rato había estado en el local de la Mutualista, no sin oír, ya desde el tranvía, el ruido de las primeras descargas.

° ° °

El estudio del derecho, siguiendo las exigencias de los programas de abogacía que cursaban sus compañeros, le dio a Muñoz una preparación jurídica muy superior a la requerida en la carrera notarial. De ahí que cuando rindiera la última prueba fuera distinguido con felicitaciones especiales por el Tribunal Pleno que lo examinó.

Graduado de escribano público en 1893, fue a ejercer su profesión a Sarandí del Yi, de donde saliera quince años atrás en forma tan intempestiva. Pero no demorará mucho en abandonar de nuevo la villa, esta vez por causas más serias.

La presidencia de Borda vino a agudizar de una manera irremediable la anormalidad política que luego de Tajes había empezado a gestarse bajo la inquieta administración de Herrera y Obes.

Frente al estado de cosas que se iba creando, se levantó la protesta cada vez más violenta de ciudadanos afiliados a todos los partidos políticos. El Partido Nacional, sacudido por la briosa propaganda periodística de Eduardo Acevedo Díaz, salió de su marasmo de años, realizando en todo el país, a lo largo de 1895, vibrantes asambleas opositoras.

Basilio Muñoz, dueño ya de una personalidad bien asentada, reaccionó intensamente ante los sucesos políticos de entonces. El espectáculo de aquel instante de la vida política nacional, no podía menos que excitar su fibra de batallador de raza. Y comprendiendo de inmediato que el único camino para el restablecimiento de las libertades democráticas era el de la revolución popular, no dudó en lanzarse a la conspiración.

Es éste un momento decisivo en su vida. Los acontecimientos estrecharon la vieja amistad que casi desde la infancia lo unía a Aparicio Saravia. Juntos iniciarían muy pronto una paciente actividad revolucionaria en la zona del Cordobés. Absorbido por la empresa, descuidó el novel escribano sus actividades profesionales de Sarandí del Yi y fue a pasar largas temporadas en la estancia de su padre para estar más en contacto con Saravia, de quien eran él y su primo Sergio Muñoz, los asesores de confianza.

La unión de aquellos dos hombres estaba destinada a abrir una nueva etapa en la historia del país.

CAPITULO V

1896

La protesta contra Borda no tardó en convertirse en una candente aspiración revolucionaria de toda la nación.

Se estaba ante un régimen nacido del fraude electoral y por él cimentado, que vivía en un permanente escándalo administrativo. Nada, en el fondo, se había progresado en el tránsito de las dictaduras militares a la oligarquía del mediocre y adocenado Idiarte Borda. La famosa conciliación del 86, en cuyo altar se quemara el incienso de tanto discurso grandilocuente, fue fugaz espuma sobre el crespo panorama político. Una ilusión, acaso funesta, de espíritus llenos de candor universitario. Lo dijo en voz alta un diputado independiente en el propio recinto legislativo: "La conciliación con Santos no restableció el derecho político. Estamos en las mismas condiciones en que nos colocó el motín del 75." Al cabo de diez años el "candombe" no había hecho sino trocar "la cabalgadura recamada de oro" que dijera Juan Carlos Blanco, por una carroza, áurea también, de bajo imperio de opereta. Se había hecho menos incivil, menos bárbaro, pero al mismo tiempo de corrupción más refinada y de intenciones infinitamente más pequeñas.

De la satrapía bordista, infatuada e intransigente, no podía esperarse ya nada. Pese a la propaganda del constitucionalismo por intermedio de Carlos María Ramírez, quien soñaba todavía con una salida por "evolución", la idea del recurso a las armas ganaba terreno en el seno de los grandes partidos. Los espíritus más decididos del nacionalismo de la capital fueron así a organizar en Buenos Aires una junta de guerra que quedó instalada el 2 de setiembre de 1896, empezando de inmediato sus trabajos. La integraban Juan Ángel Golfarini, designado presidente, Rodolfo Vellozo, Jacobo Z. Berra, Duvimioso Terra y Eduardo Acevedo Díaz.

° ° °

Entretanto, Saravia y Muñoz, sin contacto con los dirigentes metropolitanos, eran los propulsores de un espontáneo movimiento campesino de insurgencia que iba tomando cuerpo en el norte de la república.

Aquellos dos hombres debían entenderse.

Aparicio Saravia realizaba el tipo del conductor nato, con todas las condiciones y la vocación del caudillo. Era, antes que nada, un hombre del medio, encarnando de una manera dominante sus virtudes y vicios fundamentales. Tenía escasa instrucción. Cuando niño, su padre lo envió a estudiar a Montevideo, escapándose casi en seguida para llegar a su casa después de un viaje de varios días a lomo de caballo. Pero era en cambio diestro en la lidia campera y valiente hasta la temeridad. Con esas condiciones, su temperamento, inquieto de iniciativa, su sentido instintivo de la libertad política y la atracción que sobre él ejercía la guerra, tenía fatalmente que convertirlo en un caudillo.

La vocación guerrera es de señaladísima importancia para explicar la personalidad de Aparicio Saravia. Desde muy joven participó en los movimientos armados de su partido, y en 1892, cuando su hermano Gumersindo solicitó el concurso de Basilisio —otro Saravia— para la revolución que iba a encabezar en Río Grande, se ofreció de inmediato para ir en su lugar. Pero lo que ilustra bien esa tendencia, mostrando que había en el fondo de ella recónditos sueños militares, es una curiosa y desconocida anécdota de su infancia relatada por su padre, don Chico Saravia.

Tuvo lugar durante la revolución de Timoteo Aparicio. Don Chico comentaba con alguien los episodios de la lucha, tomando mate en el fogón de su estancia. Entre las cenizas tibias, en una actitud que le era habitual, descansaba dormitando el futuro caudillo del Cordobés, que no pasaba a la sazón de doce años de edad. Era entonces, como lo sería durante su juventud, de espíritu indolente y ensimismado. De pronto se levantó, movió los brazos desperezándose y, entre bostezo y bostezo, dijo a modo de comentario a la conversación que había estado escuchando:

—¡Ya se hablará algún día de otro Aparicio que va a cruzar el país con ejércitos!...

Don Chico refería que le respondió haciendo chasquear su látigo en gesto de amenaza seguido de estas palabras no muy acogedoras, ciertamente:

—¡Mejor sería, mulatiyo, que fueras a lavarte!

En 1896 hacía apenas dos años que Aparicio Saravia había regresado de su intensa y arriesgada campaña en la revolución de Gumersindo, donde alcanzara, a la muerte de éste, las palmas de general. Con sus características personales y la reciente experiencia, resulta bien lógico que el clima revolucionario del país encontrara de inmediato en él al hombre emprendedor capaz de promover un levantamiento.

Junto a Saravia, Basilio Muñoz aporta a la empresa, completándola, las cualidades que le son propias. Hijo y nieto de caudillos, con todas las condiciones, además, según ya hemos visto, para imponer un prestigio de tal, no va a serlo, sin embargo. El caudillo —en el sentido consagrado de la palabra— es siempre uno más del grupo que comanda; el mejor dotado o el más afortunado, pero con las mismas limitaciones espirituales. Por eso Muñoz, a pesar de su tradición de familia y de su vocación militar, no lo fue ni lo ha sido nunca, porque su cultura y su modalidad personal no se lo han permitido. En cambio, va a cumplir junto

a Saravia una importantísima misión de asesoramiento, representando la aspiración consciente del derecho en el impulso libertario de la montonera

* * *

En los mismos momentos en que se constituía en Buenos Aires la junta de guerra que presidía Golfarini, Saravia y Muñoz aguardaban en vano noticias de las actividades que presumían estuviese desarrollando el directorio de su partido. La propaganda de "El Nacional", el diario de Acevedo Díaz, había llegado a su punto culminante y la situación se hacía ya insostenible. En el Cordobés se resolvió entonces tomar medidas para definir aquel estado de cosas.

Aparicio y su hermano Chiquito vendieron sus haciendas e invirtieron el producido en tierras, autorizando Basilio las escrituras respectivas. Tomadas esas precauciones, el primero, que había perdido su fe en el directorio, invitó a este último a ir a Montevideo para obtener de la autoridad partidaria un pronunciamiento categórico.

El viaje debió hacerse con gran cautela porque los rumores de revolución eran insistentes y el gobierno extremaba la vigilancia. Se dieron cita para la madrugada del 24 de setiembre en el paso de Tía Rita del Yí. De acuerdo con lo convenido, el primero en llegar, que fue Basilio, al cruzar el paso dejó en la orilla del agua una ramita verde de arrayán, indicando la dirección en que esperaba, oculto en el monte, a su compañero. Hecho el encuentro prosiguieron viaje rumbo a Mansavillagra para tomar allí el tren. Aparicio llevaba una gran cartuchera con sus títulos de propiedad los que pensaba ofrecer al directorio para la compra de armas. En caso de ser detenidos por sospechosos, argüirían que Aparicio era un estanciero brasileño —hablaba correctamente el portugués— que iba a realizar una operación en Montevideo acompañado de su escribano.

Basilio Muñoz, en un relato[1] de este interesante episodio pre-revolucionario, refiere así su desenlace:

"El mismo día que llegamos a Montevideo se hizo saber al directorio, por intermedio de Abelardo Márquez, que Saravia deseaba reunirse para hablarle de un asunto de interés para el partido.

"Al día siguiente se reunió el directorio, asistiendo Saravia a su sesión. Saravia expuso que el objeto de su viaje era conocer los propósitos del directorio sobre los trabajos iniciados, que el partido estaba comprometido a ir a la revolución y que él deseaba que se le dijera algo. El directorio manifestó que tenía la idea de hacer la revolución, pero que tenía que arbitrar recursos para hacerse de los elementos de que carecía un movimiento revolucionario en el país, y que era cuestión de tiempo.

"Saravia: ¿Y qué tiempo habrá que esperar?

"Berinduague: ¡Ah! No es posible precisarlo, puede ser cuestión de uno o más años.

"Saravia: Yo creo que por falta de dinero no debemos esperar tanto tiempo. Yo pongo mis títulos de propiedad a disposición del directorio; prefiero dejar a mis hijos pobres y con patria y no ricos y sin ella.

"El directorio no aceptó y se limitó a prometer que activaría sus trabajos.

"Aparicio se retiró indignado con la actitud del directorio, poco patriota en su concepto, y dispuesto a ponerse en campaña con la cooperación de algunos amigos de causa de la capital y otros de campaña."

En el primer momento, llevado de su indignación, pensó declarar esos propósitos al propio directorio a fin de coaccionarlo para que activase el movimiento; pero Muñoz le aconsejó callar por entender que, si no todos, algunos de los miembros no vacilarían en denunciarlos antes de abandonar la capital, con tal de impedir la revolución. Saravia siguió el consejo, y que éste era prudente hubo de comprobarse al cabo de no mucho tiempo.

De regreso, se lanzaron de inmediato a la organización del levantamiento en una actividad febril. Careciendo por completo de elementos, no perseguían otro objetivo entonces que el de convulsionar el país y abrir las posibilidades para un futuro movimiento de envergadura nacional a realizarse en mejores condiciones.

En una época ya en que las armas de fuego eran imprescindibles, no tuvieron más remedio que recurrir a las clásicas "chuzas" Su fabricación fue encomendada a los hermanos Ignacio y Francisco Aramendi, los mismos que en el 70 hicieron las destinadas a la División Durazno. Trabajando sólo de noche para mantener la reserva, en menos de quince días realizaron la tarea en casa de don León Daguerre, Paso del Villar del Cordobés.

* * *

Apenas prontas las improvisadas lanzas, tan improvisadas que la moharra de algunas bailaba en el asta como una veleta, se produjo el 24 de noviembre de 1896 el primer levantamiento saravista en el país.[2] Faltaban sólo cinco días para una de las vergonzosas farsas electorales del "colectivismo".

Saravia y Sergio Muñoz fueron a pronunciarse en unos campos de propiedad del primero en el departamento de Rivera, proviniendo del paraje la denominación de Grito de la Coronilla que se le ha dado a su pronunciamiento; Chiquito en Cañada Brava, iniciando la marcha rumbo a Cerro Largo; Basilio y Juan Muñoz en Las Palmas; Eusebio Carrasco en El Chileno; Manuel Rivas en Las Cañas; Oviedo y Mena en Guazú-Nambí; Pedro Sánchez en Tarariras.

Es de interés destacar que el movimiento se ha producido con absoluta independencia de toda otra intervención que no fuera la actividad personal de Saravia y sus compañeros. Hemos visto que el directorio les ha negado su concurso, llegando todavía a lanzar un manifiesto el día 23 de noviembre, en el cual decía: "Rumores circulantes de próxima conmoción del país, que invocan indebidamente la representación del Partido Nacional, obligan al directorio a condenar todo movimiento anárquico, estimulando a las comisiones departamentales para que lo desautoricen, y comuniquen rápidamente a los correligionarios caracterizados del departamento la enunciada decisión." Venían pues a justificarse así los prevenciones de Muñoz. Por otra parte los revolucionarios no sólo no estaban en contacto con la Junta de Buenos Aires, sino que hasta desconocían su constitución. Es sólo después de esta intentona que se ponen en comunicación para organizar en común el levantamiento del 97.

Al cabo de cinco días tuvo lugar en Cuchilla Ramírez, departamento de Durazno, la unión de todas las fuerzas. Sumaban poco más de 700 hombres, armados de unas 200 lanzas y veintitantas armas de fuego. Bajo la persecución del 4º de Caballería, con el que se tuvieron las primeras guerrillas en campos de Muñoz, marcharon sobre Sarandí del Yí, defendido por el comandante Uriarte, que capituló. Allí obtuvieron unas 70 armas de fuego más, y, perseguidos de cerca por el 4º, cruzaron el Yí hacia el sur, yendo a chocar en El Sauce con el comandante Manuel Alcoba, a quien desbandaron esa tarde y al día siguiente.

A la puesta del sol del día 1º de diciembre, Antonio Mena rechazó, con una carga a lanza, una guerrilla avanzada del 4º, que tuvo que replegarse de in-

mediato sobre el grueso de sus fuerzas por la llegada al galope de Chiquito y Basilio con los tiradores de la columna. Éstos abandonaron la persecución de Alcoba para venir en protección de Aparicio, hospitalizado en la retaguardia. Los revolucionarios pudieron alejarse del enemigo echando pie a tierra esa noche para descansar brevemente en las proximidades de la Estación Illescas.

La columna había formado un semicírculo, durmiéndose en seguida la gente con el caballo de la rienda. Una hora más tarde, unos tiros y la disparada de 2.000 caballos de arreo sobre la improvisada montonera, produjo tal confusión y pánico que fue imposible evitar la dispersión. Aparicio salió por un lado con 100 hombres y Chiquito y Basilio por otro, con 400.

El primero fue a encontrarse en San Juan del Cordobés con las fuerzas del general Muniz que lo dispersaron y persiguieron encarnizadamente hasta Las Pavas —donde fue herido José Francisco Saravia—, dejándolo con sólo 16 hombres.

Los segundos se retiraron hacia el norte, buscando por entre fuerzas adversarias una salida al Brasil. En Cerro Pereyra, después de haber perdido más de 200 hombres agobiados por la fatiga y el sueño, fueron atajados por el general Escobar. Chiquito entonces disolvió la columna, y Basilio y su hermano Juan se dirigieron hacia la barra del Pablo Páez, donde se separaron, marchando el último con el grupo más numeroso y quedando aquél con Luis Ignacio y Orestes Cibils.

* * *

Habiéndose allegado Basilio a casa de un vecino en procura de un churrasco, se encontró con gente de Aparicio que lo informó de su presencia allí cerca, en la Isla de las Muertas. De inmediato envió chasque a Juan para que regresara, lo que éste hizo un par de horas más tarde. Con poco más de cincuenta hombres, buscaron la incorporación del general, que venía con veintiséis, y todos juntos se dirigieron al Brasil costeando el río Negro.

El día 8, antes de llegar a la línea divisoria, hicieron un ligero campamento en el arroyito Peñarol, departamento de Cerro Largo. Cuando se disponían a churrasquear, Juan Muñoz, que estaba de guardia, anunció que por el lado de la frontera venían 200 hombres. Se mandó inmediatamente montar a caballo y proteger la guardia, que ya se tiroteaba.

En ese instante, como llovida del cielo, se acercó atraída por los disparos una partida de 60 compañeros que merodeaban por allí, al mismo tiempo que Aparicio, que había quedado tomando mate en una casa vecina, llegaba a la carrera a la guerrilla, seguido del clarín que tocaba a la carga. Los atacantes se batieron en retirada, perseguidos de firme por los revolucionarios Brasil adentro, lo que dio lugar a que éstos fueran tiroteados desde atrás por la guardia brasileña a cuyo lado pasaron. Volvieron todavía esa noche a acampar en territorio uruguayo, y al otro día emigraron definitivamente.

Se convino en que Juan Muñoz se presentase ante las autoridades brasileñas como jefe de aquella fuerza, siendo internado en Bagé. Los demás fueron a refugiarse en los famosos Potreros de Ana Correa, extensos e impenetrables montes en la costa del Yaguarón, sobre la frontera. Entre otros, integraban este menguado resto de la audaz montonera, Aparicio y Chiquito Saravia, los hijos de ambos, Basilio y Sergio Muñoz, Modesto Coito, Manuel Rivas, Benito Viramonte y Froilán Martínez.

* * *

La aventura no había alcanzado a durar dos semanas. En ese corto plazo se habían atravesado 250 leguas de tierra uruguaya, sin armas ni municiones, en una temeraria correría que dejó asombrado a todo el país.

Militarmente el movimiento había fracasado, como no podía ser de otra manera, y como lo descontaban ya, antes de emprenderlo, sus propios gestores. Pero el espíritu de sacrificio, la osadía y hasta la astucia para burlar a fuerzas desproporcionalmente superiores, puestos de manifiesto por la pequeña columna rebelde, lograron el objetivo perseguido. El movimiento fue acogido con señalada simpatía no sólo por las masas nacionalistas, sino también por el sector colorado de oposición en el que apuntaba ya como cabeza José Batlle y Ordóñez. Quedaba convulsionado el país y preparado el ambiente para una revolución formal.

NOTAS

1. Reproducido por R. Paseyro, "1897", págs. 56 y siguientes.

2. R. Paseyro, op. cit., habla en cuatro ocasiones —págs. 27, 42, 58 y 62— de una invasión anterior realizada por Aparicio Saravia en 1895. Tal invasión no existió. Acaso se refiera el autor a este movimiento de 1896, pero cabe observar que no se trató de una invasión sino de un levantamiento en el interior del país.

CAPITULO VI

1897

El espíritu revolucionario, ya bien marcado desde mediados del 96, triunfó definitivamente después de los sucesos de noviembre. Identificada la conciencia pública con la causa de los insurgentes, apareció desautorizado el directorio contrarrevolucionario del nacionalismo, al mismo tiempo que prestigiada la labor de la Junta de Guerra de Buenos Aires. Esta última no alcanzó a tener participación en la cruzada del 96, pero habiendo a esta altura realizado algunos trabajos, se estableció de un modo natural su vinculación con los jefes emigrados en el Brasil. A fin de combinar esfuerzos con ella, partieron de los Potreros de Ana Correa rumbo a Buenos Aires, en los últimos días de diciembre, Chiquito Saravia y Basilio Muñoz. Los acompañaban los hijos del primero, Mariano y Santos, y Benito Viramonte.

Llegados a la capital argentina, Basilio se puso de inmediato en contacto con Golfarini. En pocos días quedó cumplida la misión de entendimiento con la autoridad revolucionaria, y luego de comunicarse en forma casi permanente con Diego Lamas y José Núñez, jefes de las fuerzas invasoras del sur, emprendieron los comisionados el regreso.

En la ciudad de Santa Fe, merced a la colaboración de compañeros allí residentes, algunos de los cuales habían emigrado con el abuelo de Muñoz cuando el triunfo de Flores, obtuvieron numerosas armas, procedentes en su casi totalidad de la policía argentina.

De allí se dirigieron a Reconquista, acompañados por el coronel José Núñez, Mario Gil y Norberto Acevedo Díaz. El primero quedó organizando un contingente de su hermano, el mayor Marcelino Núñez, y los demás se embarcaron para la ciudad de Goya, donde alquilaron caballos y siguieron viaje hacia Libres. A este puerto debían llegar de un momento a otro, por vía fluvial, las armas y municiones que se habían obtenido.

Se estaba en lo más riguroso del verano. El grupo de revolucionarios marchaba de día y de noche, bajo una temperatura sofocante. Cuando los caballos se rendían eran devueltos a sus dueños —que los acompañaban— y contrataban otros para proseguir a marchas forzadas el interminable viaje, realizado en gran parte a través de los famosos montes de la provincia de Corrientes.

Al llegar a Libres se enteraron de que el armamento ya estaba próximo en una embarcación que bajaba el río Uruguay. En la noche Basilio pasó a Uruguayana a ponerse en comunicación con unos compañeros del lugar, los hermanos Ochotorena, gracias a los cuales el desembarco se realizó sin dificultades. Las armas fueron cargadas en carretas y llevadas a la concentración revolucionaria de Caty, al lado del campamento del caudillo riograndense Juan Francisco Pereyra, entonces en el apogeo de su fama.

Basilio, Chiquito y sus compañeros, a los cuales se sumó el comandante argentino Rivero y Hornos, continuaron también su viaje con el mismo rumbo, siendo alcanzados en Caty por Aparicio, que se había adelantado a su encuentro en busca de novedades.

Llegaron al fin a Bagé, centro ahora de las operaciones, después de una marcha sobrehumana de cientos de leguas a lomo de caballo.

* * *

La misión había sido fructuosa. Se había coordinado la acción del comando revolucionario y la Junta de Guerra, integrada ahora con una delegación del directorio nacionalista. Además se habían obtenido las armas y municiones necesarias, por lo menos, para iniciar el movimiento.

En el mes de febrero se dieron los últimos toques a la organización de las fuerzas invasoras, que hacían ejercicios en la concentración de Pirahy con la tolerancia del general brasileño Carlos Tellis, jefe de la región militar. Ultimado el plan, entraron al Uruguay el 5 de marzo de 1897, aniversario de la invasión de Timoteo Aparicio.

Eran 398 hombres.

* * *

El 10 de marzo, cinco días después de haber cruzado la frontera, acamparon en Sarandí del Quebracho con el mismo contingente del primer momento. Después de describir un hábil círculo a fin de recoger las incorporaciones, volvieron a acampar en el mismo sitio el día 17, ya con más de 2.000 hombres.

Dos días más tarde se produjo el choque con las fuerzas del general Muniz en Arbolito.

Esta acción, que es la primera batalla campal en la vida militar de Basilio Muñoz, consagraría definitivamente la fama de su nombre. En un célebre episodio, sin disputa el culminante de toda la campaña, su temple de ánimo y su temerario arrojo salvaron a su hermano Juan y a él mismo de una manera milagrosa.

* * *

Iniciada la lucha con un intenso fuego de fusilería, Chiquito Saravia, el impulsivo jefe de la vanguardia insurrecta, llevó una violenta carga a lanza sobre la derecha del enemigo.

Rechazado por éste, organizó una nueva carga al centro, con el mismo resultado adverso.

Al chocar esta segunda vez, uno de sus hijos, muy joven, intentó retroceder. Chiquito, fuera de sí, lo amenazó:

—¡Si disparás te lanceo!

En ese instante el muchacho fue derribado junto con su caballo. Creyéndolo herido, el padre resurgió en Chiquito. Ordenó rápidamente a algunos de sus hombres que lo recogieran, y él se dispuso, cercado de adversarios, a proteger la operación. Con un golpe en la frente del mismo antebrazo desnudo que empuñaba el asta, se echó a la nuca el chambergo gaucho. En un viril alarde de coraje volvió luego la cara a sus perseguidores tendiéndoles la lanza.

Fue tal el gesto que por sí solo paralizó el ataque.

Vuelto a sus filas, Chiquito cargó de nuevo, esta vez sobre el ala izquierda gubernista, donde el comandante Ortiz, con parte del 3º, combatía intensamente con Basilio Muñoz a 70 metros de distancia.

Seguían a Chiquito en su tercera tentativa, siete compañeros... Viendo Basilio que iba a un sacrificio seguro, reunió improvisadamente quince lanceros, y dejando al capitán Recoba, primo suyo, al frente de su guerrilla, cargó también.

Fue aquélla la histórica carga a lanza de Arbolito, llevada a cabo por sólo veintiséis hombres contra un poderoso ejército de línea...[1]

Apenas iniciada, Juan Muñoz se encontró con un negro gigantesco que se había adelantado engolosinado con el éxito. De un lanzazo lo echó por tierra y siguió adelante. Los que venían detrás a la carrera ensayaban puntería sobre el caído, que se hacía una pelota esquivando con su carabina los botes de las lanzas. El negro tuvo tiempo todavía de ponerse en pie esgrimiendo el arma, y favorecido por su extraordinaria corpulencia amenazó derribar a Basilio de un culatazo.

—¡Vení nomás a meterte también que pa vos v'alcanzar!

—¡Mate ese negro, capitán, gritó aquél a Recoba, y dejando al gigantón de lado siguió corriendo.

El pelotón de lanceros, haciendo retumbar la tierra, fue a incrustarse en el cuadro enemigo. En medio del entrevero se acallaron los disparos, y la lucha, encarnizada y feroz, se generalizó a sable, facón y boleadoras.

Casi en seguida Chiquito perdió su caballo y fue herido. Viéndolo en esa situación, uno de los hombres de Muñoz, José Luis Hernandorena, se le aproximó para retirarlo en ancas.[2] No hubo tiempo. El caballo fue muerto, y tanto Chiquito, que ya se incorporaba, como su heroico protector, fueron ultimados a sablazos.

La suerte de ambos había sido corrida por casi todos los bravos atacantes. En vista de ello, Basilio, que había presenciado a diez pasos la escena de la muerte de Saravia, le gritó a su hermano Juan que se retirara. Al intentarlo éste, un tiro de boleadoras le ciñó los brazos al cuerpo inutilizándole la lanza. En condiciones tan críticas pudo aun ponerse a salvo a uña de caballo.

Basilio fue el último que quedó en el cuadro, protegiendo, acosado de una manera dramática, la retirada de su hermano. Al emprender a su vez el regreso, ignoraba cuántos tiros le restaban en la carabina, y su caballo, con una herida que le hacía exhalar abundantes bocanadas de sangre, se iba acalambrando...

Los trabucos adversarios estallaban a corta distancia. Un tiro de bolas pasó silbando junto a su cabeza. No le quedaba más defensa que su sangre fría, y a ella apeló para jugarse resueltamente hasta el final.

Cuando alguno de sus perseguidores lo cargaba "de fe", trataba de contenerlo apuntándole el arma. Si no lo lograba, entonces hacía fuego, siempre con la angustia de no saber si aquella bala sería la última. De esa manera, en una concentración profunda de todos sus sentidos, frío y seguro, eliminó sucesivamente a tres contrarios.

Entretanto seguía alejándose en la medida en que lo permitían las energías, ya exhaustas, del animal.

Los minutos se hacían siglos.

Al fin el caballo cayó; Basilio caminó hacia otro que había visto cerca con la rienda atada a una mano. Si lo alcanzaba estaba salvado. Pero el más próximo de sus perseguidores, viéndolo escapar, apuró todavía la marcha.

Los dos hombres se apuntaron a pocos metros con sus carabinas. Basilio dudaba contar con un tiro más, y en un supremo dominio de sí mismo esperó que el otro hiciese fuego primero. El disparo no dio en el blanco y el enemigo cargó a sable. Un balazo certero en la cabeza —¡la última bala!— lo dio por tierra...

La lucha estaba inesperadamente resuelta a favor de Basilio. De un tajo en la rienda libró el caballo mancornado, y se retiró protegido por sus compañeros Ciriaco Artigas, Octavio Crossa y Antonio Galarza que llegaban en ese momento.

° ° °

En la noche, junto al fogón, amable más que nunca, en tensión todavía los nervios, se comentan los episodios de aquel cuarto de hora de tan intensa dramaticidad.

El buen humor chisporrotea en medio de los recuerdos trágicos. Basilio y el capitán Recoba cruzan estas palabras:

—Capitán, ¿mató aquel negro grande que le dije?

—¿Y por qué no lo mató usted, coronel, que lo tuvo más cerca?

° ° °

Pocos días después de Arbolito se incorporó a Saravia, en las proximidades de Tupambaé, la columna del coronel Diego Lamas, que llegaba con los laureles frescos de la brillante victoria de Tres Árboles.

El ejército revolucionario se desplazó hacia el sur, deteniendo en San Jerónimo a la vanguardia de la fuerza gubernista mandada por Melitón Muñoz, para chocar luego con éste en la batalla de Cerro Colorado.

Después de varias horas de pelea, la enorme desventaja en número y recursos bélicos de los revolucionarios, obligó al comando a ordenar la retirada, que se realizó en perfecto orden y al tranco. Fue una hermosa operación debida a la estrategia de Diego Lamas, quien desde una posición dominante presenció hasta el final el desfile de los escuadrones.

Basilio Muñoz fue encargado de la retaguardia hasta Pablo Páez, donde pasó a vanguardia, quedando de servicio en el Paso de Pereira del Río Negro, una vez que hubo vadeado el ejército. A los dos días llegaron a Pereira las avanzadas del general Melitón Muñoz. Pero el río estaba crecido y no se acercaron.

Días más tarde se libró la sangrienta batalla de Cerros Blancos, en la cual la revolución estuvo a punto de ser aplastada por un poderoso ejército de las tres armas mandado por el general Villar. Le tocó en ella a Muñoz recibir el primer fuego de la artillería gubernista.

° ° °

En lo más recio de la pelea subió Basilio con su ayudante Froilán Martínez a una altura, sobre un flanco de la guerrilla, y se quedó parado de frente al enemigo. Un diluvio de balas silbaba a su alrededor.

Viéndolo tan quieto, un compañero, Isabelino Báez, que montaba una yegua con cría, se arrimó a él, creyendo que era aquélla una posición menos batida por

el fuego. Casi en seguida le mataron la yegua y el potrillo...

Basilio, imperturbable, lió un cigarro y le pidió fósforos a su ayudante. En el preciso momento en que recibía la caja de cerillas, una bala atravesó a ésta y la dejó ardiendo entre el índice y el pulgar de su mano derecha.

Con el mismo fuego de la caja encendió entonces el cigarro... [3]

* * *

Poco antes de ponerse el sol, el ejército revolucionario empezó a retirarse sobre la derecha, lentamente y en orden.

Basilio Muñoz, destinado siempre a ocupar los puestos más difíciles, había recibido orden de Saravia de cubrir la retirada. Después de ocupar una posición estratégica para indicar a los comandos el rumbo que debían tomar, acampó con la retaguardia a un quilómetro del campo de batalla, mientras el grueso del ejército lo hacía a dos.

El enemigo estaba tan próximo que se oían sus vivas y toques de diana. Muñoz organizó el servicio de seguridad con cuerpos de guardia y centinelas avanzados, cuyos puestos recorría personalmente acompañado de los capitanes Octavio y Francisco Crossa, y los tenientes Gabino Medina, Amalio Saracho, Froilán Martínez y C. Cantera.

Cerraba la noche. Basilio avanzaba con gran cautela, un poco separado de sus hombres, prestando la máxima atención a los más pequeños ruidos. Después de un día de combate sigue vibrando en el oído el estrépito de la fusilería. Un sonido cualquiera —el golpe del rebenque, la piedra que se pisa— repercute como un estampido. Hay que estar, pues, alerta, para discernir los ruidos verdaderos de los falsos.

De pronto oyó un rumor confuso que subía de la quebrada. Pensó en el primer momento que fuese producido por la corriente de una cañada que pasaba allí abajo; pero a poco se destacó, al débil vislumbre que aún quedaba por el lado del poniente, la silueta de un jinete que avanzaba sigiloso hacia él.

Basilio se adelantó a su encuentro. Ya encima uno del otro se saludaron lacónicamente. Aquél ignoraba todavía si se trataba de un compañero o de un adversario. Pero al recoger el desconocido, con un movimiento rápido, su lanza, alcanzó a ver en ella un banderín oscuro delator del enemigo. Lo pechó entonces violentamente, al mismo tiempo que desenvainando el sable se deslizaba por el anca.

El lancero cayó en el choque separado de su lanza, que quedó emparedada entre los dos caballos; pero se incorporó de inmediato, armado igualmente de su sable.

La escena había durado sólo unos segundos.

Basilio intimó:

—¡Entréguese!... ¡Entréguese!...

El otro respondió irónico:

—¡Sí! ¡Están entregando!

Se trataba de un oficial enemigo que venía haciendo la misma operación de reconocimiento en sentido inverso.

Al ruido de la lucha que se entabló cuerpo a cuerpo, acudieron los compañeros de Muñoz.

Cantera, adelantándose a los demás, derribó al contrario de un lanzazo clavándolo en el suelo; boleó la pierna por el pescuezo de su caballo, y deslizándose por el asta de la lanza, se desplomó, puñal en mano, sobre el cuerpo del caído.

Dominando el rumor sordo de la pelea, se oyó entonces en la oscuridad este diálogo de trágica extravagancia:

—¡No me mate, que soy el capitán Luna!

—¡Pa mí alumbra tanto la luna como el sol!

El infeliz capitán fue ultimado. Moribundo, aún bramaba en una resurrección de su coraje:

—¡Están entregando!... ¡Están entregando!...

* * *

Después de la batalla de Cerros Blancos, Muñoz cubrió la retirada junto con Mariano Saravia, y el ejército revolucionario marchó al litoral a recoger la expedición de Smith, que debía llegar de la Argentina.

Sitió a Salto. Allí Basilio, que había pasado de nuevo adelante, realizó varios ataques nocturnos contra la plaza. Pero, fracasada la expedición que se esperaba, fue necesario regresar al este.

Era invierno, y el río Negro estaba crecido. Para vadearlo debió el ejército penetrar en el Brasil —lo que hizo durante la noche, junto a las guardias— y buscar el paso del Espantoso sobre la línea fronteriza. Llegó en esa forma a Cerro Largo por entre las asperezas de Aceguá.

Iniciada por Basilio, se libró allí una nueva e intensa batalla con las fuerzas de Muniz. A ella siguieron guerrillas sin importancia, prolongadas durante varios días, hasta que se celebró un armisticio suspendiendo por breve tiempo las hostilidades.

De Aceguá la revolución se dirigió al sur, en dirección a Montevideo, sorteando un verdadero cordón de cuerpos de línea tendidos a lo largo de la república. Mal pertrechados y la mayor parte a pie, los insurrectos marchaban, más que en un avance, bajo una verdadera persecución, con la amenaza, todavía, en vanguardia, de los batallones destacados para detenerlos. En la retaguardia, le tocaba una vez más a Basilio Muñoz resistir todo el peso de la ofensiva enemiga.

En esas condiciones las armas revolucionarias llegaron después de una marcha realmente heroica, hasta cerca de Pando, en las puertas de la capital.

Pero la paz ya estaba decidida por el balazo de Arredondo, y el 18 de setiembre se firmó en La Cruz el pacto que puso fin a la guerra.

Seis meses y medio habían corrido desde la invasión de Saravia.

* * *

Uno de los compromisos reservados, que completaban el histórico Pacto de La Cruz, confería al partido de la oposición el derecho a ejercer seis jefaturas departamentales. Inconstitucional, y en la verdad de las cosas, impolítica solución, que estaba llamada a acarrear al país nuevas y grandes perturbaciones.

Basilio Muñoz fue designado para ocupar la jefatura de mayor responsabilidad: la del departamento de Cerro Largo, cuna de la revolución y domicilio de Aparicio Saravia, sede en consecuencia del nuevo gobierno que de hecho quedaba instalado en el país

NOTAS

1. He aquí sus nombres: Mariano y Desiderio Saravia, Manuel Suárez, Antonio Galarza, Pedro Francia, José María González y N. Chalar, que acompañaban a Chiquito; Juan y Silvio Muñoz, José Luis Hernandorena, Ángel, Cirilo y Cruz Aldama, José Lain, Manuel e Isabelino Aquino, Claudio Pérez, Isabelino Báez, Domingo, Isabelino y Diego Velázquez, José López Aldama y Orestes y Luis Cibils, que acompañaban a Basilio Muñoz.

2. Los relatos de la muerte de Chiquito dados a publicidad hasta ahora, han atribuido el gesto, erróneamente, al combatiente Chalar, hijo del coronel Chalar que cayó, en la forma que ya vimos, durante la guerra del 70. Poniendo las cosas en su sitio, Basilio Muñoz ha anotado así un libro en que figura uno de esos relatos: "Hernandorena. Tenía 20 años. Era un valiente como todos los Hernandorena".

3. Viven todavía algunos testigos del original episodio: Santiago Salazar, Francisco Crossa, Gregorio Dueña y Felipe Barcelona, este último herido en ese momento.

CAPITULO VII

En el apogeo saravista

La Paz de Setiembre abrió uno de los períodos más curiosos de la historia del país. No se fundó en el restablecimiento plenario de la actividad constitucional de los partidos, sino en un original sistema de coparticipación de las jefaturas políticas departamentales

Vino a establecerse de tal suerte —políticamente hablando— la coexistencia de dos estados: el constitucional, presidido por Cuestas, y el nacionalista, puesto bajo la égida de Aparicio Saravia. Esta situación tan anormal se iba a mantener sin grandes dificultades en los primeros tiempos porque ambas fuerzas no eran contrarias sino aliadas, especialmente después del golpe de estado del 10 de febrero de 1898 que sustituyó por un Consejo de Notables a las corrompidas cámaras del "colectivismo". El caudillo del Cordobés era en realidad el principal sostén del gobierno de la capital en la lucha contra la oligarquía herrerista desplazada violentamente. De súbito, Saravia, ignorado un año atrás, fue colocado de ese modo en el centro mismo de los acontecimientos, y convertido en un personaje de consulta imprescindible para cualquier importante actividad gubernamental. Emisarios de Cuestas iban y venían a través de la república para oír su opinión u obtener su asentimiento.

El nuevo papel que los hechos de aquel extraño momento histórico imponían a Saravia, estaba sin duda por encima de sus posibilidades personales. Intuitivo poderoso, dotado de una gran agudeza natural, carecía no obstante de los necesarios conocimientos para afrontar cabalmente por su cuenta los problemas que se le sometían. En esas circunstancias, Basilio Muñoz, jefe político del departamento del caudillo, sería de nuevo, como lo había sido en las actividades prerrevolucionarias, su asesor de confianza.

* * *

Le tocó así una intervención destacada en el acuerdo electoral del 19 de abril de 1898. Dicho acuerdo fue una consecuencia lógica del pacto que puso fin a la guerra del 97 y del golpe de estado del 10 de febrero siguiente, recibido jubilosamente por toda la opinión.

A pesar de la solidaridad que la situación había creado entre Cuestas y el Partido Nacional, no fue posible en una primera tentativa llevar a feliz término las negociaciones del acuerdo electoral, anhelado unánimemente en aquellos momentos para consolidar el gobierno provisional y la tranquilidad del país.

En vista de la gravísima situación que se creaba, apeló Cuestas a su aliado del Cordobés enviando ante él a don Pedro Echegaray. Saravia, que se encontraba en su estancia, llamó con urgencia a Basilio Muñoz sosteniendo ambos una larga conferencia. Como consecuencia de ella el último partió el mismo día para Montevideo en compañía del emisario presidencial.

Muñoz llevaba para Cuestas la promesa de Aparicio de que interpondría toda su influencia ante el directorio nacionalista para que aceptase el acuerdo en las condiciones que le pedía por intermedio de Echegaray. Y para el directorio llevaba la felicitación del caudillo por haber rechazado el acuerdo con el número de bancas ofrecido, al mismo tiempo que la opinión de que en la forma en que Cuestas le había prometido proponerlo nuevamente —promesa que todavía faltaba obtener...— sería patriótico aceptarlo.

Llevaba además Muñoz —y éste era el resorte decisivo de su gestión— una misión reservadísima para el coronel Diego Lamas, dueño de un inmenso prestigio después de la campaña del 97, a quien le hizo mucha gracia la astucia criolla del plan ante Cuestas y el directorio nacionalista. En virtud de dicha misión, Lamas envió un mensaje por intermedio de su hermano Gregorio, entonces director de la Escuela Militar, al presidente de la república, mensaje que presionó decisivamente sobre el ánimo de éste. Cuando Muñoz se entrevistó luego con él, le fue fácil conseguir que admitiera las bases propuestas por Aparicio para el acuerdo. Sólo después de ésto se comunicó con el directorio de su partido, que aceptó también las proposiciones que ahora, bajo la presión del Cordobés, hacía Cuestas.

Pocos días después, el 19 de abril, el acuerdo era firmado. En el acto de su celebración representaron al Partido Colorado los señores José Batlle y Ordóñez, Pedro F. Carve y Gregorio L. Rodríguez; al Partido Nacional, los señores Alfredo Vásquez Acevedo, Juan José de Herrera y Mariano Pereira Núñez; al Partido Constitucional, los señores Domingo Aramburú, Pablo de María y José Ferreira.

* * *

La influencia de Muñoz sobre Saravia en los primeros años del encumbramiento de éste, es desconocida por completo. Ella fue, sin embargo, profunda, no limitándose a lo puramente político. El cambio de residencia de la estancia del Cordobés a la ciudad de Melo; la transformación de la indumentaria, de la exterioridad física y aun de las costumbres de Saravia —que a tantos sorprendieron luego— fueron frutos directísimos de ella. Éste admitía de buen grado, subrayado a veces en gesto de aprobación por una de sus carcajadas jocundas, todas aquellas "cosas" de su antiguo amigo Basilio —como él lo llamaba— obligadas por

su nueva condición de cuasi presidente de la república.

En materia política, durante es'os primeros años del apogeo saravista, era la norma que Muñoz recibiera primero a los emisarios de Montevideo, especialmente cuando se ignoraba el motivo de la entrevista. Ésta se verificaba cuando Saravia, que se hacía aparecer ausente de la ciudad, estaba ya asesorado.

En cierta ocasión don Pedro Echegaray, que era el enviado habitual de Cuestas, debió esperar dos días el regreso de Aparicio...

* * *

La jefatura de Basilio Muñoz fue de difícil gestión. Era bastante causa para ello la situación política de que había resultado y el papel excepcional que en ella desempeñaba Cerro Largo. Pero además surgían dificultades por la existencia en el departamento de la fracción nacionalista disidente que respondía al general Muniz. Un profundo encono personal existía entre éste y Saravia, lo que obligó a Muñoz —amigo de ambos— a extremarse para afirmar el principio de autoridad, y en algún caso a obrar con energía para mantener su independencia en el desempeño del cargo.

* * *

Todavía, como si eso fuera poco, tuvo que afrontar la sublevación de un cuerpo de línea destacado en Melo.

En diciembre de 1898 se amotinaron doscientos hombres del Regimiento 3º de Caballería, y abandonaron el cuartel después de dar muerte a dos oficiales. La sublevación respondía al propósito de hacer reponer en el comando del cuerpo al coronel Foglia Pérez, que había sido sustituido por el coronel Ayala.

Era una tarde hermosa. Los alrededores del cuartel y el río cercano estaban desbordados por una enorme concurrencia de familias y bañistas. Al sentirse los primeros tiros y gritos del motín, aquella masa de gente desapareció como por encanto, no faltando entre los últimos quienes lo hicieran en ropas menores y enancados.

Al día siguiente salió Muñoz en persecución del regimiento con sólo cincuenta y cinco hombres de la policía, alcanzándolo en Bella Vista, a treinta quilómetros de Melo. Después de una ligera guerrilla los sublevados se fueron entregando en grupos, dando vivas al jefe político.

Cuestas ordenó que los prisioneros fueran conducidos a Montevideo. El mismo Muñoz se encargó de ello. Como la capacidad del ferrocarril, que entonces no iba más allá de Nico Pérez, ofrecía dificultades para que lo acompañase la escolta necesaria, le propuso a los oficiales detenidos ir solo, siempre que ellos se comprometieran a custodiar personalmente la tropa. Éstos aceptaron y, confiado en aquel pacto de caballeros, Muñoz atravesó la república sin ninguna compañía con el regimiento sublevado.

* * *

En 1901 fue destituido en Consejo de Ministros de la jefatura política de Cerro Largo. Esta destitución, que monopolizó durante un tiempo la primera plana de los diarios, constituye una página honrosa más en su biografía.

Un tío de Saravia, el coronel Serafín da Rosa, fue requerido por los jueces a raíz de un crimen cometido durante la revolución del 97. Con el objeto de dar una señalada prueba de amistad a su aliado del Cordobés, el presidente Cuestas en persona pidió a Muñoz que no lo detuviera. Éste se negó en forma categórica a aquel acto de favoritismo y da Rosa debió refugiarse en el departamento de Tacuarembó. Pero al cabo de un año el prófugo enfermó gravemente y fue traído en secreto por su familia a Cerro Largo, muriendo en su casa.

Ante la opinión pública pareció evidente que da Rosa había permanecido en el departamento amparado por la tolerancia policial, y la prensa de Melo atacó a Muñoz.

Cuestas lo llamó de inmediato a Montevideo y le propuso una licencia hasta tanto se apaciguara el ambiente departamental. No sólo no se prestó a ello el jefe político, sino que, interesado ante todo en aclarar públicamente su conducta, expuso los hechos tales como habían ocurrido en una entrevista que le hiciera un diario metropolitano.

Sus declaraciones produjeron un revuelo extraordinario. La prensa independiente aplaudió a Muñoz, mientras de la Casa de Gobierno era llamado con urgencia para que diera explicaciones. El ministro Mac Eachen lo recibió con un ejemplar en la mano del diario en que aquéllas aparecieran, interpelándolo solemne:

—Señor jefe, ¿es posible que éstas sean manifestaciones suyas?

—Sí, señor ministro. Mías son.

—¡Qué barbaridad! ¡El paso que usted ha dado! ¿No será posible sacarles algo?

—Absolutamente nada. Agregarles, sí.

Muñoz fue destituido sin más trámite. En seguida, como un desagravio, su departamento lo proclamó candidato a diputado, candidatura que vetó prácticamente el directorio de su partido al realizar poco después un célebre acuerdo electoral que sustituyó a la elección directa.

* * *

Basilio Muñoz ha fijado sus recuerdos personales de algunas de las incidencias que rodearon a dicho acuerdo. A continuación los transcribimos textualmente de los apuntes inéditos en que figuran. Constituyen una interesante relación de hechos, al mismo tiempo que un severo juicio sobre aquel momento histórico.

Dicen así:

"A fines de agosto de 1900, una comisión delegada del Partido Constitucionalista y el directorio del Partido Nacional, ya iniciaban intensos trabajos acuerdistas para los comicios de noviembre de 1901.

"El Partido Nacional, consecuente con la bandera de sufragio libre que había guiado su acción revolucionaria el 96 y 97, consideraba que había llegado el momento de terminar con los acuerdos y la anormalidad política, para encarrilar el país en la vía constitucional sobre la base del voto popular libremente emitido. Lo que en el 98 había sido la imperiosa necesidad de un momento crítico, en el 901 era la perpetuación de un estado de cosas anormal.

"Los acuerdistas reconocían que la actitud de los antiacuerdistas bajo el punto de vista de los principios era más respetable y más democrática que la de ellos; pero argumentaban que el rechazo del acuerdo podía ser la guerra civil, y que ante la exhortación de los elementos conservadores del país y las eventualidades de la lucha electoral, había que aceptar el acuerdo sin hacer cuestión del número de bancas. No es posible, se decía, hacer fracasar el acuerdo por "once nueces", o sea por once bancas.

"El doctor Alfonso Lamas sostuvo en los debates que suscitó el acuerdo en las sesiones del directorio y comisiones delegadas, la necesidad de consultar al par-

tido. Consideraba el doctor Lamas de capital importancia conocer la opinión de la colectividad, porque ella marcaría la norma a seguir por el directorio. Expresaba además que le constaba que varios departamentos eran antiacuerdistas.

"Pero como a los acuerdistas les interesaba mucho más la opinión de los conservadores que la de los radicales, manifestaron que no había tiempo para recurrir a la forma plebiscitaria, y que había que tener presente que en los problemas políticos «las opiniones no se cuentan, se pesan», como decía el cardenal Esfondrato.

"Nunca se había visto que un partido de principios y de lucha como el Partido Nacional, estuviera obligado a aceptar acuerdos con el adversario con la imposición de renunciar a su derecho electoral y a la influencia política que le había dado su abnegado y heroico sacrificio.

"Con el acuerdo se prolongaba una situación tan incompatible con el régimen institucional, que las prerrogativas del Poder Ejecutivo sólo se ejercían en trece departamentos. Los seis departamentos restantes, administrados por los nacionalistas, de hecho estaban fuera de la geografía política del país. Ésa era la situación real que había creado al país la funesta política de los acuerdos, que trajo como consecuencia lógica de tanta anormalidad, el alzamiento de 1903 y la guerra de 1904.

"Cuando se escriba la historia de aquel período de contentamientos personales, componendas y transigencias inmorales, con la imparcialidad que hoy nos falta, sólo entonces se va a conocer la verdad y los verdaderos culpables de aquellos errores, que abrieron tan grandes claros en la vida y la hacienda.

"Para los que crean que puede haber exageración en estas palabras, voy a transcribir de una carta que me escribe el doctor Carlos A. Berro con fecha 16 de noviembre de 1900, los párrafos siguientes: «Corren rumores que hacen temer que el gobierno destituya a Juan José Muñoz. En realidad, la situación de este buen correligionario pero poco hábil jefe político se ha hecho bastante difícil. Sé que Cuestas no lo separará sin ponerse de acuerdo con el general sobre el reemplazante. Irá Echegaray. Al directorio es seguro que no lo consultará. Conviene que el general esté prevenido para esa emergencia y que piense en el reemplazante para el caso que no sea razonable ni prudente resistir esa separación.»

"El jefe político de Maldonado comunicó a Saravia que de acuerdo con instrucciones del directorio no haría entrega de la jefatura y se sublevaría. Saravia le contestó diciéndole que el partido no se solidarizaba con las faltas y errores en que incurrieran los jefes políticos nacionalistas en el desempeño de sus funciones, y que se atuviera a las consecuencias...

"El señor José Batlle y Ordóñez, el doctor Juan P. Castro, don Pedro Echegaray y otros, tienen con el señor Cuestas, en su casa, el diálogo siguiente, palabras más o menos:

"*Señor Batlle*: En virtud de los cargos que la prensa formula contra el jefe político de Maldonado, entendemos que el gobierno debe proceder a la separación de dicho funcionario.

"*Señor Cuestas*: Yo no puedo hacer eso, porque si lo hiciera sería la guerra civil.

"*Señor Batlle*: ¿Qué clase de gobierno es el que no puede con causa separar un jefe político?

"*Señor Cuestas* (sulfurado): ¡Usted me está faltando el respeto! ¡Pueden retirarse de mi casa!

"*Señor Batlle* (sin perder su habitual tranquilidad): Muy bien. Tiene usted derecho a despedirme de su casa. Nos vamos, pero...

Así terminó la célebre entrevista que decidió a Cuestas a no destituir al jefe político de Maldonado, como seguramente lo hubiera hecho si no tiene el incidente con Batlle.

"Mutilado material y moralmente el partido por el acuerdo que en mala hora celebró el directorio, presionado por la opinión conservadora, y desautorizada la campaña electoral que de acuerdo con el general Saravia habíamos realizado exitosamente en los departamentos de Durazno y Cerro Largo, decidí retirar mi candidatura a la diputación que habían levantado mis amigos de este departamento, y poner un paréntesis a mis actividades políticas.

"Varias comisiones seccionales, solidarizándose con mi actitud, renunciaron a sus cargos y se retiraron a sus casas.

"El doctor Carlos A. Berro me escribió insistiendo en que retirara la renuncia de mi candidatura y que volviese a mi puesto de lucha; que no dejara solo al general. Le contesté explicándole lo ocurrido y expresándole que lamentaba mucho que razones de delicadeza personal y de solidaridad política con mis amigos, me impidieran acceder a su pedido. Que lo único que me preocupaba era la situación en que habían colocado al general, sin necesidad. «Y digo sin necesidad, porque hace poco, habiendo manifestado el doctor Pereira Núñez, en una sesión del directorio, que según *La Tribuna Popular* el general los había desautorizado, usted afirmó rotundamente la inexactitud de la versión, y aseguró que el general Saravia acataría siempre las resoluciones de la autoridad superior del partido.»

"Fue un error del directorio haber hecho intervenir al general en el acuerdo, sabiendo que era antiacuerdista y que había comprometido a sus amigos en una intensa campaña electoral para los comicios de ese año.

"Esa desgraciada incidencia política, las renuncias de las comisiones seccionales, las razones en que se fundaban, particularmente la del Cordobés, y algunos chismes, sacaron de quicio a Saravia, de tal manera que una mañana en que entré como de costumbre a su escritorio, encontrándolo solo, tuvimos un violento incidente al que puso término la intervención del coronel Yarza."

* * *

En marzo de 1903 se encontraba Muñoz en campaña en el desempeño de sus actividades profesionales, a las que se dedicaba desde que fue alejado de la jefatura política de Cerro Largo. En esas circunstancias recibió un llamado urgente de Aparicio, con quien no se había vuelto a tratar después de la ruptura, a pesar de las tentativas de reconciliación efectuadas por algunos amigos.

El llamado era lacónico pero expresivo: "El partido lo necesita". Juzgando violado el Pacto de La Cruz, de setiembre de 1897, en lo referente a la provisión de las jefaturas políticas blancas, el nacionalismo se aprestaba a empuñar de nuevo las armas...

Muñoz llegó a Melo por la noche y encontró a la ciudad alarmada. Varios ciudadanos colorados, amigos personales suyos, se habían ocultado ya en virtud del cariz que tomaban los acontecimientos. Eran ellos el coronel Pablo Estomba y los señores Claudio Merro, Esteban Vieira, Jerónimo Iriondo y José Zavala. Apenas llegado Muñoz le dieron cuenta de su situación. Esa noche celebró una entrevista con ellos, y al otro día temprano concurrió a la cita que le había dado Saravia.

El caudillo lo abrazó emocionado.

—No vamos a recordar cosas pasadas. He venido a recibir órdenes. Délas usted, que serán cumplidas —le dijo Muñoz.

Aparicio le ordenó salir de inmediato para ponerse al frente de la División Durazno y marchar a Nico Pérez.

Antes de hacerlo, le pidió que extendiera salvoconductos para los amigos colorados con quienes se había entrevistado la víspera, a lo que Saravia accedió

* * *

Basilio Muñoz partió con el coronel Antonio Mena para Durazno a organizar las fuerzas del departamento. Encontró la división ya reunida por su padre, y asumiendo su mando se dirigió a Nico Pérez, punto de concentración de las tropas revolucionarias.

Saravia reunió en dicho lugar 12.000 hombres, aproximadamente. Pero las cosas no pasaron de ahí. Una comisión mediadora formada por los doctores José Pedro Ramírez y Alfonso Lamas, se trasladó al campamento revolucionario con las bases de paz propuestas por el presidente Batlle. Saravia las aceptó, licenciando a las fuerzas que habían acudido a su llamado, a fines de marzo de 1903.

CAPITULO VIII

1904 (I)

El arreglo de Nico Pérez estaba condenado a aplazar tan sólo, el inevitable estallido de la nueva revolución saravista

El original régimen de coparticipación de las jefaturas políticas creado por el pacto que puso fin a la lucha del 97, debía funcionar sin tropiezos mientras se mantuviese el acuerdo entre el gobierno central y el caudillo del Cordobés. Ese acuerdo fue favorecido por la solidaridad política entre Cuestas y Saravia derivada de la expulsión violenta de la oligarquía que acaudillaba Julio Herrera y Obes. Sin embargo, ya bajo la administración del propio Cuestas, el sistema híbrido de la coparticipación jefaturial había mantenido al país bajo la permanente amenaza de la guerra.

Era evidente pues que apenas desapareciese aquel estrecho entendimiento —que tanto tenía de personal, y que, de cualquier modo, era anómalo por ser fruto de una situación particularísima— la paz quedaría seriamente comprometida. Fue así como el advenimiento de un nuevo gobernante junto con la evolución política del país, desencadenaron fatalmente la guerra civil que estaba en latencia, a pesar de los desesperados esfuerzos pacifistas de ambas partes. La voluntad de los hombres fue impotente para impedir lo que era consecuencia inexorable del sistema.

Un incidente trivial promovido en el departamento de Rivera, rompió al comenzar el año 1904 el equilibrio penosamente mantenido. El 1º de enero se producían los tiroteos iniciales.

* * *

Cuando la tirantez política alcanzó caracteres de extrema gravedad, Saravia, no seguro todavía del rumbo que tomarían los acontecimientos, ordenó a Muñoz que fuera, en previsión, organizando la gente de Durazno. Éste partió entonces con su protocolo, acompañado de un peón, a recorrer en aparente gira profesional su viejo departamento.

Sólo el día 7 de enero, ya el país convulsionado, encontrándose en una estancia de Las Palmas, recibió la orden de ponerse en campaña. Aparicio le decía solamente que "procediera de acuerdo con su criterio militar y las circunstancias".

Mientras su padre —que no participó en los anteriores movimientos saravistas— fue a ocupar la comandancia general de la División Durazno, señalada con el número 2, Muñoz fue encargado de la organización y operaciones de guerra de la misma.

La célebre división, a cuyo frente cumplieran tantas hazañas el padre y el abuelo, no actuaba como tal desde la guerra del 70. Reaparecía ahora, después de un tercio de siglo, al mando de otro Basilio Muñoz, como si su destino estuviera indisolublemente ligado al de la estirpe recia de Las Palmas.

Era abrumadora la responsabilidad que afrontaba el nuevo jefe al hacerse cargo de aquel glorioso cuerpo, cuyos orígenes se confundían con los de la misma nacionalidad. Desde niño se había identificado con su tradición heroica —casi de leyenda— testimoniada por homéricas cicatrices de muchos viejos combatientes. Pero había algo que constituía para él un imperativo más apremiante. Era un decir popular, cien veces oído: "Mandada por los Muñoz, la División Durazno nunca ha conocido la derrota".

Los hechos iban a mostrar que en manos del nieto —a pesar de ser destinada invariablemente a las posiciones más críticas— la División Durazno seguiría siendo invicta.

* * *

Al principio de la campaña, por una serie de curiosas circunstancias, tanto el general Saravia, jefe de la revolución, como el general Muniz, jefe de las fuerzas gubernistas, estuvieron a punto de caer prisioneros, uno del otro, con escasas horas de diferencia.

Cuando Basilio recibió orden de ponerse en campaña, el día 7 de enero, los diversos comandos que iban a componer la División Nº 2 se encontraban en distintos puntos. Hubo que desplegar gran actividad para impartir las órdenes respectivas combinando la hora de marcha de cada comando con la distancia a recorrer, a fin de que a la misma hora estuvieran todos en el lugar indicado

Se marchó toda la noche y a las seis horas de la mañana siguiente llegaron simultáneamente al sitio donde esperaba Basilio con sus ayudantes y abanderados, cuatro columnas con banderas desplegadas, en medio de vivas entusiastas. Fue un momento emocionante que hizo revivir en toda su intensidad las típicas escenas del alzamiento gaucho.

Muñoz pasó allí revista a 1.600 hombres, al frente de los cuales emprendió en seguida marcha sobre Santa Clara. Pasó por ésta, y a la hora 12 del día siguiente la División Durazno tenía ya sus primeras guerrillas con las fuerzas del general Muniz.

Apenas iniciadas llegó Aparicio, que iba en carruaje para Santa Clara, donde según él tenía orden de permanecer su hijo Nepomuceno —apoyado por Francisco Saravia, Berro y Antonio María Fernández— en observación del general Muniz que avanzaba sobre Cerro Largo.

Sin la actividad desplegada por Muñoz en la tarde

y la noche del 7 y la marcha del 8, para adelantarse al general Muniz, este último hubiera hecho prisionero a Saravia, como puede verse, el 9 a mediodía. El jefe de la División Durazno, no confiando en el acierto del plan inicial del movimiento, había actuado con aquella celeridad para evitarle a la revolución las consecuencias funestas que preveía.

La entrevista de Saravia con Muñoz al final de las guerrillas fue breve.[1]

—No esperaba tenerlo tan pronto acá, coronel —dijo el primero.

—Ya ve, general, lo que hubiera pasado si no me apuro a venir.

—Deme un jefe con treinta hombres para hacer marchar los 4.000 que tengo aquí cerca hacia lo de Camilo.[2] Y mañana temprano "me lo torea" a Muniz y se pone en retirada haciéndose tirotear de cerca.

—El general Muniz ya sabe que usted dispone de 8 ó 9 mil hombres, y esta noche, sin ninguna duda, se replegará al sur. La única forma de impedirlo y colocarlo en una situación difícil, sería cortarle la retirada.

—No —replicó Saravia—; Garat, el mayoral de la diligencia, acaba de informarme del plan de Muniz. Éste le ha dicho que iba a seguir para Melo porque "a él no lo ataja nadie".

—Precisamente, lo que el general Muniz le ha dicho a Garat para que usted lo s... en seguida, confirma mi opinión. Es una treta de Muniz. Éste conoce perfectamente su situación, y sabe que en el secreto de su plan está su salvación.

El diálogo fue cortado por la llegada del mayor Gauna que traía prisionero al capitán gubernista Hipólito Piana. Aparicio hizo a éste algunas preguntas, y terminó así:

—Bueno, capitán. Está en libertad. Vaya y dígale a Muniz que mañana será mi prisionero.

Pero en ese mismo momento el caudillo dispuso el retiro de los 4.000 hombres con que debió impedir la salida del general Muniz de la ratonera en que se hallaba.

Al cerrar la noche las guardias de la División Durazno y las de Muniz estaban a menos de dos quilómetros. La conversación de los centinelas de uno y otro bando se oía claramente. A las nueve los fogones del campamento enemigo se avivaron. Muñoz, que recorría a esa hora los puestos avanzados, vio en ello la prueba de que sus previsiones se cumplían.

Al otro día, al amanecer, comprobó, como lo esperaba, la ausencia del enemigo. Y por el estiércol de las caballadas y el estado de los fogones le fue fácil darse cuenta de que el campamento había sido levantado en las primeras horas de la noche

* * *

Al día siguiente Muñoz, con 350 tiradores, alcanzó a Muniz en Las Pavas, forzó la defensa del paso y continuó la persecución hasta Mansavillagra.

Reforzado allí Muniz por fuertes contingentes de tropas regulares de la capital, tomó la revancha sobre el improvisado y mal armado ejército revolucionario que Saravia cometió el error de enfrentar al fuerte ejército de las tres armas que el general Muniz preparó en su retirada.[3]

Aparicio fue obligado a retirarse al norte sufriendo derrotas parciales en Illescas y Las Palmas.

Basilio Muñoz resistió al principio la persecución desde la retaguardia del ejército, recibiendo en el Yi orden de pasar a vanguardia rumbo al paso de Ramírez en el río Negro, para franquear el camino hacia el norte. El río estaba crecido y el enemigo los aguardaba del otro lado. Era un desatino intentar pasar en esas condiciones. Pero como eso era lo ordenado, se aprestaba Muñoz a cumplirlo cuando le llegó la contraorden. Saravia disponía ahora dirigirse a Cerro Largo a través del paso del Gordo del Cordobés. En Zapallar, Basilio pasó de nuevo a retaguardia.

Perseguido de una manera dramática por Muniz y Galarza, que contaban con fuerzas y elementos muy superiores, llegó a Melo el ejército revolucionario, a marchas forzadas de día y de noche. Para entrar en la ciudad fue preciso que a toda costa la retaguardia contuviera a Muniz, en el arroyo Conventos sobre la misma ciudad. La División Nº 2, con algunos comandos de la 4ª y la 10ª, llevó a cabo entonces una proeza famosa.

Caía la noche y Aparicio fue a alojarse en uno de los hoteles del pueblo, acostándose en seguida a dormir. Era tan vivo el tiroteo sostenido en el paso, que, pareciendo irresistible el empuje de Muniz, el dueño del hotel le advirtió nervioso:

—General, el enemigo entra en el pueblo.. Ya se oyen los tiros.

—Esté tranquilo. Ahí quedó Basilito para atajarlo, y no pasará.

Muniz no pasó.

* * *

Es bien conocida la estratagema de que se valió entonces Saravia —su histórica *sentada*— para burlar el asedio de su encarnizado adversario.

Cerca de la frontera, hizo avanzar hacia el Brasil varias divisiones desarmadas con las carretas de los heridos y otras vacías, dando la sensación de que todo el ejército, en la más completa derrota, abandonaba el país. Basilio Muñoz padre, quedó extraviado con 150 hombres, y perseguido por Galarza cruzó también la línea fronteriza. Ya no volvió a incorporarse, pues fue detenido e internado por las autoridades brasileñas.

Muniz creyó desbandados a los insurrectos en el Brasil, y terminada por tanto la revolución, telegrafiándolo así, en forma reiterada, al presidente de la república. Entretanto, Saravia, sin ser sentido, realizaba una rapidísima marcha hacia el sur y derrotaba estrepitosamente a Melitón Muñoz en Fray Marcos, arrollándolo hasta Toledo, sobre la misma capital...

El ejército revolucionario no estaba sin embargo en condiciones de sitiar Montevideo, y después de corretear por San José y Florida, cruzó el Yi y se dirigió al norte llevando a vanguardia la División Nº 2. El propósito era acercarse al litoral para recoger armas y municiones que debían llegar de la Argentina. Después de vadear el río Negro frente a San Gregorio de Polanco, atravesó Tacuarembó y se internó en Paysandú rumbo a Salto. En esas circunstancias tendrá lugar en el Daymán, un mes después de la brillante victoria de Fray Marcos, el desastre inesperado y sensible de Paso del Parque.

* * *

Puesto de nuevo Muniz en persecución de Saravia, lo seguía ya de muy cerca al entrar éste en el departamento de Paysandú.

Cayetano Gutiérrez, jefe de la retaguardia, comunicó reiteradas veces al cuartel general el avance del ejército enemigo. Pero Aparicio —se cree que mal aconsejado— puso en duda la veracidad de los partes del bravo jefe poronguero, y no tomó ninguna medida de precaución, manteniendo acampado el grueso de sus fuerzas en las inmediaciones del Paso del Parque del Daymán. La vanguardia —Muñoz, Mariano y Nepomuceno Saravia— lo había cruzado ya adentrándose en el departamento de Salto.

La inexplicable incredulidad del caudillo fue fatal.

Después de arrollar la retaguardia saravista, Muniz, que disponía de un contingente incomparablemente superior en número, cayó como una tromba sobre las divisiones acampadas. Los revolucionarios opusieron una resistencia desesperada y heroica. No pudieron, sin embargo, impedir que les capturaran dos carretas del parque, que por grave error no se había hecho pasar con la necesaria anticipación al otro lado del Daymán. En medio del entrevero, dominando la confusión de los primeros instantes, pudo todavía el ejército revolucionario replegarse en orden hacia el paso, mientras sobre él se concentraba, desde tres lados, el fuego mortífero del enemigo.

En esas circunstancias llegó en protección, después de una rápida contramarcha, Basilio Muñoz, que regresaba de sus posiciones de vanguardia. Recuerdan con emoción los actores de aquel episodio —el más profundamente dramático de toda la campaña— la alegría que invadió a las hostigadas huestes saravistas al ver llegar, en lo más crítico del combate, a la famosa División Nº 2.

Muñoz se encontraba dieciocho quilómetros más allá del paso. En la madrugada de ese día se había despertado nervioso porque estaba al tanto de la forma como eran recibidos en el cuartel general los chasques de Gutiérrez, y sabía que no se había hecho cruzar todavía el parque. Mandó encender fuego y volvió a dormirse muy brevemente, no más de ocho o diez minutos. En sueños se le presentó entonces el desastre del ejército sobre el paso, la pérdida del parque y la desesperación de Aparicio, tales, exactamente, como ocurrirían horas más tarde. Llamó al clarín y le ordenó que tocara a ensillar contrariando las disposiciones expresas del comando. En seguida emprendió la vuelta al Daymán.

En el paso, a donde llegó al galope con su ayudante adelantándose a la división, se encontró con Mariano Saravia, que había contramarchado también por orden suya, produciéndose este diálogo:

—¿Es el comando el que ha ordenado contramarchar?

—No; he sido yo. Temo que el ejército sea sorprendido.

—¡Pero...! ¡Habernos movido estando tan bien acampados! El enemigo tiene que estar lejos; si no, el comando nos hubiera hecho chasque...

En eso oyeron fuertes descargas a dos leguas del paso.

Muñoz continuó con su ayudante hacia el sitio de la pelea en busca de Aparicio, a quien encontró tal como se le había aparecido en la pesadilla: corriendo como un enajenado de un lado para otro, dando órdenes a gritos y buscando la muerte en los lugares de mayor peligro, al reconocer y confesar que era suya la culpa del desastre. El parque había sido copado en esos momentos.

—No hay que perder la cabeza, general. Vamos a ver cómo organizamos la defensa del paso. Aún es temprano y podemos tener todavía una victoria.

—Bien. Vaya usted a organizarla, mientras yo cuido la retirada hasta el paso.

° ° °

Vadeado el Daymán por el ejército —que, en orden, forzó en seguida la marcha—, Muñoz atajó al enemigo un buen rato con sólo quinientos tiradores de su división, tomando posición en la primera altura del otro lado del río. El grueso de la Nº 2 —unos 2.000 hombres— siguió también tras el ejército, pero con la orden de conservarse a cinco o seis quilómetros de la retaguardia.

Tenía Basilio que hacer la defensa en condiciones muy desventajosas por la inferioridad numérica de sus fuerzas y la escasez de municiones. Cuando éstas estaban a punto de agotarse, ordenó el abandono de la posición y la retirada al tranco, después de haber sufrido muchas bajas. Una lluvia helada y persistente que venía cayendo desde la madrugada, entorpeció acaso los movimientos del ejército perseguidor.

La situación, de cualquier modo, era dificilísima. No podía alejarse con rapidez porque con ello habría revelado su impotencia al enemigo, que hubiera caído entonces implacablemente sobre la reducida fuerza de la retaguardia revolucionaria. Por otra parte, para salvar el ejército era necesario obstaculizar en cualquier forma el avance de los gubernistas, no dejándoles terreno libre sino cuando ya fuese imposible contenerlos. Es la dura misión de la retaguardia en las retiradas, que cuanto mejor la cumple en más crítica situación queda, lejos de toda protección y junto al enemigo del que no debe desprenderse. Para alejarse era necesario aprovechar la oscuridad de l. noche, y en esos momentos eran sólo las dos de la tarde...

Muñoz dispuso que la división se retirara al tranco, con todos los jefes y oficiales a retaguardia. Se inició así una marcha tranquila, dando la impresión de que se iba bien, con protección segura más adelante. De trecho en trecho daban "vuelta cara", hacían una descarga y continuaban. El enemigo desconocía la fuga precipitada del grueso del ejército, y en vista de aquella actitud serena, sospechando una celada, avanzaba con suma cautela.

Al coronar la altura siguiente, extremando el recurso en un audaz alarde de sangre fría, Muñoz ordenó echar pie a tierra y sacar los frenos a los caballos. Un jefe veterano a quien le pareciera sobrado temeraria la orden, protestó ante el ayudante que se la trasmitía:

—¡Qué disparate! ¡Después de haber peleado tantas veces con el abuelo y el padre, venir a morir de esta manera a órdenes del nieto! ¿No sabe que no tenemos munición?

—¡Comandante, he venido a trasmitirle órdenes, no a preguntarle si trae o no trae munición!

La vanguardia de Muniz, viendo la confianza de que hacían gala los perseguidos, se detuvo... Había repetido así Muñoz la hazaña cumplida por su abuelo un siglo antes, de que se habla en otra parte de este libro...

De tanto en tanto, el enemigo desprendía por los flancos partidas sueltas para que, alcanzando la altura, vieran lo que había detrás. Entonces Muñoz las rechazaba, no dejándolas tomar posiciones dominantes.

Así se mantuvo hasta el oscurecer. En la noche hizo enfrenar y se alejó rápidamente. Quinientos hombres con las municiones agotadas, y sin protección, habían burlado a un bien pertrechado ejército de línea compuesto de ocho mil plazas...

° ° °

Aquella noche Muñoz marchó sin descanso bajo la lluvia que continuaba torrencialmente, amaneciendo a varias leguas de sus perseguidores.

El grueso del ejército, a marchas forzadas, había vadeado sucesivamente las corrientes paralelas de Valentines y Las Cañas, y se había corrido Arerunguá arriba, hacia la Cuchilla de Haedo. Muñoz no pudo hacer lo mismo. Retrasado del ejército en medio día, fue detenido por la creciente del arroyo Las Cañas, cuyas aguas estaban ya campo afuera. Juan, que hacía de retaguardia del grueso del ejército, alcanzó aún a cruzarlo, haciéndole chasque a su hermano para que apurara la marcha. Pero era tarde. La correntada impetuosa arrastró junto con árboles de la orilla arrancados de cuajo, los caballos que se echaron al agua. Un jinete pereció ahogado al intentar vencerla. Quedaba

así la columna insurrecta en una situación angustiosa, cortada del ejército, sin municiones, con el enemigo a la espalda y frente a un arroyo que no daba paso...

Con el objeto de que la gente no se diera exacta cuenta de lo que ocurría, Muñoz dio orden de ir acampando donde lo permitiera el terreno, y carnear. Al mismo tiempo destacó una pequeña guardia hacia las puntas del Valentines, al mando de Santiago Soria y Manuel Ibarra, con exploraciones a vanguardia.

Luego clavó en tierra unas varitas junto a la orilla del agua, para apreciar las variaciones sufridas por la corriente del arroyo. Sabría entonces si aumentaba o disminuía la creciente, según que las varitas fuesen arrastradas por el agua o que ésta se alejase de ellas. De esa forma calculó que si no eran atacados en la noche, podrían cruzar al amanecer. Así fue. Cuando aclaró se empezó a pasar las caballadas, haciéndolo en seguida la gente.

Eliminado el obstáculo de Las Cañas, la columna revolucionaria marchó entre este arroyo y el de Arerunguá para salir a Guayabos, sobre la Cuchilla de Haedo y juntarse al grueso del ejército.

Entretanto, Muniz, que no había podido cruzar Las Cañas, contramarchaba también como la columna de Muñoz, aguas arriba, con el propósito de despuntar la corriente y cortarle a éste la salida. Las dos fuerzas, pues, iban en la misma dirección, arroyo por medio, sin poderse ver a causa de la lluvia que seguía cayendo torrencialmente.

Se entabló así una carrera dramática, agobiados los insurrectos por las marchas incesantes de día y de noche, la falta de alimentación y el sobresalto terrible de encierro.

Próximo ya a la cuchilla, llegó Muñoz a una casa de comercio y se apeó de su montura. Apenas lo había hecho cuando oyó unas descargas hacia el lugar que acababa de pasar. Los jefes, emocionados, lo rodearon para felicitarlo... Aquel tiroteo significaba que por veinte minutos habían escapado al ejército de Muniz, que pudo sólo escopetear la pequeña retaguardia destacada al mando de Santiago Soria y Manuel Ibarra.

• • •

En la madrugada siguiente, en medio de una alegría indescriptible, se unieron al grueso del ejército. En éste se daba ya por sacrificada a la heroica División Durazno, con la cual no existía contacto desde que, tres días antes, quedara en Paso del Parque conteniendo el avance de Muniz. Durante ese término angustioso, la suerte de los defensores del paso había sido la obsesión constante de Aparicio, quien no cesaba de comentar con sus jefes:

—¿Qué será de la "Dos"? ¿Qué será de la "Dos"? ¡Han caído todos! ¡Ni dispersos llegan!...

Allí estaba, sin embargo, siempre invicta, la "Dos". Allí estaba, después de tres días vividos sin interrupción sobre el lomo del caballo, bajo la tenaz persecución del enemigo.

• • •

A pesar de las condiciones físicas en que se encontraba, Saravia quiso que la División Durazno continuase en la retaguardia. Tal era la confianza que inspiraba al ejército. Para aliviarla en el servicio puso junto a ella la división de Nepomuceno.

Cuando llegaron al Cerro de Lunarejo, en el departamento de Rivera, fue Aparicio a la carpa de Muñoz, diciéndole:

—Hay un gran alboroto en el ejército. Los jefes de división se han reunido y han resuelto venir a verlo para nombrarlo jefe de estado mayor. Así que vaya preparándose para recibir a esa gente.

Luego de una pausa prosiguió:

—Yo creo que sus amigos le hacen un flaco servicio, porque sería sacarlo del frente de su división, que se ha lucido tanto, para que ande por ahí con diez o doce lanceros.

Eran los colazos de los errores cometidos por el caudillo en Paso del Parque... Los jefes querían poner a su lado un entendido en materia militar.

La respuesta de Muñoz fue:

—Resueltamente, no acepto, general. Yo no dejo mi división. Ahí viene Gregorio Lamas en el ejército de Guillermo García que se nos va a incorporar. Es una persona capacitada para ese puesto.

En una asamblea de jefes, Lamas fue, pocos días después, designado jefe de estado mayor, cargo que hasta ese momento no existía en el ejército revolucionario.

• • •

El coronel Guillermo García venía a incorporarse a Saravia con una columna, fuerte de dos mil doscientos hombres, que marchaba por la frontera.

Esa incorporación, tan esperada por el ejército revolucionario, era obstaculizada sin embargo por el famoso caudillo Julio Barrios —ex-teniente de Saravia, al servicio ahora del gobierno—, quien al frente de una columna volante de quinientos hombres no daba punto de reposo a la fuerza de García. Valido de lo abrupto del lugar, que conocía como la palma de la mano, se aparecía repentinamente por un flanco, desplegaba una guerrilla y se perdía en seguida, después de un breve tiroteo. Horas más tarde volvía a aparecer en otra dirección, siempre de flanco, haciendo desfilar su caballería de dos en fondo con las caballadas intercaladas, con lo que simulaba tener mil y pico de hombres. A dos leguas de la ciudad de Rivera se hizo fuerte parapetándose en la Cuchilla Negra a una distancia de dos quilómetros de la boca de la sierra, con el propósito de obstaculizar desde esa posición el avance de García.

Enterado de la situación, Saravia hizo llamar a Muñoz, ordenándole que con 300 ó 400 tiradores de su división fuese a sacar a Julio Barrios de la sierra. Tomaba esa medida porque la fuerza de García, a pesar de su número, no estaba avezada en esa clase de lucha que le planteaba el astuto guerrillero gubernista.

De la forma como cumplió Muñoz la misión que se le encomendara, habla el hecho de que Julio Barrios debió internarse en el Brasil con sólo dieciocho compañeros y montado en pelo, ya que por la enmarañada senda que utilizara para huir no alcanzaban a pasar caballos ensillados...

Fue el comentado episodio de Cerros de Aurora, en el cual tanto coraje gaucho se derrochó por ambas partes. Los tiradores de la División Durazno realizaron allí una jornada hazañosa, escalando la escarpada sierra bajo una granizada de balas y desalojando al enemigo de peñasco en peñasco, de matorral en matorral, en una lucha encarnizada y sangrienta.

Por sus protagonistas y por la forma en que se desarrolló, presenta una rara similitud con la derrota infligida por el abuelo de Muñoz, en 1827, al caudillo riograndense Juca Teodoro.

• • •

El propio Basilio Muñoz participó de tal modo en la refriega, que escapó a duras penas con vida en uno de los tantos cuerpo a cuerpo de la acción.

Avanzaba su guerrilla empujando al enemigo por entre la maleza a escasísima distancia. Un sargento de los gauchos de Julio Barrios se detenía de trecho en trecho, retrasándose de sus compañeros, y descargaba certeramente su carabina sobre los perseguidores. Volvía entonces a cargarla, se atravesaba sobre el caballo girando en la montura, daba "vuelta cara" y nuevamente hacía fuego con imperturbable serenidad.

Muñoz venía avanzando en primera fila por uno de los flancos. Viendo el estrago que causaba el sargento con sus disparos, decidió aprovechar el momento propicio para atacarlo.

Se adelantó entonces por el costado guardando la distancia de flanco y simulando no reparar en el tirador enemigo, para caer de improviso sobre él, una vez que estuviera en su misma línea. Pero el sargento gubernista, que había adivinado su intención, también, por su parte, simuló astutamente no advertirlo. Al mismo tiempo que aparentaba repetir sus descargas hacia atrás, seguía de soslayo los movimientos del jefe revolucionario.

Cuando éste, ya muy próximo a su adversario, creyó sorprenderlo, cambió de rumbo y lo atropelló con ímpetu empuñando el sable. El otro, alerta, se volvió súbitamente y le volcó el arma a boca de jarro. Fue tan rápido y violento el encuentro que cuando el tiro estalló, el caño había pasado entre el brazo izquierdo y el cuerpo de Muñoz, llevándole la explosión un pedazo de la casaquilla...

Puso fin a la lucha un certero sablazo descargado simultáneamente sobre el bravo sargento.

* * *

Comentando el combate de Cerros de Aurora decía en la época *La Nación* de Buenos Aires:

"Dos tendencias opuestas, fuera de la diversidad momentánea de opiniones, dividen a los dos protagonistas del nuevo drama. Julio Barrios es el prototipo del gaucho guapo, de la naturaleza primitiva puesta al servicio de lo que considera derecho sin profundizar el alcance del vocablo; y Basilio Muñoz, hombre joven como aquél, con título académico, de distinguida familia uruguaya, es el representante del hombre de la ciudad puesto al servicio de un ideal revolucionario en que el espíritu civilizador de las ciudades es supeditado por el instinto primitivo del caudillaje de otras épocas."

NOTAS

1. De unos apuntes manuscritos de Basilio Muñoz.
2. Un hermano del general Saravia.
3. Véase la referencia que a este episodio hace Gregorio Lamas, en la interesante epístola dirigida a Muñoz que insertamos en la página 46.

CAPITULO IX

1904 (II)

La victoria parcial obtenida en Cerros de Aurora por la División Nº 2, y la incorporación de la fuerte columna del coronel Guillermo García, levantaron la quebrantada moral del ejército.

Repuesto del rudo golpe sufrido en Paso del Parque, Saravia, siempre rápido en sus movimientos, se lanzó de nuevo al sur, flanqueando el departamento de Cerro Largo. Muñoz partió en servicio de vanguardia rumbo a Durazno para ponerse en contacto con el general Benavente, y el grueso tomó la Cuchilla Grande rumbo a Minas.

Poco después de pasar por esta ciudad y emprender el regreso al norte en la dirección de Treinta y Tres, volvió a incorporarse Muñoz. Ahora, bajo la persecución del enemigo, se le va a encomendar de nuevo la retaguardia.

* * *

El ejército revolucionario, seguido por el general gubernista Benavente, vadeó el río Olimar por el Paso de los Carros. Basilio quedó en las proximidades del Paso de Palo a Pique, vecino de Muniz que esperaba a Saravia en el Rincón de Urtubey para cortarle la retirada al norte.

Al día siguiente Muniz avanzó hacia el Paso de Palo a Pique, manteniendo fuertes guerrillas con un comando de la división de Antonio María Fernández. La retaguardia protegía a éste con 380 tiradores.

Retiradas del paso las guerrillas de Antonio María Fernández, tomaron por la costa, siguiendo el curso del Olimar, hacia el Paso de Los Carros, mientras Muñoz tomaba por la cuchilla en la misma dirección. Antes de llegar a Los Carros, al frente de la pequeña retaguardia, fue alcanzado éste por el enemigo, fuerte de tres mil hombres. Al tiempo que esto ocurría, le llegaba orden de no comprometer pelea. Contestó que no tenía más remedio que contener a Muniz porque estando el paso todavía ocupado por algunas caballadas, debía cruzarlo con gran lentitud, desfilando de a uno y de a dos.

Escalonó sus escuadrones, unos sobre la última altura anterior al paso y otros en la orilla del monte, a la derecha y a la izquierda del desfiladero, y pasó al otro lado bajo el fuego concentrado del enemigo Pero hecho el pasaje recibió una nueva orden, contraria a la de quince minutos : ¡ue defendiera el .so costara lo que costara. Tuvo en consecuencia que improvisar la defensa sobre un terreno completamente desconocido.

Con la precipitación consiguiente dio orden de echar pie a tierra y romper el fuego. Así se inició la acción del Paso de Los Carros, sangrienta como pocas, que constituyó un nuevo revés para las armas de la revolución.

Un terrible fuego de infantería y artillería convergía sobre la posición defendida bizarramente por los soldados de la División Nº 2. En la mism boca del paso peleaban los escuadrones de Pedro Muñoz, hermano de Basilio, de los hermanos Pintos, de Ibarra y de Quiroga, soportando a costa de enormes bajas un verdadero vendaval de plomo. Los disparos se hacían río por medio, a una distancia de quince a dieciocho metros, y los insurrectos tenían humor bastante, en medio del estrépito del combate y de la muerte sembrada a su lado, para jugar al blanco sobre las cabezas adversarias apostando cigarrillos...

Viendo Pedro que su escuadrón se concluía, mandó pedir protección a Basilio por intermedio del capitán Tomás Hernandorena, tío del heroico muchacho que intentara proteger a Chiquito Saravia en Arbolito. Hernandorena fue a cumplir su misión atravesado por tres balazos, y dejando en el suelo, con graves heridas, a tres de sus hijos.

—Coronel: de parte del comandante Pedro Muñoz, que le mande protección porque se le concluye la gente.

—Dígale al comandante que ya que le ha tocado ese puesto, sacrifique el resto. Ya voy a ordenar la retirada.

El capitán Hernandorena, transfigurado de heroísmo, cerró aquel diálogo de historia antigua con un gesto que conserva vivo la tradición. Olvidándose de sus hijos caídos y de sus herid..s sangrantes, agitó en alto el sombrero y gritó:

—¡Viva a División Nº 2!

No se podía resistir más. Muñoz ordenó la retirada. Las pérdidas sufridas hicieron de aquella acción un verdadero desastre. Perecieron allí trece comandantes, lo que da una idea de la proporción de las bajas. Pedro Muñoz, que entró a combatir con cincuenta y siete hombres, se retiró con sólo diecisiete...

* * *

El contraste de Guayabos ocurrido poco después, en el que se perdiera todo el armamento que Abelardo Márquez conducía para el ejército de Saravia, fue un golpe de muerte dado a la revolución.

Reunida entonces una junta de jefes, se decidió buscar al coronel Galarza, que mandaba el ejército gubernista del sur, para sostener un encuentro decisivo con los elementos de que se disponía.

Tuvo lugar así la batalla de Tupambaé, de la

que se ha dicho que es la más importante acción de guerra librada en nuestro suelo.

• • •

Sobre la explanada de la Cuchilla Grande, en un escenario de áspera y fría grandeza, se produjo una tarde gris de junio el choque de los ejércitos contrarios.

La ofensiva correspondió por entero a las fuerzas revolucionarias. Después de un brillante despliegue en abanico hecho al galope de las caballerías bajo el soplo del pampero, el centro y el ala derecha tendieron sus líneas frente al enemigo, que había tomado posición en las primeras estribaciones de los cerros de Tupambaé. Entre tanto la izquierda, formada por la División Nº 2, protagonista de los más culminantes episodios de aquella jornada, iniciaba la acción con un avance violento.

Seis días antes Saravia había resuelto la composición de la vanguardia, manteniendo con Muñoz este diálogo que tomamos de la documentada obra "Tupambaé", del doctor Fernando Gutiérrez:

"—Formaré la vanguardia con las divisiones de Cerro Largo, Nepomuceno, Pancho y alguna otra —insinuó Saravia a Basilio Muñoz.

—Y la mía, si usted quiere —contestó Basilio.

—Muy bien; su división formará parte de la vanguardia —epilogó Aparicio."

Producido el primer choque con el enemigo, Saravia notó desde lo alto de la Cuchilla Grande que la vanguardia de éste se encontraba en situación comprometida, bastante separada del ejército. Concibió entonces la idea de cortarla, ordenándole a Muñoz que la cargara de flanco por el ala izquierda. Apenas recibida la orden, observó este último que el batallón 4º de Cazadores, ocultándose por una quebrada de la sierra, marchaba sigiloso en protección de la vanguardia gubernista, con la mira de batir, desde una posición dominante, los escuadrones avanzados de la División Nº 2. Rápidamente calculó el tiempo que el batallón emplearía en llegar a su objetivo, y se propuso frustrar su plan. Dejamos la palabra al doctor Gutiérrez, combatiente también aquel día en el ejército insurrecto:

"Es clásica la hazaña que realizó la División de Basilio Muñoz, el jefe divisionario que más se distinguió en la acción del primer día, al punto de que su nombre irá siempre unido al recuerdo de la memorable victoria revolucionaria.

"Basilio Muñoz reveló allí ser un jefe de brillante iniciativa; nada diremos de su valor que es proverbial en todos los de su estirpe. La rapidez con que salió al encuentro del 4º de Cazadores decidió el resultado del encuentro. Partió a galope, casi a la carrera, ejecutando la maniobra más brillante de aquella tarde, y tendió su guerrilla en el punto en que se iniciaba el declive del cerro. El 4º de Cazadores asomó en aquella eminencia formado en columna, y su primer escuadrón, con Genaro Caballero al frente, fue materialmente barrido por los certeros disparos, hechos a «boca de jarro» por los soldados de la revolución.

"Fue tan violento el avance de la División Nº 2, que el 4º de Cazadores no pudo resistir el choque, y peleó hasta que la derrota se produjo completa en sus filas. El bravo Genaro Caballero estaba a veinte metros de los revolucionarios cuando fue herido de muerte."

• • •

Es a continuación de esta carga que tuvo lugar un episodio que ha llegado a ser legendario.

Basilio Muñoz, que iba a la cabeza de la guerrilla, continuó avanzando luego del choque, tras un clarín enemigo con la intención de hacerlo prisionero. Como vestía, según su costumbre, uniforme militar, el clarín lo confundió con un jefe gubernista y le preguntó:

—¿Qué toco, coronel?

—¡Toque ataque!

Pero habiéndose Basilio abalanzado sobre él al mismo tiempo, reconoció de inmediato su error y dándose a la fuga con grandes gritos puso alerta a sus compañeros.

Llevado de su temeridad, el jefe de la "Dos" se encontraba solo, en el centro de una compañía del 4º. El más tarde general Manuel Dubra, que la mandaba, advertido por el clarín, dio en seguida voz de fuego. Pero Basilio, que estaba a pocos metros de la línea, atropelló con una celeridad inverosímil, llevando por delante a un alférez y pechándose con el mismo Dubra, quien le hizo dos disparos de revólver que no dieron en el blanco. Entretanto a Basilio se le enganchaba el sable en el faldón del capote...

Cuando después del choque salió por la izquierda de la línea, una nueva descarga le mató el caballo. Dando por muerto a Muñoz y creyendo en la confusión que se encontraba cortado por la gente de éste, abandonó Dubra el campo rápidamente haciendo desfilar su compañía por una quebrada.

Veamos ahora el balance impresionante que de aquel romancesco episodio hizo más tarde Leoncio Monge, secretario de Basilio Muñoz:

"Su salvación fue providencial: el capote que llevaba, el mismo que usara Diego Lamas en la campaña de 1897, tenía tres agujeros de bala; las dos botas baleadas en la caña; la vaina de la espada partida de un balazo, y para que nada faltase, la estribera y la cabezada mostraban las señales de haber sido visitadas por el plomo enemigo. Por su parte el valiente parejero, que se estremecía cada vez que era herido, recibió seis balazos, y sólo cayó cuando su jinete estaba en salvo."

Vale la pena decir de paso que el caballo que montaba Muñoz fue factor, acaso decisivo, de su salvación. Ese día pensaba entrar en pelea con otro inferior, previendo que se lo iban a matar, como era ya habitual en todos los combates en que intervenía. Pero su ayudante Saturno Irureta Goyena le hizo traer ensillado aquel noble caballo, que mantuvo sus energías en el terrible entrevero mientras existió el peligro. Visitando Saravia más tarde el terreno, encontró su cuerpo cincuenta metros más allá del lugar que ocuparon las guerrillas enemigas...

El mismo Monge relata así el epílogo de la incidencia:

"Basilio salió a pie, y a poco andar, se encontró con su hermano Silvio, que traía prisionero a un capitán Bonavía, y a otros más; se juntó a él y salieron, conversando tranquilamente, al encuentro de unos pocos hombres que venían, que resultaron ser sus hermanos, los jefes Juan y Jacinto Muñoz, quienes acompañaban, como he dicho, unos pocos hombres. Después del entrevero iban reuniendo su gente para incorporarse a la columna desarmada de la división y recorriendo el campo por si había quedado algún herido abandonado."

La prensa de Montevideo y Buenos Aires dio con insistencia la noticia de la muerte de Muñoz. No es de extrañar, porque en el propio ejército revolucionario la falsa versión circuló durante varios días

• • •

En el choque con el 4º de Cazadores, cayó heroicamente un valiente muchacho abanderado de la División Nº 2, Leoncio Daguerre. Una historia de simple viril belleza va unida al recuerdo de su muerte.

En la época de la Guerra Grande sirvió con el general Basilio Muñoz un amigo y vecino suyo, don Ber-

nardino Dagœerre, francés de origen, quien tuvo entonces un valeroso comportamiento.

Cuando la revolución del 70, don Bernardino se presentó al hijo del que había sido su jefe, otro Basilio Muñoz, y le dijo:

—Yo ya no estoy en situación de combatir, pero le traigo a mi hijo León para que luche a su lado como yo luché junto a su padre.

León, muy joven, acababa de regresar de Francia, donde había cursado sus estudios.

En 1904 don León Daguerre, el muchacho del 70, se presentó a su vez al tercer Basilio Muñoz diciéndole:

—Una vez mi padre me llevó ante el suyo para que a sus órdenes luchara por la patria. Ahora vengo yo a traerle mi hijo para que con usted aprenda también a defenderla.

Leoncito Daguerre —como lo llamaban sus compañeros y lo sigue llamando la tradición— era un rubio adolescente de 17 años. Bravo como sus ascendientes, había sido hecho abanderado de la división y en ese puesto murió atravesado de dos balazos en la valiente carga de Tupambaé. Cuando fue derribado por los disparos mortales, se preocupó, en un supremo esfuerzo, de clavar la bandera en tierra, gritando a sus compañeros:

—¡No la dejen caer! ¡No la dejen caer!

Otro arrojado combatiente de la División Durazno, Salvador Olivera, que salió de la batalla acribillado de balas, recogió la bandera que tan virilmente fuera defendida por los brazos casi infantiles de Leoncito.

* * *

La noche del primer día sorprendió a los enemigos desangrados y exhaustos. Al día siguiente continuaron tiroteándose, aunque no con la misma intensidad, hasta que ambos ejércitos se retiraron del campo de batalla. Muñoz, sin embargo, a cargo de la retaguardia, permaneció en el sitio.

En la mañana del tercer día tuvo lugar una histórica asamblea de jefes revolucionarios para decidir si se habría o no de continuar luchando. El ejército estaba rendido y sin municiones. El jefe de estado mayor manifestó que militarmente estaba todo terminado, siendo de su opinión la mayoría de los deliberantes. Aparicio y Muñoz sostuvieron por el contrario que quedaban elementos como para seguir combatiendo. El coronel Visillac, a su vez, expresó que él era un subalterno y que por tanto su opinión era la de sus superiores.

En vista del espíritu derrotista de la reunión, cuyo debate dramático fue breve y tajante, Aparicio se levantó diciendo:

—Bueno, coronel Lamas: usted siga con el grueso para el norte, que yo con mis hermanos Pancho y Mariano y mi hijo Nepomuceno, voy a continuar peleando.

Intervino enseguida Muñoz:

—Supongo general que no dejará de contar con mi división.

* * *

Basilio permaneció de servicio avanzado hasta que el enemigo emprendió la retirada. Iniciada ésta acompañó a Aparicio en la audaz persecución realizada entonces sobre Galarza hasta las Pavas[1] donde el jefe gubernista recibió refuerzos y municiones, obligando a los insurrectos a replegarse al norte.

Vadeado el río Negro, una parte fue a Santa Rosa a recoger un armamento. Para lograr su objetivo debió tomar el pueblo casa por casa, en un sangriento combate que costó la vida a un distinguido jefe de la División Durazno, Dalmiro Coronel.

Muñoz había quedado entre tanto en Isla Cabellos con el grueso del ejército a la espera del armamento de Santa Rosa. Llegado éste los revolucionarios se lanzaron en busca del enemigo, sosteniendo sobre la Cuchilla Negra, dos meses después de Tupambaé, la batalla final de Masoller.

* * *

La tarde antes de la acción, el general gubernista Escobar pasó adelante, por el flanco derecho de la vanguardia revolucionaria de la que era jefe Muñoz, y tomó los históricos cercos de piedra de Masoller. Muñoz quería atacarlo esa misma tarde, sobre la línea del Brasil antes de que se incorporara el general Vázquez y con ese objeto mandó ensillar y marchar. Aparicio no se lo permitió e hizo acampar las divisiones, sosteniendo equivocadamente que Escobar, en caso de ser atacado, iría a refugiarse en la guarnición de Rivera. Aquél por su parte, entendía que el jefe enemigo no haría tal cosa porque cumplía órdenes militares.

Escobar estaba perdido. Cortado a muchas leguas del ejército, no tenía más escape que el Brasil. El jefe de la División Durazno señaló por dos veces ante Saravia, por intermedio del doctor Bernardo García, la necesidad de atacarlo. Como aquél no desistiera de su propósito, fue todavía a entrevistarse personalmente con él, manteniendo en la noche un extenso cambio de ideas. Pero Aparicio permaneció en su error.

A las nueve horas de la mañana siguiente Vázquez se incorporó a Escobar, teniendo tiempo todavía de explorar el campo antes de iniciarse la batalla. Ésta no dio comienzo hasta las tres de la tarde.

La primera división revolucionaria que entró en pelea, fue la Nº 2 bajo un intenso fuego de fusilería y artillería. Otras la siguieron, pero no contaron con la protección eficaz que exigían las circunstancias. Cuatro o cinco mil hombres quedaron sin combatir. Al caer la tarde, sin embargo, el ejército enemigo se retiró lentamente quedando los insurrectos dueños del campo.

Fue en esas circunstancias como cayó herido Aparicio. Muñoz estaba con José Francisco Saravia controlando la distribución de municiones, junto a los cercos de piedra de donde habían desalojado al enemigo. Desde allí vieron acercarse a Aparicio, que al trote lento venía seguido de su abanderado y ayudante. Una guerrilla enemiga de 15 ó 20 hombres que se retiraba en dispersión, hacía en esos momentos un tiroteo desgranado a un quilómetro más o menos de distancia. Basilio descuidó por un instante su tarea para atender al capitán Lisandro Rodríguez, que inesperadamente cayó a su lado muerto de un balazo en la cabeza. Estaba en ello, cuando Nepomuceno llamó su atención señalando el grupo donde venía Saravia:

—¡Mire! ¡Han herido al general!

Uno de aquellos disparos perdidos había efectivamente alcanzado al célebre guerrillero. En una camilla hecha con maneadores y cojinillos sobre una lanza y el asta de la bandera de la División Durazno, fue retirado al parque y de allí a la estancia de la madre del caudillo Juan Francisco Pereyra en el Brasil.

* * *

La ausencia de Saravia —que moriría nueve días más tarde— quebró por completo la moral del ejército revolucionario, en un momento en que la suerte de las armas le era favorable.

La misma noche de la batalla se improvisó una reunión de jefes —a la cual, por razones nunca aclaradas, no fue citado Basilio Muñoz— decidiéndose la retirada al Brasil. Esto último fue enseguida puesto en práctica por muchos, quienes cruzaban la línea después de

abandonar las armas. Muñoz, junto con Nepomuceno y otros compañeros, realizó desesperados esfuerzos para reorganizar el ejército, logrando que al otro día se llevase a cabo una nueva reunión de jefes. En ella se designó entonces un comando integrado por Basilio Muñoz, Juan José Muñoz y José T. González, encomendándosele al primero —que recibió allí el grado de general— la jefatura de las operaci ıes militares.

Reorganizado el ejército, aunque dominando todavía un manifiesto espíritu de desaliento y de desorden que no pudo conjurarse, marchó a través de Rivera, vadeó el río Negro interná dose en el Brasil y fue a entrar en Cerro Largo por las Sierras de Aceguá.

Allí comenzaron las negociaciones de paz En aquellas condiciones, casi anárquicas, el ejército no podía seguir adelante. Bajo bases honrosas la paz fue firm d en pocos días, nueve meses después de haber comenzado la guerra. [2] Se ponía término así a aquella contienda desencadenada contra la voluntad de los hombres po un fatalismo histórico, y en la cual tanta sangre de hermanos se había vertido heroicamente.

NOTAS

1. Al separarse del ejército las divisiones perseguidoras, el Jefe de Estado Mayor, Gregorio Lamas, cuyo pesimismo en aquellas circunstancias hemos visto, le envió a Muñoz esta interesante comunicación de carácter confidencial, inédita hasta hoy:

"Señor coronel Basilio Muñoz (hijo):
Presente.

Mi apreciable coronel.

Creo que haya llegado a sus manos la otra mía que en el mismo carácter le dirigí el día antes de la acción, por la que le avisaba que tanto sus deseos como los míos de que formara usted parte de la vanguardia del ejército serían realizados.

Debo felicitarlo y felicitarme; el resultado es conocido de todos. Sólo me permito recomendarle que al continuar usted en ese puesto no olvide que toda circunspección es poca y que emplee su conocido criterio militar para que su **compañero y jefe** de persecución no se **engolosine** con la presa y que la persecución brillante de Tupambaé vaya a convertirse en lo que terminó la no menos brillante que comenzó en la Ternera.

Lo saluda su camarada y amigo,

G. Lamas."

2. En esas circunstancias Basilio Muñoz envió a un amigo colorado la carta que transcribimos a continuación. La debemos a una deferencia del señor Rogelio Fontela

"Ejército Nacional. - Cuartel General

Señor...

Antes que el interés partidario está el interés general. Las grandes abnegaciones partidarias tenían que responder al llamado angustioso de la Patria. De ahí la paz que acabamos de concertar con el gobierno, sin que para ello se haya exigido más que la verdad del sufragio libre y el respeto a nuestros derechos

Es de esperarse que el país, después de las anormalidades que circunstancias especiales nos obligaron a tolerar, entre de lleno en el reinado de las instituciones. Ése es mi anhelo.

Creo que he procedido bien y eso me basta. Sé que me fustigarán pero no me importa Me someto al juicio histórico.

Campamento en Nico Pérez, octubre 17 de 1904.

B. Muñoz (hijo)."

CAPITULO X

El guerrillero

La personalidad guerrera de Basilio Muñoz ha llegado a las nuevas generaciones rodeada de una aureola de heroísmo de leyenda. Mil veces los labios de viejos actores de las jornadas revolucionarias, han desgranado ante auditores asombrados la historia de su vida hazañosa.

Es expresiva síntesis de esa visión del guerrillero a través de la tradición oral, una página del escritor Justino Zavala Muniz, que figura en su obra "La Revolución de Enero". Tiene la doble significación de pertenecer a un adversario tradicional de Muñoz —nieto de quien fuera uno de sus m encarnizados enemigos en la guerra, el general Justino Muniz— y haber sido inspirada en recuerdos recogidos directamente entre los hombres que fueron testigos de sus actos. Dice así la hermosa evocación:

"Viene de los tiempos en que el coraje se alargaba hasta las puntas de las lanzas y los hombres se miraban a los ojos para matar o morir en los entreveros, en los que el trabuco era lento y el puñal un relámpago. Lo recuerdan los viejos labios del campo cuando se iluminan con las estampas de las antiguas crónicas que ilustra las melenas blancas de los c·· dillos, los vivos rojos y celestes de los chiripás, con sonidos de lloronas en las botas de potro y de coscojas en los frenos plateados.

"Es un claro recuerdo de nuestra infancia emocionada, galopando audaz a chocar con la escolta de Muniz en la cuchilla ocre de Arbolito en el 97, y en las resistencias cruentas de las retiradas ante la presión violenta de nuestro abuelo en los días de 1904.

"Sangre de caudillos; nombre de ellos, los suyos, que eran tradición en un tiempo de los pagos, que hoy es ya tradición para nosotros.

"Decíase que era pulcro, cordial y suave en el vestir, los movimientos y el trato; y que eran los campos de las guerrillas y los entreveros, como salones alfombrados de verde y rojo, en los que él lucía un valor ju· il, presumido y elegante.

"Vestía como un oficial de gabinete, y hablaba con la cortesía de aquellos señores españoles del coloniaje.

"Frente a los gauchos que le descargaban el trabuc le arrojaban las boleadoras, él adelantaba el sable, firme en la mano enguantada.

"Así lo hizo en nuestra imaginación el relato unánime de los que lo vieron en los combates; con sonrisa cordial y palabra sobria en los labios de Muniz, con gestos asombrados en los rostros ingenuos de los paisanos."

* * *

Resalta en toda evocación del guerrillero su valor temerario. Tal como lo describe Zavala Muniz —de una fineza elegante en la exterioridad personal y en el temple del espíritu, que no abandonó ni aun en medio del entrevero bárbaro— entraba y salía de la pelea con una serenidad que subyugaba. Era la admiración de compañeros y adversarios su impasibilidad en los momentos de peligro, su indiferencia suprema ante la muerte.

Esa temeridad tranquila era otra cosa que el impulso enceguecido del montonero. Pero lo que no ha sido sospechado es que tenía por fundamento una meditada filosofía, que hemos de consignar como documento psicológico del más alto interés.

En conversaciones íntimas, Muñoz ha hablado alguna vez de la influencia profunda ejercida en su espíritu por una de sus lecturas de juventud: las disquisiciones socráticas sobre la muerte, en el proceso del filósofo ateniense.

"Ni ante la justicia, ni en la guerra —decíales magníficamente Sócrates a quienes lo juzgaban— debe tratar el hombre honrado de salvar su vida acudiendo a todos los recursos. Ocurre frecuentemente en los combates que pueda salvarse con facilidad un hombre arrojando las armas y pidiendo cuartel al enemigo; lo mismo ocurre en los demás trances peligrosos: mil expedientes se halla para rehuir la muerte, cuando el hombre es capaz de decir y hacer todo lo necesario para ello. No es nada difícil evitar la muerte, atenienses; pero sí lo es evitar aquéllo que es causa de vergüenza; ésta acude con mayor rapidez que la misma muerte." "Cosa cierta es, oh, atenienses, que cuando algún hombre ha escogido un puesto, teniéndolo por más honroso que otro cualquiera o si ha sido para él designado por su jefe, allí debe permanecer firme, sin pensar a mi juicio, ni en la muerte ni en nada, por terrible que sea, sino en la propia honra ante todo."

El riesgo de la muerte, poca cosa es al lado del de caer en el deshonor. ¿Vale acaso la pena afrontar la vergüenza de un gesto cobarde para conservar la vida, bien fugaz, si es que es en definitiva un bien? La varonil y templada filosofía de' griego, fue a actuar sobre un fondo ancestral de antigua cepa española; y hay así en el guerrillero revolucionario, junto al despego racional por la materialidad de la vida, de la sabiduría clásica, aquella elegancia del ánimo que era, en el fondo, la ley estética del honor caballeresco.

* * *

Ha existido además en Muñoz —sea dicho también a título de documento psicológico— la convicción fata-

lista de que la muerte no habría de llegar sino en su hora precisa.

Se vincula a tal convicción la existencia de una curiosa reliquia de familia. Según la tradición, fue una china misionera quien regaló cierta vez al abuelo, un pequeño amuleto con la virtud milagrosa de apartar las balas de quien lo llevara sobre sí. El abuelo lo usó invariablemente en todos sus combates desde que fue su poseedor, no siendo jamás herido. Poco antes de morir en su exilio de Entre Ríos, en 1869, pidió que después de su muerte —junto con otros objetos de su uso personal— fuese enviado a su familia. Su hijo no quiso usarlo; pero cuando en el 75 el nieto inició su vida revolucionaria, el amuleto pasó a sus manos. Lo ha usado desde entonces, llevándolo encima en sus treinta y dos acciones de guerra. Tampoco ha sido herido nunca...

En las tradiciones de la familia la historia de la reliquia va unida a la de una célebre promesa religiosa hecha en Melo por la abuela, doña Dorotea Galván, mujer de gran fervor católico. Había pedido que durante varias generaciones ningún Muñoz de nombre Basilio fuese herido en la guerra, lo que hasta ahora no ha dejado de cumplirse...

Digamos de paso que Muñoz no profesa ideas religiosas.

* *

Si por su valor fue la figura acaso de mayor atracción individual en las jornadas revolucionarias de 1897 y 1904, como jefe militar su actuación fue descollante. Lo hemos visto ya en el relato de las campañas.

Descendiente de caudillos, formado en un ambiente guerrero y semi feudal, su vocación dominante fue la de las armas. Impulsado por ella se trasladó en su juventud a Buenos Aires, a cursar estudios en el Colegio Militar. Factores extraños le impidieron cumplir su propósito, y entrando poco después la república en una etapa de paz que prometía ser duradera, tomó otro rumbo y obtuvo un título universitario.

Más tarde, cuando el proceso histórico del país desencadenó de nuevo las guerras civiles, la vieja vocación surgió nuevamente, ahora como un imperativo del deber ciudadano. Muñoz se lanzó entonces a una intensa preparación autodidacta en materia militar. Leyó mucho, escogiendo los mejores autores europeos y americanos, entre éstos principalmente los argentinos. "Hombre instruido, hijo de guerreros y de grande vocación militar —dijo en una semblanza suya el escritor Javier de Viana, soldado revolucionario en 1904— ha estudiado mucho y desde los comentarios de César y el memorial de Napoleón hasta los tratados de táctica, creo que ha devorado cuanto libro de milicias ha caído en sus manos."

La eficiencia militar fruto de su preparación teórica robustecida por la experiencia revolucionaria, lo colocó en una posición destacada en el ejército de Saravia. Muchas acciones decisivas de la revolución se debieron a su iniciativa y estrategia, consagradas brillantemente en la maniobra de Tupambaé. Fue así como, cuando se trató de nombrar un jefe de estado mayor, se pensó en él antes que en otro, para ocupar aquel cargo de tanta responsabilidad.

* * *

La División Nº 2, que lo tuvo como jefe, fue de las más numerosas y meritorias del ejército.

La columna principal estaba constituida por gente de Durazno, que le daba nombre a la división; pero había además en ella contingentes de todos los departamentos del interior, que preferían combatir desde sus cuadros. La organización de aquel cuerpo, de actuación tan destacada, fue el resultado de una paciente labor personal de Basilio Muñoz. Desde la movilización, no descuidó una sola oportunidad, por insignificante que pareciera, para darle cohesión y disciplina.

A este respecto ha escrito Javier de Viana en la semblanza —de valor documental por provenir de un testigo— que acabamos de citar: "De conversación alegre y amena, de carácter noble y generoso es quizá el mejor *jefe* del ejército nacionalista. Siendo en el servicio extremadamente severo, ha logrado formar una división modelo, una división que cuenta con más de dos mil hombres, bien armados, bien organizados, bien disciplinados, y además ciegamente afectos a su jefe que es para todos un padre cariñoso y un guía avisado. Lo quieren, lo respetan y lo siguen sin titubeos. ¡Y eso que él los lleva siempre a conversar con la muerte!"

La división tenía su estado mayor propio y contaba con quince o dieciséis comandos con sus oficialidades correspondientes, que dirigían los regimientos efectivos y los escuadrones agregados.

Reinaba en ella un espíritu de cuerpo y una disciplina que nada tenían que envidiar a los de un ejército de línea. Se habían logrado con firmeza pero al mismo tiempo con tacto, en forma insensible, sin violencias para nadie. Ninguna falta por mínima que fuese, era allí perdonada; pero al infractor se le explicaba la razón de la pena y la importancia que tenía para el mantenimiento de la moral del ejército. No impedían su aplicación, por otra parte, consideraciones de grado o de afecto. En cierta ocasión Muñoz arrestó junto con otros oficiales a su propio hermano Juan, 2º jefe de la división, por una ruidosa disputa promovida en las filas. La División Durazno realizaba así el tipo ideal de la milicia ciudadana.

* * *

Muestra bien el espíritu existente en su seno, una pintoresca anécdota de la campaña.

Avanzaba el ejército por el departamento de Flores a la altura de Arroyo Grande, cuando de pronto saltó al lado de la columna una pareja de liebres. Este animal que recién empezaba a propagarse en el país, era completamente desconocido por la gente del norte. Los hombres de la División Durazno, que lo veían por primera vez, se lanzaron sin reflexionar, preparando las boleadoras, a darle caza en medio de una algazara infantil. Entre los más entusiastas se encontraban algunos integrantes de la misma escolta de Muñoz, con su jefe, Justiniano Gauna, al frente.

Muñoz envió enseguida al resto de la escolta y a sus ayudantes a arrestar a los improvisados cazadores. Gauna no dio lugar a que lo prendieran. Trayendo una liebre de las patas se presentó a Muñoz, que a duras penas contenía la risa, y con un contento de colegial por la pieza cobrada, que no podía disimular, le preguntó cuadrándose militarmente.

—¿Cuántos días de arresto, coronel?

—Quince, mayor.

—¡Muy bien! Muchas gracias, coronel.

* * *

Hombre de poderosa y admirada memoria, Muñoz tenía presente el nombre, lugar de origen y condiciones de todos los soldados de su división.

En esa forma sabía quién era el hombre que debía emplear en cada caso para el cumplimiento de los distintos cometidos exigidos por el servicio. En especial durante las marchas que de día y de noche realizaba incansablemente el ejército revolucionario, hacía actuar de baqueanos a los soldados oriundos del lugar

que se cruzaba, lo que era posible por tener a sus órdenes gente de distintos departamentos.

Siempre que era necesario así recurrir a un individuo determinado, lo hacía llamar por su nombre personal.

* * *

La División Nº 2, como ya lo hemos visto, desempeñó un papel de decisiva importancia en la contienda de 1904. Destinada siempre a las posiciones de mayor responsabilidad, sacrificada y heroica, fue el nervio y la llave del ejército.

Ello no hubiera sido posible, seguramente, sin la existencia de una aguerrida oficialidad —en la cual había muchos veteranos, viejos soldados del abuelo y del padre de Muñoz—, diezmada cien veces por la metralla gubernista, y cien veces reorganizada en el mismo campo de pelea. Había sargentos que llegaban a capitanes en el curso de la campaña, porque los capitanes y los tenientes habían quedado tendidos en los sangrientos cuerp a cuerpo de los entreveros. Viven aún algunos de ellos, y han sido varios los que han servido todavía con su antiguo jefe en la revolución de enero de 1935.

He aquí el cuadro de los jefes de la División Nº 2:

Jefe de la división: Basilio Muñoz.

Segundo jefe de la división: Juan Muñoz.

Jefe de estado mayor: Rafael Zipitría.

Jefes de la escolta de Basilio Muñoz: Justiniano Gauna, Carlos Zuaznábar, Manuel Bavio.

Jefe de la escolta del estado mayor: Lino Rodríguez.

Ayudante mayor y secretario: Dalmiro Coronel.

Ayudantes: Saturno Irureta Goyena, Leoncio y Anselmo Monge, Evaristo Ubal, Guillermo Amespil, Eduviges y Zenón Crossa, Froilán Martínez, Juan Moreira y Juan Beretervide.

Abanderados: León Daguerre y Vicente Arriada.

Clarín de órdenes: Félix Silva.

Regimiento Leandro Gómez: Juan y Pedro Muñoz, Pablo Botana, Francisco Crossa, Teodoro Saracho, Dionisio Correa, Dionisio Millán, Santiago Reynaldo.

Regimiento Sarandí: Juan y Pedro León, Nicolás Segredo, Ricardo Peña, Pedro y Francisco Puchet, Carlos Uría.

Regimiento Canelones: Abdón Rodríguez, Andrés Pereira, Faustino Montenegro, Carmelo González, Carmelo Bruno, Santiago Zalazar, Jerónimo Paredes, Isabelino Quiroga, Isaac González, Jaime Craidaglie, Eulogio Pintos, Braulio Castaños, Pedro Puentes, Bruno Ocampo, Silvano Blanco, Teodoro Cor, Prudencio Soria, Pedro Vega, Nicolás Botana, Santiago Soria, Eduardo Lameira.

* * *

Todos los hermanos de Muñoz continuaron la tradición militar de la familia.

Sirvieron en su división: Juan, Jacinto, Elías, Pedro y Medardo. Silvio, que vivía en Cerro Largo, combatió con el grado de mayor en la división de este departamento.

* * *

Juan Muñoz se convirtió con el tiempo en un caudillo de gran ascendiente, a diferencia de Basilio, que nunca lo fue.

Nacido en 1863, acompañó a su padre en el exilio del 85 y luego en la movilización del año siguiente, cuando aquél hubo de plegarse a la revolución popular del Quebracho. Cuando se produjo el primer movimiento saravista abandonó sus habituales tareas de campo para correr la suerte de la aventura, y hemos visto cómo, terminada ésta, fue internado en Bagé por las autoridades brasileñas. Luego siguió actuando junto a su hermano, a quien acompañó siempre, con la bravura característica de la estirpe, en las campañas de 1897 y 1904, recibiendo un balazo en la cara en el combate de Cerros de Aurora. Murió en Cerro Chato, en 1927.

En el largo período de paz que después de 1904 se abrió en el país, Juan Muñoz, que no abandonó nunca su vida de campo, participó activamente en las luchas electorales de su partido, consagrándose como el más prestigioso caudillo regional de la república en los últimos tiempos. Fue una singular personalidad, merecedora por sí sola del libro. Contrariamente al tipo común de caudillo campesino, era la suya una autoridad moral, en el sentido superior de la palabra. Espíritu generoso. austero y de una ilimitada ponderación de criterio, se le ha considerado por estadistas de fuste como uno de los hombres mejor dotados que haya producido el país. Siendo de esc 1 instrucción, hombres de cuatro departamentos —Durazno, Cerro Largo, Treinta y Tres y Florida— y muchas veces de la misma capital, llegaban hasta él como ante un patriarca antiguo en busca de consejo.

CAPITULO XI

Las últimas protestas armadas

Hecha la Paz de Aceguá, el país entró en una nueva etapa de su historia. La guerra civil de 1904 fue la última gran contienda armada entre los dos partidos tradicionales, que tantas habían librado en sus casi ochenta años de existencia. Después de ella se inició un proceso político que habría de culminar en 1917 con la consagración de la coexistencia pacífica de ambos bandos en el seno de las instituciones representativas, solucionándose así el mal histórico de la república: el gobierno excluyente del partido ocupante del poder, y la reivindicación inevitablemente violenta de sus derechos por el partido del llano.

Ese proceso de afirmación democrática iniciado después de 1904, tuvo sin embargo sus contratiempos. El partido opositor, que siguió proscrito de la gestión gubernamental, hubo de recurrir todavía a la abstención cívica y a la protesta armada. Eran los últimos coletazos de un pasado turbulento, que no pudieron ser impedidos por la voluntad de los hombres de los dos partidos

° ° °

Poco después de firmada la Paz de Aceguá —antes de finalizar el mismo año 1904— tuvo lugar una interesante entrevista personal de Muñoz con el presidente Batlle, cuyo tema central fue, precisamente la situación creada al país por las luchas históricas de los partidos tradicionales.

La provocó un amigo común Dionisio Trillo en la casa particular de Batlle, cierta ocasión en que accidentalmente pasaba frente a ella en compañía de Muñoz. Batlle había tenido con éste atenciones especiales cuando en seguida de la paz, fue a radicarse en Montevideo, enviándole su edecán, con gran frecuencia, a presentarle sus saludos.

La entrevista duró alrededor de tres horas, departiendo en forma cordial y animada, mientras tomaban mate, sobre los problemas de la república. De la reciente guerra civil nada se habló, estando ambos de acuerdo en que las desgracias nacionales provenían de la existencia de partidos de divisa, pasionalmente arraigados en la sicología de las masas. Narra Muñoz que a propósito de esto tuvo lugar el siguiente cambio de ideas:

—El mal se remediaría, a mi juicio, si los hombres públicos tratasen de calmar las viejas pasiones de cintillo, promoviendo la constitución de tendencias políticas de ideas —opinó Muñoz.

Batlle le respondió:

—Todavía eso no es posible. Con el tiempo se va a lograr, pero por ahora las pasiones son muy fuertes y es difícil el colaboracionismo normal de los partidos. La oposición cumple, sin embargo, una útil misión de control aunque no colabore directamente en la gestión de gobierno.

—Es muy poco lo que influye la opinión opositora si no participa de esa gestión.

—No crea; su crítica es muy importante porque señala errores que a veces escapan al gobierno, y si éste es bien intencionado va a tratar de enmendarlos.

El colaboracionismo efectivo de los partidos se iba a alcanzar en el país trece años más tarde, al ponerse en vigencia la carta constitucional de 1917. Pero hubo necesidad de pasar por nuevas conmociones políticas en las cuales Muñoz fue protagonista de primera importancia.

° ° °

A principios de 1906 empezó a circular con insistencia en Montevideo, el rumor de que Mariano Saravia se preparaba en la ciudad brasileña de Santa Ana para invadir el país en son de guerra.

Ninguna seriedad tenía semejante rumor. No había razón alguna para un levantamiento armado en aquellos momentos, ni el hombre que se indicaba como su promotor era capaz de la empresa. El gobierno, sin embargo, se alarmó y el Directorio Nacionalista también. Este último insinuó a Basilio Muñoz que fuese a entrevistarse con Saravia y lo hiciese desistir de sus propósitos en caso de que llegaran a confirmarse. Muñoz estaba seguro de que la versión carecía de fundamento, pero, a fin de tranquilizar los espíritus, accedió al pedido. Acompañado del doctor Bernardo García partió en seguida para Rivera.

En el ferrocarril se encontró con el jefe militar del norte, coronel Cándido Viera, antiguo amigo suyo. La víspera se había cruzado con él en una calle de Montevideo habiéndole manifestado que pensaba pasar unos días de descanso en la capital. Al verlo de viaje, Muñoz lo saludó con estas palabras:

—¿Cómo es eso, amigo? ¿Ya está de regreso?... ¿Y la temporada que iba a pasar en Montevideo?

—Me vuelvo por causa suya... El gobierno se ha enterado de su viaje y temiendo que su intención sea unirse a Saravia para invadir juntos, me ha ordenado que vaya a ocupar mi puesto.

—¡Pues, está gracioso!... Le aseguro que no hay absolutamente nada. Usted cumpla sus órdenes hasta donde crea conveniente; pero mi viaje no tiene más misión que disuadir a Saravia, en el caso —que no creo probable— de que realmente piense levantarse. Espero verlo en seguida y regresar por el mismo tren.

Las cosas ocurrieron como lo había previsto Muñoz. Después de haberse entrevistado en Santa Ana con Ma-

riano Saravia —que estaba completamente entregado al cuidado de sus caballos de carrera...— se embarcó de vuelta a Montevideo, al otro día de su llegada a Rivera. En el camino se enteró del curso qué los acontecimientos habían tomado en el país; algunos miembros del Directorio Nacionalista, varios caudillos de campaña, entre ellos su padre, y otros ciudadanos, habían sido detenidos. Contra él existía también orden de prisión.

Descendió entonces en una estación anterior a Central, tomó un coche y se dirigió directamente a la redacción de un diario a formular declaraciones explícitas que calmaran el ambiente. Cuando llegó a su casa fue, sin embargo, detenido y llevado a la cárcel correccional. Allí se encontró con varios ciudadanos de los puestos también en seguridad —entre ellos los doctores Martín Aguirre y Juan B. Morelli y el señor Guillermo García— que eran objeto de un tratamiento vejatorio. Resistiose Muñoz a que se hiciera lo mismo con su persona, promoviendo un ruidoso escándalo, sin que pudiera reducirlo la actitud amenazadora de la guardia que se abalanzaba sobre él con la bayoneta calada... En tales circunstancias llegaron los legisladores Martín C. Martínez, Pedro Manini Ríos y algún otro, quienes, impuestos de lo que ocurría, enviaron una minuta al presidente Batlle. Muñoz fue trasladado entonces a la sala de sesiones del consejo de la correccional y tratado con respeto durante los varios días que duró aquella absurda detención.

* * *

Si en 1906 se trató sólo de una falsa alarma, fruto de la imaginación oficial, pocos años después, en cambio, se produjeron graves acontecimientos que vinieron a alterar de nuevo la paz de la república.

El viejo problema de la no rotación de los partidos en el poder, hizo empuñar otra vez las armas al bando opositor, en enero y octubre de 1910. Fue jefe militar de ambos movimientos, Basilio Muñoz.

* * *

Después de los sucesos del año 1906, había ido a vivir al campo en busca de tranquilidad, dedicándose a las actividades ganaderas. Cuando Williman subió a la presidencia de la república regresó a Montevideo y allí lo sorprendió la crisis política de 1910.

Apenas el gobierno tuvo noticia de los trabajos subversivos, rodeó al jefe revolucionario de una vigilancia rigurosa; pero éste pudo burlarla y fue a encabezar en el mes de enero el levantamiento de la campaña.

La intentona murió al nacer por haber fracasado algunos detalles del plan —especialmente lo relativo a la aventura del patache Piaggio—, y Muñoz disolvió a la gente que acudió a su convocatoria, en la costa del arroyo Las Palmas.

* * *

No dijo a nadie el rumbo que pensaba tomar, creyendo todos que se encaminaría al Brasil. Cuando quedó solo con su ayudante se dirigió, por el contrario, hacia el sur, tratando de escapar a las numerosas fuerzas gubernistas que pululaban por los alrededores.

Marchó a caballo toda la noche hasta cruzar el Yi, emboscándose en el monte durante el día siguiente. Por la noche marchó de nuevo, siguiendo el curso del río; pero a poco andar se encontró con los fogones de una partida legal acampada allí cerca. Retrocedió entonces, siendo detenido de nuevo por la presencia de otro campamento enemigo. Estaba acorralado.

El conocimiento del terreno le permitió esquivar las primeras dificultades, llegando a una casa amiga, la estancia de Ortiz. Se aproximó con cautela y llamó al capataz golpeando la ventana de su pieza.

—¿Es usted?... ¿Cómo anda por aquí?

—Me tienen rodeado: de un lado la gente de Cardozo y del otro la de Basilisio. Seguramente hay guardia en los pasos y las picadas. Así que esta noche voy a ser su huésped.

En un mismo cuarto se acostaron Muñoz y su compañero, un periodista de campaña, soldado de 1904. El primero se durmió en seguida profundamente.

Al poco rato fue despertado por un chistido insistente. Se incorporó en el lecho y oyó en seguida a su compañero, que le hablaba con voz apagada:

—¡No ronque, general, de ese modo! ¡No ronque, por favor, que lo van a oír!

—Pero amigo, ¿y si no ronco aquí que son mis pagos, dónde voy a roncar?

—Es que anda gente al lado de las casas... Están sobre nosotros...

—Déjelos nomás y duerma tranquilo, que es en lo que ahora estamos. Después de todo, si ya nos han rodeado la casa, poco vamos a hacer.

Al cabo de un breve silencio volvió a oírse la voz del compañero:

—General, ¿se acuerda de aquellos artículos muy fuertes que escribí contra Burgos, el comisario de esta sección?

—Me acuerdo, ¿por qué?

—Porque si nos prenden... ¡Ese hombre es capaz de cualquier cosa!

—Y... ¿qué le va a hacer? ¡Son los gajes del oficio!

Durmieron toda la noche sin ser molestados, y en la misma estancia pasaron escondidos el otro día. Las fuerzas de Basilisio Saravia cruzaron por el camino, muy cerca de allí. Cuando vino de nuevo la noche se pusieron en marcha rumbo a Cerro Colorado.

Muñoz había modificado su indumentaria en todo lo que le fue posible, y acortado las estriberas para aparentar sobre el caballo una figura de "gringo" Al día siguiente, siempre en marcha, siendo ya cerca del mediodía, envió a su compañero hasta un almacén en busca de provisiones. Siguió viaje entretanto, y después de cruzar un paso en el arroyo Mansavillagra, encontrando una magnífica sombra de mimbres junto al camino, se apeó, desensilló y se tendió en el pasto.

No tardó en llegar su compañero, quien le preguntó en seguida:

—¿Pero cómo? ¿Vamos a acampar aquí?

—¿Y no le gusta esta sombra? ¡Mire qué linda!

—¿En el mismo paso? ¡Nos van a prender!

—Pues éste es el lugar más seguro. Si nos ven descansando tranquilamente no van a desconfiar de nosotros. ¿Quién va a suponer que después de convulsionar el país estemos aquí entre las fuerzas del gobierno? Dejamos anoche a las divisiones de Treinta y Tres y Florida, y aquí en Cerro Colorado está el general Callorda con ochocientos hombres.

—Pero es que ya en el almacén lo reconocieron a usted cuando pasó...

—¿Y no negó que fuera yo?

—Me preguntaron si era usted, y yo les dije que no, pero que era un personaje importante del partido.

—¡Caramba!

—Bien se dieron cuenta quién era: me dieron todo esto y no me quisieron cobrar nada; se lo mandan de regalo.

—Y después de todo, ¿eso lo aflige? Al contrario, es una buena noticia: ¡quiere decir que no faltan amigos que se acuerden de nosotros!...

Después de esta segunda escena sanchesca, Muñoz y su ayudante llegaron a la estación Chamizo escurriéndose entre las fuerzas armadas que andaban en su búsqueda. El primero llegó a un almacén a preguntar

por la casa de Juan Irureta Goyena, saliendo a su encuentro un oficial de la gente de Cardozo, que lo informó sin sospechar de quién se trataba.

En lo de Irureta Goyena permaneció oculto un tiempo. Los alrededores estaban muy custodiados y más de una vez la policía llegó hasta la misma casa.

Al cabo de varios días partió una noche a caballo para el Brasil. Al pasar por Las Palmas, viendo la posibilidad de eludir las guardias llegó hasta su estancia permaneciendo todavía en ella unos cuantos días más. La policía, cuya comisaría estaba a pocas cuadras, ejercía una estrecha vigilancia. Disfrazado de mujer, Muñoz paseaba por la quinta en sus propias barbas...

Volvió a escapar de noche. Marchó por el camino real, encontrándose a cada paso con patrullas policiales, y pasó al Brasil, llegando a la ciudad brasileña de Bagé. De allí fue en ferrocarril a Río Grande y se embarcó en vapor, con nombre supuesto y hablando en portugués, para Buenos Aires.

* * *

Los sucesos políticos del Uruguay acaparaban el comentario de los viajeros, quienes daban por muerto a Basilio Muñoz, sin sospechar que estaba tan próximo

Cuando el barco hizo escala en Montevideo, un polaco que en el trayecto se había hecho su amigo, y que iba también para Buenos Aires, decidió bajar a conocer la ciudad.

Pensó entonces aprovecharlo para comunicarse con su familia, que ignoraba por completo su paradero.

—Si va a bajar, le voy a pedir un favor.

—Con el mayor gusto...

—Que me lleve cuatro líneas a esta dirección...

La dirección era la de su domicilio, siendo la esquela dirigida a la sirvienta, como habían convenido de antemano.

—Cuando el polaco llegó a la casa, se encontraban con su familia varios miembros del Directorio Nacionalista, inquietos también por la suerte del guerrillero. Oyendo la señora una conversación extraña acompañada de fuertes risas, en la puerta de la calle, salió a inquirir lo que ocurría.

—¿Qué pasa? ¿Por qué ese alboroto?

—Que me han traído una carta de parte de un brasileño, y yo no conozco a ninguno...

Fueron algunos corriendo a buscar al polaco, que ya se alejaba, y lo bombardearon a preguntas. A las primeras palabras empezó a recibir abrazos, en medio del llanto de las mujeres y las ruidosas exclamaciones de todos. El pobre polaco creía estar soñando...

Hechas las explicaciones del caso, el grupo fue de inmediato a bordo. Muñoz siguió para Buenos Aires con su familia, agasajado hasta el exceso por todos los viajeros.

* * *

Muy pronto volvió de Buenos Aires amnistiado por Williman, produciéndose a fines de octubre del mismo año el nuevo levantamiento.

Jefe otra vez de la revolución, se pronunció en San Ramón con 28 hombres. Después de merodear en Canelones, se dirigió al norte, tiroteándose desde Santa Clara hasta Mansavillagra con fuerzas gubernistas, a juntarse con los compañeros que venían a su encuentro conducidos por sus hermanos y los Saravia. Formaron, después de unirse, una columna de cinco mil hombres —deplorablemente armados— y marcharon sobre Nico Pérez.

Muñoz acampó lejos del pueblo, avanzando la vanguardia que mandaba Nepomuceno. Defendía la plaza el comandante Pollero, quien desde el cuartel resistió el ataque con cuatrocientos y pico de hombres. Se peleó intensamente durante un rato hasta que el cuartel fue tomado por los revolucionarios en un violento cuerpo a cuerpo, yendo Pollero con su gente a acantonarse en el cementerio. Allí prosiguió el combate con más empeño todavía y con muchas bajas de ambas partes, suspendiéndose sólo cuando vino la noche.

Al otro día a primera hora llegó Muñoz y después de mover la columna frente a las posiciones enemigas para que los sitiados apreciasen su importancia, envió un emisario a Pollero ofreciéndole amplias garantías si capitulaba. Hacíale decir que después de lo ocurrido estaba obligado a tomar la plaza para no poner en evidencia la debilidad de la revolución, y que lo hacía responsable de la sangre que se derramase en una absurda resistencia a fuerzas ilimitadamente superiores.

El comandante Pollero invitó a Muñoz a que se acercara a la posición en que estaba atrincherado para entenderse personalmente con él. La entrevista se produjo en seguida, siendo muy cordial. El segundo la inició felicitando al jefe gubernista por su heroico comportamiento, y convenida la capitulación hizo poner al pie del acta una nota con expresiones honrosas para el jefe y los oficiales de la defensa de Nico Pérez, a quienes felicitó igualmente, dejándolos en posesión de sus espadas. Luego los acompañó en persona al cuartel, donde algunos de ellos hablaron explicándole a la tropa la forma en que habían depuesto las armas.

* * *

De Nico Pérez los revolucionarios se dirigieron al norte. Justino Muniz y Basilisio Saravia los esperaban en las Puntas de Valentines dispuestos a no darles paso. Para eludirlos, Muñoz recurrió a una estratagema. Simuló marchar sobre Treinta y Tres, donde había quedado una pequeña guarnición, adelantando en dicha dirección a la división de Fructuoso del Puerto. Temiendo que les coparan la ciudad, aquéllos se lanzaron a marchas forzadas a protegerla.

Era lo que quería el jefe revolucionario. Apenas oscureció, del Puerto, cumpliendo las órdenes recibidas, retrocedió, y todo el ejército marchó entonces al norte con el camino expedito...

* * *

El movimiento estaba fracasado. Su jefe civil detuvo el pronunciamiento de los militares comprometidos. No había armas. Hubo pues que hacer la paz, que se firmó poco después —en el departamento de Rivera— sobre las bases concertadas por una comisión integrada por los doctores Alfonso Lamas, Manuel Quintela y José Irureta Goyena, que se trasladó hasta el campamento de la revolución.

Mientras se tramitaba, fueron suspendidas las hostilidades. Basilisio Saravia, sin embargo, atacó por sorpresa a los insurrectos, teniendo así lugar todavía un tiroteo en Copetón. Cuando se firmó la paz, Muñoz enrostró enérgicamente a Basilisio su actitud en una asamblea de jefes de ambos bandos, cambiando con él estas palabras:

—Me ha extrañado mucho, coronel, que nos haya atacado ayer con violación del armisticio pactado con el gobierno y de elementales reglas militares.

—Es que yo estaba muy *caliente* porque el presidente me reprochó que no hubiera protegido a Nico Pérez y lo hubiera dejado escapar al norte.

—Una falta no autoriza otra, coronel; y si la primera puede tener atenuantes, la segunda sólo tiene agravantes

CAPITULO XII

La dictadura

Los movimientos de 1910 fueron los últimos del largo ciclo de convulsiones políticas que nació al día siguiente de la república. La nueva era, fruto de la profunda evolución económica y social del país, quedó sellada por la reforma constitucional de 1917, que aseguró, entre otras conquistas, el sufragio libre y la representación proporcional de los partidos. Transcurre así un largo período de paz, basado en un leal entendimiento democrático.

Basilio Muñoz contribuyó a su consolidación con la misma claridad de conducta con que antes se lanzara a las reivindicaciones armadas.

Después de 1910 se entregó a las actividades de su profesión, compartiéndolas con el cuidado de su establecimiento de campo. Seis años más tarde fue llamado a ocupar una banca parlamentaria por el departamento de Durazno, al cual representó también en la Asamblea General Constituyente. En 1919 fue reelecto en su cargo de diputado, que abandonó en 1921 para incorporarse a la cámara alta, siempre en representación de su departamento.

Cesante en el senado en 1927, el Consejo Nacional lo designó para llenar una vacante en el directorio del Banco Hipotecario. En 1931 fue reelecto en calidad de vicepresidente del mismo. Su mandato debió durar seis años. Pero se cruzó el golpe de estado.

° ° °

Al amparo de la libertad política, el país había entrado en un proceso lento pero firme de conquistas sociales y económicas: se había realizado una vasta obra legislativa protegiendo a las clases humildes, y se había dado comienzo —por la extensión del dominio industrial del estado— a la limitación de los grandes privilegios capitalistas nacionales y extranjeros.

Pero las clases reaccionarias —fundamentalmente los latifundistas del país y las empresas imperialistas— no se resignaron al rudo golpe que para sus intereses significaba aquel avance de la democracia social. Aprovecharon así el confusionismo político traído por la gran crisis económica iniciada en 1929, para maquinar desde la sombra el malón contra las instituciones republicanas. Nada se pudo hacer para frustrar sus planes. La voz de algunos espíritus alertas que anunciaron lo que iba a ocurrir no fue escuchada, y la imprevisión de los sectores democráticos facilitó el golpe del 31 de marzo de 1933.

Después de un cuarto de siglo, la paz política del país era de nuevo alterada, y de nuevo se le planteaba a éste la lucha por las libertades públicas. No se trataba sin embargo de una simple vuelta del pasado. La dictadura traída por el oro del Comité de Vigilancia Económica, de la Federación Rural, de la Sociedad Comercial de Montevideo y de otras potencias del dinero, era otra cosa que los viejos despotismos personales que ensangrentaron la historia nacional. Estos fueron el fruto de una democracia naciente, inorgánica, que en el entrechoque caótico de fuerzas sociales primarias, no había alcanzado todavía, por demasiado joven, su estabilidad institucional. La dictadura de Terra era consecuencia, en cambio, de la reacción desencadenada por las grandes fuerzas del latifundio y del capital extranjero, contra una democracia política ya lograda, que conducía a la emancipación social de las masas y a la independencia económica de la república.

° ° °

La crisis política que culminó en marzo de 1933, sorprendió a Basilio Muñoz con 73 años de edad.

Hombre de otra época, formado bajo el signo del romanticismo político, nada extraño hubiera sido que la significación profunda de los nuevos acontecimientos le pasara inadvertida. He aquí, sin embargo, que mientras tantos dirigentes se movían en medio de una inconciencia inexplicable, aquel anciano veía con claridad las maniobras ocultas de la reacción y señalaba el peligro inminente.

Siendo integrante del directorio de su partido, planteó en su seno, meses antes del golpe, la necesidad de prepararse para impedirlo; pero la mayoría de sus compañeros no le dio a la situación la trascendencia que él le atribuía. Con el mismo objeto fue a entrevistarse con los miembros nacionalistas y batllistas del Consejo Nacional, estrellándose frente al mismo descreimiento.

Los hechos le dieron la razón: el 31 de marzo el cuartelazo se produjo.

° ° °

Al tercer día de instaurada, la dictadura lo designó para integrar el directorio de los Bancos de Seguros e Hipotecario refundidos.

Un amigo suyo y del dictador se presentó en su casa, enviado por éste, a solicitarle que aceptara la designación. Las primeras palabras del emisario, desde la puerta, fueron:

—Lo felicito, general.

Muñoz, que ya sospechaba el objeto de la visita, le respondió:

—No le acepto la felicitación, hasta no saber de qué se trata. Entre y vamos a hablar.

—¿Ha visto el decreto de su nombramiento?

—Lo he visto, sí. Pero ese decreto no existe para mí.

—Mire que Terra le manda decir que tiene especial interés en que usted colabore en su gobierno.

—Dígale a Terra que no le perdonaré nunca que se haya equivocado conmigo creyéndome capaz de adherir a una dictadura; porque nadie sabe mejor que él cómo pienso yo.

Se refería a una conversación mantenida con Terra —a quien lo unía una antigua amistad de juventud— dos años atrás, cuando estaba pendiente del senado el fallo de las elecciones presidenciales de 1930. Dos o tres días antes de ser proclamado presidente de la república fue Terra a su casa mostrándose muy alarmado por los rumores, entonces circulantes, de motín riverista.

—No crea en eso —le había dicho Muñoz—; el riverismo no cuenta con jefes de suficiente arraigo en el ejército para dar un cuartelazo.

—Bueno; me voy satisfecho porque según usted no va a haber nada. Pero como éste es un país muy raro, si se llegase a producir el motín contra mi gobierno, ¿estaríamos juntos en ese caso?

—Sí; siempre que usted se mantenga dentro de la más estricta legalidad.

Quince días después de haberle enviado el primer emisario, insistió el dictador con un segundo, el ministro Augusto C. Bado, quien fue a decirle a Muñoz:

—Le manda decir Terra que quiere tener una entrevista con usted, adelantándole desde ya que no crea que Herrera va a tener influencia en el gobierno. Él bien sabe qué hombre es, y no demorará en apartarlo, una vez que usted acepte la designación.

—Dígale a Terra que de ninguna manera puedo entrevistarme con él. Además, que no me interesa lo que pueda pensar de Herrera, pero que si yo aceptara, me convertiría en un semejante suyo.

—Sin embargo, usted debe meditar su resolución y hablar con Terra. Si lo oyera lo iba a disculpar, porque a él lo obligaron a dar el golpe de estado.

—Le repito que no tengo interés ninguno en oírlo. Desde que se convirtió en dictador, un abismo nos separa. Y le ruego que no insista porque perdemos el tiempo.

Ya se retiraba Bado, y Muñoz, con voz cortante, todavía le advirtió:

—Mire, joven ministro: si usted no está seguro de referirle a Terra mis palabras textuales, se las puedo dar apuntadas.[1]

Al rechazar el puesto que le ofreciera la dictadura, quedaba Muñoz en una apremiante situación económica. Se encontraba pobre al cabo de una vida austera y sencilla, que no se contaminó jamás ni con el lujo burgués, ni con el tráfico del dinero. ¿Pero qué era la adversidad económica para quien iba a demostrar que estaba dispuesto al sacrificio total en la lucha contra la tiranía?

* * *

Después de aquel gesto de fidelidad a las convicciones democráticas de toda su vida, al mismo tiempo que de homenaje a su decoro personal, la historia no hubiera tenido derecho, seguramente, a reclamar otra cosa de Basilio Muñoz frente a la dictadura de marzo. ¿Quién hubiera osado exigirle que se lanzase a la lucha en su ancianidad avanzada, y en una época en que la técnica de la revolución es bien distinta de la que le tocó desarrollar en sus antiguas campañas de guerrillero? Pero la atlética voluntad del luchador estaba por encima de todo eso, y muy pronto iba a asombrar al país con el espectáculo de su acción.

El golpe artero de las clases reaccionarias sacudió como un cintazo en su espíritu de viejo león las nobles rebeldías de antaño. No escapó a su percepción vigilante el subterráneo proceso económico-social que lo desencadenara; pero no dejó tampoco de sentirlo, desde el fondo de su romanticismo caballeresco, como una ofensa imperdonable al honor de cada ciudadano. Quienes han estado en contacto con Muñoz estos últimos años, saben bien hasta qué punto ha sufrido y sufre en su dignidad de hombre, como un español antiguo, la vergüenza de la dictadura.

Esa indomable altivez de su espíritu, unida a su vocación para el esfuerzo y el sacrificio, tenían que lanzarlo, y lo lanzaron de inmediato, a los subsuelos carbonarios de la conspiración. La rápida decisión, la arrogancia juvenil con que lo hizo, en medio de un estrepitoso derrumbe de valores morales, es uno de los hechos más bellos y más aleccionantes de este oscuro período de la historia del país.

* * *

Fracasada la segunda misión ante Muñoz, la dictadura lo hostigó con una persecución encarnizada.

El 2 de junio, temerosa de un estallido revolucionario que creyó inminente, procedió a su detención, desterrándolo el día 15 a Río de Janeiro, con sus compañeros Saturno Irureta Goyena, Domingo Baqué y José María Santos.

Llegados a la capital brasileña, los desterrados trataron de regresar en seguida en avión, pero fueron sorprendidos. Pocos días después, sin embargo, lograron escapar y en vapor y ferrocarril llegaron Muñoz e Irureta a Yaguarón, con el objeto de ponerse en contacto con los ciudadanos Ceferino Matas y Basilio Antúnez. De allí se dirigieron a Santa Ana, donde recibieron un enviado del Directorio Nacionalista que los llamaba a Montevideo. Regresaron así, por ferrocarril, el día 14 de julio, un mes después de su destierro.

La conspiración no cesó un instante. A fines de agosto los dueños del poder, siempre alarmados, hicieron encarcelar por segunda vez a Muñoz, desterrándolo a Buenos Aires el día 28. Poco tardó en volver. El 12 de setiembre, llamado nuevamente por el Directorio Nacionalista, regresó a Montevideo, siendo sometido de inmediato a un estrecho cerco policial de día y de noche.

El viejo guerrillero no podía seguir tolerando aquella vejatoria persecución. En la noche del 13 de octubre, valiéndose de una treta, escapó de su casa en automóvil con su joven hijo mayor Cacho, Fares Marexiano y Carlos Olivera, llegando hasta la estancia de Francisco Crossa, en el Cordobés.

La conspiración urbana tendiente a una restauración rápida de las libertades públicas, había chocado con dificultades insalvables. Se trataba ahora de organizar la insurrección del campo, con los elementos que han sido siempre en el Uruguay los gestores principales de esta clase de reivindicaciones ciudadanas.

* * *

En el transcurso de un par de meses desplegó Muñoz en sus viejos pagos, que son al mismo tiempo la zona del país de más fuerte tradición revolucionaria, una intensa actividad. Toda su labor quedaba, empero, supeditada a la obtención de armas, para lo cual eran necesarios recursos que otros hombres tenían la responsabilidad de conseguir.

Pero la dictadura no podía dejarlo tranquilo, porque bien sabía que en él estaba su enemigo más peligroso. Durante todo ese tiempo estrechó la vigilancia a su alrededor obligando a las comisarías de los departamentos de Cerro Largo y Durazno a enviar comunicados diarios sobre sus más mínimos movimientos.

A mediados de diciembre, decidió al fin detenerlo.

Con tal objeto se realizó el día 17 una aparatosa concentración de fuerzas de policía y de línea en el

pueblo de Cerro Chato. Se habían dado cita, con numerosos subordinados, los jefes de policía de dos departamentos, Florida y Durazno, dirigiéndose en persona el del último, coronel Barbadora, a la casa del señor Juan Fuentes, donde se encontraba Muñoz. En momentos en que éste se acostaba a sestear, su señora, que había visto cruzar por la calle al jefe de policía, lo advirtió rápidamente del peligro, dirigiéndose en seguida a recibir al visitante. La serenidad y decisión con que obró fueron salvadoras. Mientras ella entretenía al último en el frente de la casa, Muñoz escapaba a caballo por los fondos, ocultándose entre los árboles y los galpones, acompañado de su hijo Cacho y Fares Marexiano.

En medio de un gran alboroto, las policías y un escuadrón del 7º de Caballería iniciaron sin pérdida de tiempo la persecución. Los fugitivos llegaron hasta una tapera ubicada en una altura distante unas quince cuadras de la casa de Fuentes, y una del camino real. Allí el general Muñoz, que se había transfigurado de súbito, recobrando como un viejo león agredido su combatividad antigua, dijo con energía a sus compañeros:

—Estamos rodeados y son sólo las tres de la tarde. Nuestra salvación está en confundirlos mostrándonos en las cuchillas al paso de los caballos. Como andan muchos grupos de tres y cuatro, nos van a creer de su gente, pues los que huyen no se muestran así. Y al mismo tiempo los observamos.

En esa forma, la clásica presencia de ánimo de Muñoz fue una vez más su salvación.

Toda esa tarde se mantuvieron los fugitivos en las inmediaciones de Cerro Chato a la vista de las patrullas policiales y militares que cruzaban en todas direcciones... Por la noche marcharon rápidamente internándose en el departamento de Florida y llegaron a casa de Nico Zeballos, donde permanecieron hasta el atardecer del otro día.

Puestos de nuevo en marcha cruzaron en la noche el Yi y pasaron a Durazno, dirigiéndose a Las Palmas. A las 8 de la mañana siguiente costeaban el arroyo de Las Conchas por entre un campo cuyo alambrado habían cortado, cuando fueron avistados por uno de los guardiaciviles destacados en exploración. Sin vacilar Muñoz se apartó del monte y enderezando hacia el campo abierto, fue a arrear unos animales simulando realizar la operación campera del "rodeo". Sus compañeros hicieron lo mismo, y juntos se pusieron a observar el ganado. El guardiacivil siguió viaje para Cerro Chato...

Todo ese día se movieron en campos de parientes y compañeros, servidores e hijos de servidores de la División Durazno, quienes pusieron al servicio del heroico anciano la inagotable lealtad gaucha de sus espíritus. Ayudado por los hermanos Saracho, Marcelino de los Santos y el hijo de éste, fue Muñoz con sus dos compañeros de odisea a guarecerse en un lugar estratégico del monte, cerca del Paso de Tía Rita, en Las Palmas. Supieron en seguida, después de una exploración, que tanto éste como todos los demás pasos y picadas de los alrededores, estaban ya tomados por fuerzas gubernistas, que después de tres días proseguían la búsqueda con el mismo empeño del primer momento. Estaban, pues, cercados y en inminente peligro de ser aprehendidos en caso de que sus perseguidores decidiesen practicar una batida en el monte. Muñoz manifestó a sus acompañantes que aunque a ellos los detuvieran, él no podía caer prisionero, porque tenía contraído con la causa el compromiso sagrado de conservar su libertad. Estaba resuelto a no entregarse vivo.

En esas circunstancias, Marexiano, que se había separado un tanto, regresó con la noticia de que se acercaba gente a caballo. La situación era apremiante. Cacho se adelantó "en descubierta" con el objeto de entretener a los desconocidos, y Muñoz y Marexiano, cada uno por su lado, se internaron a pie en la espesura del monte. Aquéllos resultaron ser dos amigos, Elías Muñoz, hermano del general, y de los Santos. Sólo al otro día pudieron reunirse con Marexiano, siéndoles imposible, a pesar de una búsqueda afanosa, encontrar a Basilio, que vino a quedar así aislado del grupo y extraviado en el monte.

* * *

Habiendo regresado Cacho y Marexiano a Cerro Chato, con el objeto de alejar a la policía de la pista del general, fueron llamados a la comisaría por Barbadora.

—Muñoz ha hecho un papel al fugarse —le dijo éste—, pues así ha demostrado tener delito. Mi intención era simplemente la de saludarlo...

—Mi padre ya le había hecho entender en dos ocasiones anteriores que no tenía interés en recibir su saludo —le respondió Cacho—. Por otra parte, para saludarlo no necesitaba usted hacer semejante despliegue de fuerzas, suficiente para detener a un regimiento...

Barbadora optó por hacerse el desentendido, llevando la conversación a otro terreno. Pero a poco volvió a decir:

—Muñoz ha hecho un verdadero papel...

—Mire, coronel, si alguien ha hecho papel aquí, francamente, ha sido usted —lo interrumpió Marexiano con violencia.

* * *

Entretanto, Muñoz pasaba en el monte horas angustiosas. Se había separado de sus compañeros en las últimas horas de la tarde, mientras se oía por todos lados el rumor de la gente del gobierno que andaba por el lugar. Después de atravesar a nado una laguna buscó un sitio apropiado y pasó allí toda la noche, chorreando agua, en una vigilia alerta, dispuesto a morir peleando.

No había aclarado todavía, cuando, volviendo a oír cerca suyo rumor de gente, salió a pie del monte por un bañado extenso, y fue a ocultarse en la orilla de éste, entre las pajas y las chilcas que llegaban hasta la cuchilla. Pasó allí un día infernal, al rayo de un sol de diciembre, sin comer, cosa que no hacía desde el día anterior, y terriblemente acosado por los mosquitos del pantano. Como su revólver y su ropa se habían mojado al cruzar la laguna, los puso a secar al sol, entre las pajas, y rendido de fatiga se tendió a dormir.

Cuando despertó, ya de noche, una sed de fuego le abrasaba la garganta. Después de haber buscado inútilmente su revólver en la oscuridad, caminó otra vez hasta la costa de Las Palmas y remontó luego éste hacia parajes conocidos. Tenía que avanzar con suma cautela porque el lugar estaba infestado de policías. En cierto momento pasó tan cerca de un grupo, junto al Paso del Medio de Las Palmas, que pudo discernir claramente sus conversaciones.

Siguió caminando y, al amanecer, después de haber caído en una laguna por haber dado en la oscuridad un paso en falso, llegó por la costa frente a la casa de un pariente: Santiago Salazar. A pesar de su proximidad no pudo acercarse a las poblaciones por estar ubicadas junto al camino real, intensamente patrullado. Tuvo que pasar así otro día entero oculto en el monte, con una casa amiga al lado, sin tener la suerte de que alguien de ella llegase a la costa.

Cuando cerró la noche se acercó sigilosamente por entre los galpones y le chistó a Salazar. Éste salió afuera y después de reconocerlo en medio de la sorpresa consiguiente, lo hizo entrar.

Fue aquélla una escena de grandiosidad antigua. Hacía cuatro días que Muñoz había escapado de Cerro Chato, y llevaba tres que no comía y apenas dormía,

solo y perdido en medio del monte entre los policianos que lo buscaban. La luz de la lámpara iluminó así en la alta noche una figura extraña: el indomable anciano llegaba con las canas revueltas, la ropa hecha jirones, empapado, las carnes llenas de rasguños y de picaduras de mosquitos, calzando sólo una polaina, desencajado el rostro por los padecimientos sufridos... Pero había un resplandor de triunfo y desafío en sus ojos cansados.

* * *

Acaso Basilio Muñoz nunca fue más grande que en aquel momento. Porque era allí, en el martirio heroico de sus 73 años, el símbolo viviente de la libertad que lucha y perdura.

* * *

Durante los días transcurridos desde la fuga de Cerro Chato, había llegado hasta Las Palmas, enviado por la dictadura en carácter de mediador, un compañero de Muñoz, Saturno Irureta Goyena. No pudo, como era natural, entrevistarse con el general, haciéndolo en cambio con Cacho y Marexiano.

Irureta manifestó a estos últimos que a fin de salvar a Muñoz, cuya situación era gravísima, había aceptado la misión que le fuera propuesta por el gobierno, pero sujetándola a esta condición: que se suspendiera la persecución apartando las guardias, porq· · de otro modo él estaba expuesto a ser involuntariamente el entregador de su jefe. Como esa condición no había sido cumplida por parte del gobierno, daba por terminada su misión.

* * *

Al día siguiente de su llegada a lo de Salazar —12 de diciembre— como la casa no ofrecía seguridad, fue Muñoz a ocultarse en el monte, no lejos de la estancia, improvisando un refugio hasta el cual le llegaba diariamente la asistencia de solícitos compañeros.

Allí permaneció hasta el 10 de enero de 1934, fecha en que pasó a casa de su hermano Medardo, donde se le unió Cacho. En la noche del 12 partió de nuevo con su hijo y Elbio Muñoz rumbo al Cordobés, yendo a establecerse en la estancia de Rey Saravia, sobre el departamento de Cerro Largo. Estaba situada la casa en una magnífica posición, coronando una altura elevada que dominaba una gran extensión de campo, y al lado de grandes montes que ofrecían asilo rápido y seguro.

Quedó en lo de Saravia obedeciendo una indicación del Directorio Nacionalista, pues habiéndole mandado un chasque el día 11 consultando lo que debía hacer, le había contestado que tratara de mantenerse unos pocos días más, hasta el veintitantos del mismo mes de enero. Como llegara febrero y no tuviera más noticias de Montevideo, envió a Maximiano Perdomo, quien volvió con la respuesta de que esperara del 23 al 24 al ingeniero Arturo González Vidart, quien llevaría instrucciones especiales. Éste llegó efectivamente en esos días, partiendo Muñoz en automóvil con él y Cacho, el día 27 de febrero rumbo al Brasil.

Llegaron a la ciudad de Rivera en la mañana del 28, pasando en seguida a Santa Ana do Livramento. Sólo ahora, en el Brasil y con recursos, iba a comenzar la conspiración efectiva.

NOTA

1. Reproducción textual de un relato de Basilio Muñoz.

CAPITULO XIII

La revolución de enero

La protesta popular contra el cuartelazo había tenido desde el primer momento un inequívoco sentido revolucionario.

Durante una primera etapa que llegó hasta el día 25 de junio –fecha de la farsa electoral por la que se pretendió legitimar el nuevo estado de cosas–, la restauración de la legalidad fue esperada por el pueblo a través de una reacción honorable del ejército. Esa reacción no se produjo, y desde entonces todas las esperanzas fueron puestas en la revolución popular, de la cual se señaló como jefe indiscutido a Basilio Muñoz. La persecución de que fue objeto éste por parte de la dictadura, y el empeño indomable de su voluntad para vencerla, vinieron a agigantar su figura de luchador y a redoblar la fe depositada en el cumplimiento de su obra revolucionaria. Todo el país estuvo pendiente de su suerte, durante el terrible vía crucis de dos meses en los montes, procurando adivinar la verdad, con angustiada simpatía, a través de las noticias interesadamente falsas o contradictorias.

Cuando se supo que Basilio –así, simplemente, lo llama el pueblo desde entonces– había pasado al Brasil sorteando todos los obstáculos y se encontraba conspirando en la frontera, una sensación de alivio y de júbilo recorrió los espíritus.

¡Basilio está en la frontera!

Estas solas palabras, cuya profunda resonancia emotiva no comprenderán nunca quienes no hayan *vivido* el drama uruguayo de estos últimos años, eran al mismo tiempo la amenaza y la esperanza

° ° °

Los segundos comicios del gobierno de facto, en los que se iba a imponer una nueva carta constitucional, estaban señalados para el día 19 de abril de 1934. A medida que se aproximaba esta fecha más candente se hacía la aspiración revolucionaria del país, y más apremiantes, en consecuencia, los trabajos de conspiración que en toda la república y en los países vecinos se realizaban.

Muñoz era el centro de esas actividades y a él se volvían todos los ojos. Su llegada a Santa Ana tuvo lugar el 28 de febrero. De modo que en el término perentorio de un mes y veinte días, tenía que adquirir las armas necesarias y poner fin a todos los detalles del plan de invasión.

Ayudado por leales colaboradores –González Vidart, su hijo Cacho y un grupo de compañeros de Rivera– desplegó en ese corto plazo una actividad incansable. Estableció su centro de operaciones en un fondín de los suburbios de Santa Ana –ocultándose de las autoridades brasileñas que habían dado en su contra orden de prisión–, para hacer desde allí, él y sus colaboradores, casi permanentemente, largos viajes a distintas ciudades del Estado de Río Grande del Sur. La preocupación fundamental en aquellos momentos era la obtención de armas, con el dinero enviado por el Directorio Nacionalista, tarea cuyas dificultades no es preciso hacer resaltar.

° ° °

El día 10 de marzo citó desde Santa Ana a los ciudadanos batllistas desterrados entonces, Tomás Berreta, que se encontraba en Porto Alegre, y general Julio César Martínez, que se encontraba en Chile, para entrevistarse el día 27 del mismo mes de marzo en la ciudad brasileña de Cazequy.

Concurrió el primero en la fecha indicada. De Cazequy, Muñoz y Berreta se trasladaron el mismo día a San Gabriel, donde se hospedaron de incógnito en casa de Felipe Víctora Aguiar –cónsul uruguayo en aquella ciudad, despojado de su puesto por mantenerse fiel a sus ideas democráticas–, hasta el día 8 de abril en que pasaron siempre ocultos, a la estancia de Manuel Martins, en Poncho Verde. Bajo la presión insistente del gobierno uruguayo, las autoridades federales del Brasil habían dispuesto en aquellos momentos una enérgica batida de los focos de conspiración existentes sobre la frontera, siendo su objetivo principal como es lógico, la detención de Muñoz.

El día 11, mientras éste cenaba con Berreta, Batlle Berres y sus hijos en la estancia de Martins, oyeron por radiotelefonía la noticia, que circuló aquellos días en ambos países, de que el jefe revolucionario había sido detenido e internado en Minas Geraes. No habían terminado los comentarios humorísticos del caso, cuando llegó un chasque urgente a avisarles que la Brigada Federal se dirigía hacia la estancia...

La señora Martins obró entonces, en ausencia de su esposo, con una magnífica decisión. Hizo preparar caballos rápidamente, y conducir a Muñoz, Berreta y los hijos del primero, Cacho y Alberto, después de una penosa marcha nocturna a través de bañados casi impenetrables, hasta los campos de un vecino, de apellido Grillo. Todo el día siguiente lo pasaron ocultos en los bañados. Por la noche llegaron hasta la estancia de Grillo, donde se les unieron dos nuevos compañeros, Ismael Cortinas y Carlos Quijano, a quienes debió acompañar Amador Sánchez que quedó enfermo en Quarahy.

En la misma estancia permanecieron los revolucionarios hasta la noche del 15 en que recibieron aviso de que la brigada se dirigía ahora allí a practicar un allanamiento. Fue preciso partir otra vez para ir a refugiarse después de atravesar nuevos bañados, en una

gruta del monte junto a la estancia de Martins. Actuaba de guía un simpático y resuelto muchacho de 18 años —hijo del señor Grillo— que se dispuso sin vacilar a jugarse con ellos.

Al día siguiente partieron de la gruta para Santa Ana, a donde llegaron el día 17 de abril, poco después de mediodía, yendo a instalarse en un caserón ubicado a diez quilómetros de la ciudad, en el cual se había establecido, desde el día 11, la sede revolucionaria. Esperaban ya allí el desenlace de los acontecimientos los dirigentes Arturo González Vidart, Juan Labat y José Francisco Saravia, acompañados de un grupo de hombres jóvenes.

* * *

Era el caserón un edificio viejo y solitario, de apariencia casi ruinosa, levantado sobre un pedregal. Triste por fuera, sus grandes piezas vacías y el vasto galpón lleno de trastos absurdamente antiguos, le daban por dentro un lóbrego aspecto de castillo abandonado. Contribuía a robustecer tal impresión una leyenda de bandidos que allí habían tenido su guarida. En sus sótanos inverosímiles se ocultaban armas y municiones, y hasta él llegaban a recibir o llevar órdenes toda clase de personajes, desde los que iban y venían de Montevideo en misiones de confianza, hasta raros tipos de la región fronteriza, de curiosa historia y pintoresca indumentaria.

El servicio de cocina y limpieza estaba a cargo de un negro viejo llamado Lino, bromista y socarrón, que había sido cocinero del ejército revolucionario en la campaña de 1904, y que revivía ahora con un contento supremo el ambiente de las antiguas patriadas. Su placer favorito era conferir a la gente joven, en medio de escenas de cómica gravedad, grados de guerra que eran siempre, por humor, poco comprometedores: cabo de caballadas, capitán de carneadas... Lo hacía cuadrándose militarmente, y terminaba su discurso, de modo invariable, con estas palabras sacramentales, acaso oídas en alguna ocasión solemne de su vida:

—¡Pero es preciso que sepa desempeñar el puesto! —pronunciando el *sepa* con un expresivo retintín.

* * *

Cuando Muñoz llegó al caserón de las proximidades de Santa Ana, ya estaba decidido por una resolución tomada en Poncho Verde, el día 13, que no habría revolución antes del 19. He aquí el texto de dicha resolución, que se da a luz por primera vez, aclarando los episodios de abril de 1934, absolutamente ignorados por la opinión pública:

"Se considera:

"1º Que debe hacerse y se hará todo lo posible para que el movimiento se produzca antes de la elección.

"2º Que sin tomarse una plaza en la situación actual, guardada la frontera por tropas federales que nos tienen cercados, no puede intentarse el movimiento con posibilidades de éxito.

"3º Que la toma de una de esas plazas, por las razones conocidas, depende de un suceso ajeno a nuestra voluntad que sólo podrá producirse dentro de unos días.

"4º Que los compañeros de todo el país —es la orden que debe trasmitirse ahora— se sitúen en los puntos en que van a actuar y estén preparados a la espera del aviso definitivo de movilización o de cualquier otro anuncio que tengan del estallido. Desde aquí se avisará a Artigas, Cerro Largo y Tacuarembó.

"En definitiva: no se puede fijar fecha, se continúa la acción, y se pide a los compañeros que estén prontos con la mayor discreción, para iniciar el movimiento."

Apenas habían tenido tiempo de descansar un rato los viajeros, cuando llegó aviso, al atardecer, de que esa noche la casa iba a ser allanada por fuerzas de línea.

De inmediato se buscaron lugares seguros en los alrededores, yendo a refugiarse en ellos Muñoz, Berreta, Cortinas, Labat, Batlle Berres y Saravia. En el caserón quedaron Quijano y González Vidart, a la espera de un automóvil de Rivera que vendría a buscarlos. Además, Cacho Muñoz y seis jóvenes de Montevideo a quienes se les dio orden de recibir a las fuerzas brasileñas declarando que eran los únicos que allí vivían.

Eran poco más de las 10 de la noche, cuando un numeroso destacamento del 7º Regimiento de Caballería se acercó sigilosamente a la casa, procediendo a rodearla después de haber emplazado ametralladoras en sitios estratégicos. A pesar de la oscuridad que reinaba aquella noche y de las precauciones tomadas por los brasileños, fue notada su maniobra. Quijano y González aguardaban todavía, llevando encima toda la documentación revolucionaria, el coche destinado a levantarlos, que mal podía llegar por haber sido detenido en el camino. Al ver que rodeaban la casa, se lanzaron rápidamente al campo por los fondos, logrando escapar por segundos al cerco que ya se cerraba.

Cacho y sus compañeros fueron hechos prisioneros y conducidos al cuartel del regimiento, donde se les tuvo hasta el 1º de mayo.

* * *

Muñoz permaneció varios días refugiado en el rancho del negro Lino, regresando luego de incógnito al caserón. Allí se le unieron Quijano, González Vidart y Lorenzo Carnelli, que llegaba de Chile, donde estuviera desterrado.

El 2 de mayo llegó a Santa Ana el general Julio César Martínez, de quien dependían resortes decisivos del plan revolucionario. Casi en seguida celebró una histórica entrevista con Muñoz —a la que asistieron Quijano y González Vidart—, manifestándole que habían fracasado aquellos resortes.

Por el momento, pues, todo estaba terminado.

* * *

Cuando se decretó la amnistía, a fines de mayo, Muñoz llamó a su familia y se instaló en Santa Ana. Allí siguió conspirando hasta mediados de noviembre en que fueron de nuevo a aprehenderlo.

En horas de la tarde se presentó con ese objeto en su domicilio uno de los jefes militares de la plaza. Una persona de su familia lo atendió diciéndole que el general viajaba desde hacía varios días por campaña, y corrió en seguida a avisarle a éste. Muñoz, que estaba en esos momentos afeitándose, terminó de hacerlo tranquilamente, y saltando luego un cerco fue a guarecerse entre unos matorrales situados en los fondos de una casa vecina. Las autoridades brasileñas no allanaron la casa, contentándose con detener a Cacho y poner vigilancia en los alrededores.

Por la noche Muñoz se introdujo de nuevo en sus habitaciones, y en el automóvil de un compañero partió, poco después, burlando las guardias, para ir a ocultarse en una casa amiga, cerca de Santa Ana. Allí permaneció hasta mediados de diciembre, en que se trasladó de incógnito a San Gabriel, en compañía de Álvaro Platero y Cacho.

En casa de Víctora Aguiar estuvo hasta fines de enero siguiente, prosiguiendo sin tregua los preparativos revolucionarios.

* * *

Cuando el general Muñoz abandonó San Gabriel

fue ya para invadir el país, iniciando el movimiento revolucionario que conmovió a éste en enero de 1935.

Ese movimiento, de tan profunda influencia, a pesar de su fracaso, sobre la conciencia política nacional, debió, sin embargo, realizarse más tarde. Su jefe lo organizaba bajo toda clase de persecuciones, venciendo mil dificultades, para los últimos días de febrero. Pero a fines de enero sobrevinieron circunstancias que obligaron a adelantar considerablemente la fecha del estallido.

He aquí como, poco después, en el mismo campamento revolucionario, las relató el general Muñoz a Exequiel Silveira, según el escritor Justino Zavala Muniz:

"—Yo estaba, como usted sabe, coronel, en San Gabriel. No pensábamos aún que ésto fuera tan pronto. Pero el día martes, 22 de enero, llegó un chasque de Montevideo, enviado por el presidente en ejercicio del Directorio Nacionalista Independiente.

—¿Ese presidente era miembro de la junta de guerra?

—Sí, señor. Me hacía saber —y decía que con conocimiento de otros dos miembros del directorio— que, o me lanzaba inmediatamente a la revolución, o ésta se vería aplazada por un tiempo indefinido. Se sabía que el gobierno iba a ordenar la prisión de todos los presuntos jefes revolucionarios y el traslado o destierro de los jefes y oficiales que estaban comprometidos con nuestra causa. En cuanto a mí, se iba a insistir en el pedido de mi internación. Por esa causa los oficiales al mando de fuerzas, y amigos nuestros, entendían que el aplazamiento hasta más allá del 1º de este mes, significaba la pérdida para la revolución de las unidades que habían de apoyarla y cuya adhesión yo conocía.

—¿Eran tres, general?

—Tres regimientos. En esa disyuntiva, contesté de inmediato, por el propio chasque, que invadiría el 27 de enero, a las 12 de la noche.

—¿Qué día pudo haber llegado ese chasque, de regreso a Montevideo?

—Salió de San Gabriel con tiempo para llegar a Montevideo el día jueves;[1] el levantamiento se produciría el domingo."[2]

* * *

Tomada el día martes 22 de enero aquella resolución, el general Muñoz hizo en seguida chasque con la orden de movilización a los distintos jefes revolucionarios que debían recibirla de su parte.

El día viernes partió de San Gabriel en automóvil llegando el sábado a la puesta del sol a la estancia de Manuel Martins, en Poncho Verde, a dos leguas y media de la frontera. La lluvia torrencial que cayó durante todo el trayecto, lo salvó de ser hecho prisionero de las numerosas tropas federales destacadas en observación. Éstas descuidaron la vigilancia, creyendo seguramente que ningún automóvil sería capaz de atravesar los caminos de la zona, transformados aquellos días en verdaderos lodazales.

El domingo a las 8 de la noche partió al fin de la estancia de Manuel Martins para invadir el Uruguay, al frente de una pequeña caravana de tres automóviles y dos camiones, conduciendo las armas y municiones de la revolución. Lo acompañaban sus dos hijos, Cacho y Alberto, y Fares Marexiano.

El cruce de la línea fronteriza ofrecía grandes dificultades, porque debía hacerse por la calle central del pueblito Guaviyú, pasando entre el edificio de la Receptoría y el que servía de asiento al destacamento de la guardia. Los revolucionarios se acercaron cautelosamente con los focos apagados, hasta la altura inmediatamente anterior a la línea, distante de ésta unos seiscientos metros. Una vez allí Muñoz ordenó que fueran encendidos los focos y se emprendiera una rápida marcha hasta pasar al Uruguay. La guardia, sorprendida, intentó reaccionar, formándose precipitadamente y dando voz de alto.

Pero el pasaje se había producido y resonaban ya en la noche, sobre tierra uruguaya, los gritos viriles que daban la clarinada inicial del movimiento:

—¡Viva la revolución! ¡Viva la revolución!

* * *

Marchando sin cesar, llegó Muñoz al Paso de Pereyra, en el río Negro, a la hora 12 del lunes 28, con la misma compañía del primer momento. Había atravesado los departamentos de Rivera y Tacuarembó, cruzando por entre comisarías y encontrándose en el camino con patrullas policiales, sin que nadie hubiera osado detenerlo.

En Pereyra lo esperaban Silvestre Echeverría y Mariano Saravia con sólo quince hombres. Marchó con ellos y en pocas horas llegó al Paso del Gordo del Cordobés, pasando al departamento de Durazno.

Allí, a las 4 de la tarde, supo ya que el movimiento del sur, bajo cuya promesa formal había invadido, estaba totalmente fracasado. La noticia le fue llevada por un compañero, Arlindo Freitas, quien había partido esa mañana de Montevideo en ferrocarril, tomando en Cerro Chato un automóvil que a toda máquina lo condujo en dos horas al Paso del Gordo.

Nada, pues, quedaba por hacer.

Siguió esa noche remontando el Cordobés hasta lo de Maximiano Perdomo, donde disolvió los pocos hombres que hasta el momento habían concurrido al llamado, y trató de esconder las armas para emprender el día martes la contramarcha hacia el río Negro, ya en retirada. Fue entonces cuando tuvo noticia, al llegar a Pablo Páez, a las 5 de la tarde, de que Exequiel Silveira se encontraba en la Isla de las Muertas, al frente de quinientos hombres que formaban la División Cerro Largo.

Aquel hecho iba a hacerlo cambiar de opinión. Habiendo fracasado la base fundamental del sur, sólo muy remotamente podía esperarse que el nuevo concurso que venía a ofrecerle la División Cerro Largo, pudiese servir de punto de apoyo a la reacción revolucionaria. Pero había allí medio millar de valientes ciudadanos alzados en armas, y había que jugarse con ellos.

Dio en seguida orden de que se le reuniese la columna, lo que tuvo lugar en la misma noche del martes entre Pablo Páez y el Paso del Gordo, y envió chasque a la gente que acababa de disolverse para que volviese a incorporársele.

* * *

El miércoles 30 marchó la columna hacia el oeste, y llegó en la noche a Cerrozuelo, en el departamento de Durazno. De allí contramarchó hacia el norte para ir a hacer campamento, después de algunas maniobras, sobre la Picada de los Ladrones, en el río Negro, el 2 de febrero a mediodía.

Los revolucionarios se desplazaban entre cinco ejércitos gubernistas, esperando en vano la noticia de acontecimientos que no habrían de producirse.

Del estado de espíritu del general en jefe en aquellos momentos —al verse abandonado por aquellos bajo cuyo compromiso había adelantado la fecha de la invasión y sentir sobre sus hombros la responsabilidad de las vidas generosas que lo rodeaban— habla con elocuencia esta página de Justino Zavala Muniz, jefe de estado mayor de la revolución:

"Desde que hemos podido oírlo y observarlo, creemos estar en conocimiento de los ocultos impulsos que lo mueven en estos días.

"Muñoz no cree ya en el triunfo de esta revolución, y sólo le preocupa la suerte de estos hombres que le

siguen, entusiastas o resignados, trabajados todos, en lo íntimo, por la misma dolorosa certidumbre que entristece al general. Y tanto como le preocupa la vida de sus soldados, le acicatea el deseo de entregar la suya en cualquier entrevero, o en cualquier sorpresa de la marcha.

"Basta verlo colocarse siempre en las filas de vanguardia de la división, y, sobre todo, cuántas veces hemos tenido que poner al galope los caballos del estado mayor y sus ayudantes para rodearlo, siempre que un monte o un bañado se cruzaba en nuestro camino. Entonces, sin advertirlo a los que iban a su lado, adelantaba el tordillo y se adentraba, primero que nadie, en los altos pajonales, en los desfiladeros de las sierras o en las profundas picadas de los ríos.

"Cuando lo alcanzábamos, nos recibía sin dar ninguna orden, sin expresar el propósito que lo había distanciado de la división, ni preguntarnos qué móvil nos llevaba galopando cerca suyo.

"Tampoco se lo preguntábamos nosotros.

"Y es que uno y otros sabíamos cuál era el pensamiento, que ninguno expresaba." [3]

* * *

Estando acampada la columna en la Picada de los Ladrones, recibió el comando revolucionario proposiciones de paz de parte del general gubernista Urrutia.

En vista de ellas, y teniendo en cuenta el fracaso totalmente irremediable del movimiento, resolvió disolver el ejército, dando una proclama que firmaron el general Basilio Muñoz, el coronel Exequiel Silveira y el mayor Justino Zavala Muniz. El día 4, entre las 9 y las 10 de la mañana, se aprestaban los insurrectos a ponerse en marcha para ir disolviéndose en grupos, cuando fueron alevosamente bombardeados por los aviones gubernistas, con traición a las proposiciones de paz que estaban en trámite por iniciativa de un jefe del gobierno.

Una poderosa bomba que cayó en el centro mismo del campamento, ocasionó la injusta muerte de los soldados ciudadanos teniente Enrique Goycochea, Segundo Muniz, Luis Gino y Basilio Pereira.

La columna marchó en seguida y cruzó el río Negro hacia el departamento de Cerro Largo por el Paso de Aguiar, disolviéndose poco después.

Dos días más tarde, el 6 de febrero, el general Muñoz, acompañado de sus dos hijos, Isidoro Noblía, Francisco Delgado y dos compañeros más, penetró en el Brasil, burlando una guardia gubernista compuesta de cincuenta hombres, junto a la cual pasaron, a una distancia no mayor de diez metros.

Habiéndose presentado en Porto Alegre a las autoridades del Estado de Río Grande del Sur, el dictador Vargas quiso internarlo en Minas Geraes; pero el general Flores da Cunha se opuso enérgicamente, permitiéndosele entonces vivir en Río de Janeiro.

Nueve días duró la llamada Revolución de Enero que movilizó a ciudadanos de los distintos partidos independientes, y marcó a pesar de todo un momento de profunda significación en la historia del país. Si alguien fue responsable de su fracaso, no fue, por cierto, como ya lo hemos visto, Basilio Muñoz.

El incumplimiento de las unidades comprometidas no hubiera obstado a pesar de todo a la realización de un vasto movimiento popular, si obrándose en forma menos precipitada, se hubiera podido coordinar la acción de las numerosas revueltas parciales que estallaron en toda la república: la de Ovidio Alonso y Arturo González Viera, en Colonia y Soriano, al frente de un puñado de hombres que combatieron bravamente en Morlán, cayendo Raúl Magariños Solsona, Alberto Saavedra y Pedro Sosa; la de Álvaro Platero y los hermanos Jacinto y Benigno Corrales en Canelones, de la que resultó muerto en un violento tiroteo el último de los nombrados; la de Silvio, Elías y Medardo Muñoz —hermanos del general— y Silvestre Echevarría en Cerro Chato y Santa Clara; la de Ceferino Matas, Alfredo H. Parra e Isidro Izmendi, en Treinta y Tres; la de Saturno Irureta Goyena, en San Ramón; la de Severo Escobar, Bonifacio Curtina y los hermanos Ríos, en Salto y Tacuarembó; la de Mario Goyenola en Tupambaé.

* * *

Desde su exilio lanzó más tarde Basilio Muñoz un manifiesto a la opinión pública del Uruguay, aclarando la forma en que se produjeron los acontecimientos de enero:

"He dejado pasar en silencio toda clase de versiones inexactas sobre los sucesos ocurridos en el Uruguay, hasta que, tranquilizados los espíritus, pueda decir concretamente la verdad y asumir responsabilidades. Por mi parte, asumo la que me corresponde y soportaré tranquilo sus consecuencias, afirmando ante el Uruguay y los países hermanos que jamás en mi larga vida de lucha, me ha cobijado más amplia bandera reivindicadora, pues sería indigno de un pueblo de hombres libres, aceptar sin protesta el arrasamiento de todos los derechos y libertades sin otro fin evidente que la reelección presidencial, a la que no se atrevieron los peores tiranuelos.

"La revolución estaba latente en todos los espíritus, pero los recursos bélicos eran limitados y sólo hubieran permitido una protesta digna, altiva y viril antes de consumarse definitivamente la denigrante legalización de la tiranía, que hubiera concluido para siempre con la altivez ciudadana.

"En tales circunstancias me llegó un comunicado asegurándome que algunos elementos del ejército estaban dispuestos a secundar la acción, pero sólo esperarían hasta determinada fecha, agregando que yo sería internado de inmediato.

"Era cuestión de días pero también de un concurso que podría no tenerse después.

"Sin vacilar crucé la frontera, reuní milicias cívicas evitando choques inútiles, esperé acontecimientos que no se produjeron, mientras con profunda pena patriótica, presenciaba el asesinato a mansalva, con explosivos arrojados desde los aviones militares, contra ciudadanos inermes, agresión indigna entre hermanos, cuya alevosía cambia la moral de nuestro pueblo, habituado hasta ahora a la lucha frente a frente.

"Malogrado el propósito inicial, gravitó sobre mi conciencia la sensación de esterilidad de sacrificios de sangre y opté, de acuerdo con los principales jefes, por la disgregación de las fuerzas revolucionarias en correcto orden y teniendo que lamentar solamente sacrificios de algunas vidas preciosas ofrecidas a la causa con singular entereza.

"Ésa es la verdad que deseo conozcan en mi país y también en los países hermanos, verdad de hechos concretos, que lejos de reducir aumenta y engrandece el prestigio de la bandera reivindicadora que fatalmente ha de tremolar gallarda para cubrir a los hombres de todos los partidos dispuestos a que el Uruguay vuelva a ser lo que fue: un pueblo libre, democrático y civilizado.

Basilio Muñoz"

NOTAS

1. Ese día, en efecto, llegó el chasque a Montevideo.
2. "La Revolución de Enero", pág. 208. El general Muñoz ha ratificado personalmente esas declaraciones a los autores de esta obra.
3. "La Revolución de Enero", pág. 189.

CAPITULO XIV

La segunda emancipación

La Revolución de Enero fue un mojón colocado en el linde de dos épocas. Con ella murió la etapa puramente política y lugareña del movimiento popular desencadenado por la dictadura, y de ella nació la etapa de su concepción económico-social, llevándosele a un enlace orgánico con la vasta contienda antimperialista del continente.

Representó, desde el punto de vista material, un fracaso para las armas del pueblo. Pero tuvo la enorme virtud de remover con rudeza el fondo de la conciencia política nacional, y hacer que lo que hasta entonces había sido sólo visión y esfuerzo de una minoría, se convirtiese en esfuerzo y visión de la muchedumbre.

El estallido de enero reveló la existencia de un extendido e irrefrenable espíritu revolucionario, al provocar, a una voz de orden dada con pocas horas de anticipación, el alzamiento de partidas ciudadanas en todos los rincones de la república. Pero se trataba, en general, de un espíritu revolucionario dirigido a la restauración de la legalidad, de alcance casi exclusivamente político, no bien consciente todavía de las raíces económicas de la dictadura, sin cuya extirpación la planta ha de renacer, aunque se corte. La conmoción de la insurgencia obligó, sin embargo, a ese espíritu a ahondar con fuerza su propia huella. Y hubo así, a lo largo del año de aparente marasmo político que siguió a enero, un callado pero profundo proceso de recreación de la conciencia revolucionaria del país. Cuando el movimiento popular salió otra vez a la superficie, nuevas consignas, esperanzas nuevas partían de su seno.

Los departamentos del norte de la república, aquellos que dieron los contingentes más numerosos a la revuelta armada, fueron, precisamente, sus portavoces. En los fogones del campamento, rodeados por ciudadanos de distintos partidos, se gestó una solidaridad más fuerte que los viejos antagonismos de cintillo. Aquellos hombres del pueblo sintieron que estaban allí, hermanados en la lucha y el sacrificio, por algo superior al odio a Terra o a Herrera; que estaban allí porque había que rebelarse contra fuerzas más poderosas aun, que se mueven detrás de los dictadores, y que poco a poco iban aprendiendo a discernir entre las sombras: las grandes potencias aliadas del latifundio y la empresa extranjera. Y nació así en el norte, hija directa de Enero, la divisa de la unidad popular.

* * *

Basilio Muñoz, cuya larga vida pública ha ido jalonando con sus hechos, como lo hemos visto, medio siglo de historia nacional, había de ser ahora el intérprete más representativo de la etapa naciente.

Los largos meses de exilio que siguieron a la revolución, fueron también para él de severa revisión de conceptos. A la edad de 75 años, con admirable juventud espiritual, miró de frente, sin prejuicios, sin pasiones, las nuevas realidades políticas de América —de las que el Uruguay no es, ni mucho menos, una excepción— para medir así en toda su hondura el drama continental. El ataque a la base imperialista y plutócrata de la dictadura uruguaya, que él no dejara, por cierto, de advertir desde el primer momento, iban a ser en adelante el objetivo directo y concreto de su acción.

A una edad en que el común de los hombres, por imperativo biológico, se vuelve al pasado como a un oasis, su recio temperamento de luchador encontraba las energías suficientes para imprimirse una nueva y profunda orientación. Es ésta una de las mejores lecciones de su vida, tan rica en ellas, al mismo tiempo que uno de los rasgos más decisivos en la definición de su magnífica personalidad revolucionaria.

* * *

En Río de Janeiro estrechó vínculos con otro gran espíritu, igualmente desterrado por haber encabezado una revolución contra una dictadura imperialista, y soliviantado como él por la misma juvenil inquietud de la segunda emancipación de América: el teniente coronel del ejército argentino, Roberto Bosch.[1]

Una espontánea simpatía personal e ideológica unió a aquellos dos hombres en una amistad que siguen cultivando hoy, con admiración mutua, en Montevideo, donde ambos viven.

A mediados de 1935, fruto de la misma visión de esta América, envilecida por las dictaduras reaccionarias y la extranjería de los capitalismos de ultramar, decidieron lanzar un manifiesto a la opinión pública del continente, y en especial de sus respectivos países, convocando a los pueblos a la lucha solidaria contra el imperialismo y por el triunfo de la democracia. Ese documento, que señala una fecha en la vida de Muñoz y en la historia del movimiento popular, fue concebido y redactado en común. Apareció sin embargo en aquellos momentos, por razones especialísimas, con la sola firma del jefe uruguayo.

He aquí el histórico Manifiesto de Río de Janeiro:

"En esta hora imprecisa para el destino de nuestros pueblos, la Argentina y el Uruguay, en que imperan sin freno la ilegalidad, la fuerza, el desprecio de los preceptos jurídicos y de los elementales derechos inherentes a la personalidad humana y a la comunidad, consideramos nuestro deber patriótico lanzar la presente declaración, que condensa nuestra ideología, precisa

nuestra posición doctrinaria y destruye las informaciones oficiales que presentan a los revolucionarios uruguayos y argentinos en posiciones arbitrarias que nunca adoptaron, y que tienden a confundir a la opinión.

"Quebrada la normalidad constitucional en nuestros países, los elementos dignos y viriles, como cuadra a nuestra tradición e idiosincrasia, se enrolaron en las filas revolucionarias, considerando que solamente con la caída de los detentadores del poder pueden volver nuestras nacionalidades a su cauce, ya que ambos regímenes surgieron y se asentaron en la fuerza arbitraria, al margen del derecho, inutilizando los instrumentos jurídicos que habitualmente, en el juego regular y periódico de nuestras instituciones, permitían la sucesión de los gobiernos y la lucha franca desde la oposición.

"En el terreno político, los gobiernos actuales de la Argentina y el Uruguay, no representan las mayorías populares, no representan la ley; han pisoteado la constitución, han subvertido los códigos y se han hecho pasibles de delitos de alta traición.

"En el terreno social, asistimos a la esclavitud de nuestras clases media y proletaria, obstaculizada la primera, enajenada en sus atribuciones y coartada en sus legítimas aspiraciones de bienestar económico y dignidad espiritual; y aherrojada brutalmente la segunda, perseguida, desterrada, desposeída de los derechos conquistados bajo la égida de los gobiernos democráticos, y rebajada al más repugnante nivel material y moral, sin más posibilidad que la anárquica acción del terrorismo individual.

"En el terreno económico, presenciamos la entrega de las riquezas del suelo y del subsuelo, a los representantes de la plutocracia mundial, y el control de las vías de comunicación entregado a las compañías extranjeras, mientras el valor adquisitivo de nuestras materias primas se supedita al capricho voraz de las grandes casas exportadoras extranjeras.

"Tal es el panorama del Uruguay y la Argentina, que sus hijos enrolados en la revolución, solidarios moralmente, vemos agravarse día por día frente a la descomposición de las masas anhelantes de libertad política, de igualdad jurídica y de bienestar económico.

"En el exilio, comprendiendo que los males de nuestros pueblos hermanados en la historia de la independencia, de la organización nacional y del despertar cívico son comunes, como es común el frenesí de ambos gobiernos por apoyarse y defenderse mutuamente, ratificamos francamente nuestra posición revolucionaria, que no pretende limitarse a castigar a un hombre ni a derribar un gobierno, sino a cambiar un orden económico y social malsano, por otro que haga más felices y dignos a nuestros conciudadanos, en un régimen jurídico restaurado.

"Tenemos fe absoluta en las fuerzas morales de la raza; confiamos en la victoria definitiva de nuestra causa de liberación política y emancipación económica; por eso ratificamos nuestras posiciones de intransigencia sagrada, absoluta, inviolable, a pesar de cualquier actitud de dirigentes equívocos, aislados del camino de la dignidad ciudadana, llamando la atención a argentinos y uruguayos para evitar claudicaciones, los pactos o las actitudes cívicas que importen un reconocimiento implícito o táctico de los actuales gobernantes «de facto».

"Desde Río de Janeiro, lanzamos estas declaraciones al Uruguay, a la Argentina y toda Latinoamérica, a sus universidades, a los miembros del ejército, a los trabajadores del campo y a los operarios de la ciudad, a sus nuevas generaciones, y a los hombres de pensamiento, de acción y de altivez criolla, en la comprensión de que el problema de la hegemonía democrática, la lucha antimperialista en lo exterior y la antidictatorial en lo interior, es común a todo el continente americano.

"¡Por la libertad política!

"¡Por la independencia económica!

Basilio Muñoz."

* * *

En enero de 1936, votada la amnistía, Basilio Muñoz regresó al país, siendo recibido apoteóticamente por el pueblo en el puerto de Montevideo.

Por aquellos días, después de varios meses de obligada lasitud, renacía con bríos la lucha contra la dictadura bajo el signo de la alianza popular. Basilio Muñoz, que había proclamado desde Río de Janeiro la necesidad de conjugar todos los esfuerzos del continente para vencer al enemigo común, se manifestó desde el primer momento entusiasta propulsor del movimiento unitario cuya raíz estaba en la revolución que él encabezara.

Dicho movimiento no es sino una expresión histórica más de la conciencia nacional manifestada siempre, por encima de las banderías partidistas, en las grandes crisis de la vida del país. De la conciencia nacional que insurgió en 1851, uniendo alrededor de Giró —blanco— a los ciudadanos blancos y colorados bien inspirados para poner un freno al desborde caudillista; de la que en 1855 rodeó en igual forma a José María Muñoz —colorado— para combatir a un gobierno de cuartelazo; de la que, ahogada en el período más caótico de nuestra historia, resurgió en 1872 en lucha con el "candombe", votando al mismo José María Muñoz para ocupar la presidencia de la república, en una coalición de todas las fuerzas principistas de adentro y de afuera de los dos bandos tradicionales; de la que combatió al militarismo de 1875, desde las urnas, levantando el nombre de José Pedro Varela —radical— y desde las filas de la Tricolor, convocando milicias ciudadanas de todas las procedencias partidarias; de la que en 1886 luchó heroicamente en el Quebracho contra Santos; de la que volteó en 1897 el gobierno oligárquico de Idiarte Borda, y de la que triunfó finalmente con la carta constitucional de 1917. Por eso debía ser su principal intérprete el representante más típico de la nacionalidad, en los momentos actuales, por la tradición de su estirpe y su ejecutoria personal.

Basilio Muñoz es así hoy, en su ancianidad venerable, la más alta bandera del pueblo uruguayo en sus aspiraciones de libertad política e independencia económica.

NOTA

1. Se habían conocido, poco antes, en el Uruguay. A raíz del motín del 6 de setiembre, Roberto Bosch, rebelado contra la dictadura de Uriburu, se trasladó a nuestro país para organizar desde aquí un movimiento armado por la restauración de las instituciones democráticas. El movimiento se produjo en Concordia, el 7 de enero de 1933, siendo Bosch secundado por el teniente coronel Gregorio Pomar, espíritu gemelo, con quien constituyó el llamado "Comando del Litoral" Tomaron el Regimiento de Ferrocarrileros, pero debieron abandonarlo prontamente por falta de apoyo inmediato. Emigrados al Uruguay, conocieron a Basilio Muñoz, ya bajo la dictadura de Terra, enlazando sus espíritus en la misma actitud revolucionaria, que era aún, en aquéllos y en éste, predominantemente política. Luego el "Comando del Litoral" preparó otra campaña, epilogada también con resultado adverso en Paso de los Libres, Provincia de Corrientes, después de una acción llevada a cabo por el teniente coronel Bosch, por haber sido hecho prisionero Pomar por las autoridades brasileñas. Internado en el Brasil, Bosch encontró nuevamente al general Muñoz en la capital carioca. Fue entonces cuando maduraron juntos la nueva conciencia que se expresa en el Manifiesto de Río de Janeiro.

GARCIA MARQUEZ en

BIBLIOTECA DE MARCHA







"SOBRE GARCIA MARQUEZ"

por **VARGAS LLOSA, CARLOS FUENTES, MARIO BENEDETTI, ÁNGEL RAMA, JOSÉ MIGUEL OVIEDO** y 25 ensayistas más.

UN VOLUMEN DE 250 PÁGINAS



"COSAS DE ESCRITORES"

Entrevistas de **ERNESTO GONZÁLEZ BERMEJO** a **GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, MARIO VARGAS LLOSA** y **JULIO CORTÁZAR**

UN VOLUMEN DE 150 PÁGINAS



Distribuye América Latina **18 de Julio 2089 Tel. 41 51 27**